

PAUL DENIS

EL NARCISISMO



BIBLIOTECA NUEVA

INTRODUCCIÓN

1. El mito de Narciso

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DESÓRDENES NARCISISTAS DE LA PERSONALIDAD. UNA ESTIMACIÓN CLÍNICA MEDIANTE EL CASO DE EDOUARD MANET

1. El ejemplo de Edouard Manet

CAPÍTULO SEGUNDO

EL NARCISISMO EN FREUD

1. La sexualidad infantil
2. La aparición del narcisismo
3. Narcisismo primario y narcisismo secundario
4. El narcisismo de las pequeñas diferencias
5. Narcisismo y amor
6. El ideal del Yo, heredero del narcisismo
7. El narcisismo moral
8. Herida narcisista y pérdida del objeto

CAPÍTULO TERCERO

ALGUNOS ASPECTOS CLÍNICOS DEL NARCISISMO

1. Los afectos narcisistas
 - 1.1. La exaltación
 - 1.2. La despersonalización
 - 1.3. La vivencia depresiva
 - 1.4. La vergüenza
 - 1.5. La rabia narcisista
 - 1.6. La indignación
2. Los puntos focales del narcisismo

CAPÍTULO CUARTO

LA SEXUALIDAD NARCISISTA, AMOR Y NARCISISMO

1. Sexualidad y posesión
2. La sexualidad narcisista y el grupo
3. La relación de amor y el narcisismo

CAPÍTULO QUINTO

NARCISISMO Y PERVERSIÓN, PERVERSIÓN NARCISISTA

1. La cuestión de la perversión
2. Sadismo, masoquismo y narcisismo
3. Homosexualidad y perversión
4. La perversión narcisista
 - 4.1. Dominación y perversión narcisista
 - 4.2. Las fuentes de la perversión narcisista. La seducción narcisista
 - 4.3. Perversión sexual y perversión narcisista

CAPÍTULO SEXTO

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE NARCISISMO EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

1. La visión de Victor Tausk
2. Lou Andreas-Salomé: el narcisismo como doble dirección
3. Paul Federn y las fronteras del Yo
4. Michael Balint y la negación del narcisismo primario
5. El narcisismo en los autores kleinianos
 - 5.1. Melanie Klein

- [5.2. Paula Heimann y Neville Symington](#)
- [5.3. Herbert Rosenfeld](#)
- [6. La teoría del narcisismo vista por Bela Grunberger](#)
- [7. Lacan y el narcisismo](#)
- [8. Lo negativo de André Green](#)
- [9. El antinarcisismo de Francis Pasche](#)
- [10. El narcisismo según Heinz Kohut](#)
- [10.1. La noción de selfobject](#)
- [10.2. La rabia narcisista en Kohut](#)
- [11. La aportación de Otto Kernberg](#)

[CAPÍTULO SÉPTIMO](#)

[NARCISO SOBRE EL DIVÁN](#)

- [1. Tratamiento psicoanalítico clásico y narcisismo](#)
- [2. Psicoterapias psicoanalíticas y narcisismo](#)

[CAPÍTULO OCTAVO](#)

[LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD](#)

[CAPÍTULO NOVENO](#)

[NARCISISMO Y SOCIOLOGÍA](#)

- [1. El acoso moral](#)
- [2. Narcisismo y sociedad](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

EL NARCISISMO

PAUL DENIS

EL NARCISISMO

Traducción de Lucía Carro

BIBLIOTECA NUEVA

Título original: *Le narcissisme*

© Paul Denis, 2016

© Presses Universitaires de France, 2016

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2016

Almagro, 38

28010 Madrid (España)

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-991-7

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

En memoria de Michel Prigent

INTRODUCCIÓN

Amarse a sí mismo es el principio de una pasión que dura toda la vida

Oscar Wilde, *Epigramas*

La palabra «narcisismo» la tomó prestada Freud de un texto de Paul Näcke publicado en 1899¹, en el cual este propone el término de narcisismo para designar un comportamiento en el que un individuo trata a su propio cuerpo como el cuerpo de un objeto sexual, comportamiento que Havelock Ellis había designado como *similar a Narciso*, el año anterior. Hasta entonces, solo existía el personaje mitológico de Narciso. Es en este sentido de una sexualidad dirigida hacia sí mismo en el que Freud introducirá, primero, el narcisismo en la teoría psicoanalítica. El término después se extendió, dentro del propio psicoanálisis, al amor de sí mismo en general, a la autoestima, a la organización de la personalidad hasta el punto de que resulta difícil dar una definición unívoca del término. Más recientemente, numerosos estudios sociológicos han utilizado este término para definir las consecuencias individuales de los cambios de la sociedad actual...

Este término aparece sin trabas en los artículos de prensa, lo mismo que el adjetivo «narcisista», sobreabundantemente utilizado en el psicoanálisis, ya es parte de la lengua cotidiana. La noción de narcisismo es víctima de un éxito que dificulta dibujar su contorno con precisión.

1. El mito de Narciso

En la versión más atractiva de las que existen, el mito nos presenta a Narciso como hijo de la ninfa Liriope y del dios Río, Cefiso, que la había poseído con los remolinos de su corriente «triunfando sobre su pudor mediante la violencia». El niño que nació de esta violación recibió el nombre de Narciso: era capaz de hacer que se enamorara de él cualquiera, ya desde su cuna. El adivino Tiresias, consultado acerca de las perspectivas de vida del niño, dijo que podría vivir largos años a condición de que «jamás se vea a sí mismo». Las enamoradas y los enamorados eran tan numerosos como apasionados, pero él les deparaba un desdén tan soberano que les desesperaba. La ninfa Eco era una de sus víctimas. Castigada por Hera por su cotorreo intempestivo, había perdido el don del habla y no le quedaba más que la posibilidad de repetir las últimas palabras de la frase oída. Ninguneada por Narciso, se hizo vagabunda, mermó, perdió toda sustancia de forma que no quedó de ella más que el Eco de su voz... El demasiado bello adolescente hizo llegar a Ameinias, su admirador más asiduo, una espada con la cual este se suicidó en el umbral de la casa de Narciso, no sin clamar venganza ante los dioses en nombre suyo y de las demás víctimas: «Ojalá que se enamore de otro y que, como nos ocurrió a nosotros, no pueda poseer al objeto de su amor»². Némesis le oyó y la profecía de Tiresias se cumplió. Inclinado sobre un manantial límpido, Narciso vio su reflejo en el espejo del agua y se enamoró de su propia imagen: «Mientras bebe, ama a una sombra vana y le presta un cuerpo».

Intentó alcanzar y besar, sin éxito, al espléndido adolescente que estaba viendo, pero no tardó en reconocerse y quedar fascinado por su imagen: «Por desgracia, soy yo mismo el joven que veo». Desesperado, se hirió en el pecho, perdió fuerzas hasta el punto de que finalmente «su cabeza languidecida cayó sobre la hierba, y la noche cerró sus ojos aún cautivados por su belleza. Cuando descendió al reino de las tinieblas, siguió buscando su imagen por las aguas de la laguna Estigia». No se encontró su cuerpo, pero en su lugar «se encontró una flor, de color azafranado en el centro, con pétalos blancos alrededor», el narciso.

Resulta interesante constatar que el mito griego evoca ya puntos que el psicoanálisis desarrollará mediante la noción de narcisismo. Por ejemplo, el poder de seducción de las personas narcisistas: algunas mujeres y los niños, de quienes Freud nos dice que tienen el mismo poder seductor que los felinos... O el interés casi exclusivo que muestran por su propia imagen, y la consecuente necesidad de recibir de los demás un reflejo adulador del personaje que presentan. También, sin embargo, la incapacidad de comprometerse en un amor respetuoso hacia la otra persona: los grandes narcisos provocan la desgracia de los que se agotan amándoles, como Eco, que perdió así su sustancia, como Ameinias, conducido al suicidio, y finalmente, como ellos mismos, que acaban causando su propia desgracia.

Triste flor que crece sola y no conoce otra emoción
Que su sombra en el agua mirada con atonía³.

Para evitar zambullir inmediatamente al lector en la teoría psicoanalítica, evocaremos primero, como ejemplo clínico, el caso de Edouard Manet.

Los capítulos II y VI están fundamentalmente dedicados a la teoría psicoanalítica del narcisismo y a su evolución.

¹ Paul Näcke, *Die Sexuellen Perversitäten*.

² Las citas provienen de *Las metamorfosis*, de Ovidio.

³ Stéphane Mallarmé, «Hérodíade», 1887.

LOS DESÓRDENES NARCISISTAS DE LA PERSONALIDAD. UNA ESTIMACIÓN CLÍNICA MEDIANTE EL CASO DE EDOUARD MANET

Toda patología, profunda o leve, toda neurosis, todo desorden del carácter o del comportamiento puede ser enfocado desde el ángulo del narcisismo. Sin embargo, el estado más «normal», si el término normal tiene algún sentido en psicoanálisis, implica un equilibrio, una economía narcisista necesaria que conoce su fuerza pero también sus debilidades y vulnerabilidades.

En el mejor de los casos, cuando se trata de un sujeto que se halla en bastante buen estado, el narcisismo asocia un amor de sí suficiente —un egoísmo bien templado, un placer de estar consigo mismo— a la capacidad de amar a otras personas a nivel amoroso y a nivel sexual, pero también familiar y de amistad. La autoestima se afianza mediante un éxito razonable en la actividad profesional y en el ocio, y también mediante el éxito en las relaciones interpersonales y sociales. Las inevitables experiencias de fracaso no conllevan reacciones excesivas, la persona no se ve afectada nada más que en proporción a la amplitud de la falta de éxito; toma en cuenta, a la vez, el papel que haya podido desempeñar en los fracasos, pero mide también el papel desempeñado por eventuales rivales o adversarios a quienes no puede dar réplica o de quienes logra defenderse sin demasiada culpabilidad. Puede dar y recibir con placer; es capaz de vivir una pérdida, ruptura o luto con emoción pero sin desorganizarse, con tristeza pero sin deprimirse...

Está claro que un estado de esta clase es cuasi ficticio. Y aunque existiera, no podría ser constante: no existe equilibrio narcisista que no pueda verse comprometido; existen lutos inaguantables, traumatismos aplastantes, o más simplemente, pequeñas vulnerabilidades que tienen el poder de desencadenar reacciones narcisistas excesivas, igual que un alérgeno puede provocar un ataque de urticaria.

Y al revés, se podría casi definir los estados patológicos por la profundidad de la herida del narcisismo que suponen. El narcisismo se ve atacado dos veces: una vez por el acontecimiento interior o exterior que ha desencadenado el movimiento patológico y una segunda vez por la constatación misma de esta reacción patológica que pone en evidencia una debilidad, una vulnerabilidad mermante para la autoestima.

Está claro que, en los estados patológicos graves, la profundidad de la desorganización y el carácter constringente o desmedido de los medios utilizados para paliar esta mellan el narcisismo hasta el punto de que no se pueden describir más que sus escombros o los esfuerzos desesperados del sujeto para restablecerlo, aunque solo sea *a minima*. Un delirio megalomaniaco puede ser interpretado, por ejemplo, como una manera de intentar sacar a flote un narcisismo que se ha ido a pique; así un

impostor se presentará de manera tan halagüeña como falaz para enmascarar su profundo sentimiento de falta de valor; se pueden multiplicar los ejemplos.

En el registro de los desórdenes ordinarios del narcisismo, la paradoja está en que cuando se dice de alguien que es «narcisista» es en proporción a su vulnerabilidad. El narcisismo bien templado es fácil de vivir para los demás y para el sujeto mismo. Las personalidades «narcisistas» son aquellas cuyo narcisismo es especialmente inestable o se apoya sobre conductas o unas implicaciones que limitan sus relaciones con los demás. Cuanto menos elaborado sea su narcisismo, más «narcisista» será considerado el sujeto.

Nos limitaremos aquí a estudiar lo que normalmente se llaman «personalidades narcisistas», es decir, personas cuya patología, si es que de esto se trata, no es tanta como para que no puedan vivir más o menos normalmente, pero que sufren y hacen sufrir a los demás por su vulnerabilidad; dificultades que se pueden asociar a los desórdenes de carácter. Sin embargo, no hay nadie que no pueda presentar, en un momento dado, algunos movimientos o desórdenes que se puedan describir como narcisistas. Y con mayor motivo, en el caso de un escritor o artista que se apoya sobre lo que le pasa para crear, y que debe aislarse durante sus períodos de trabajo.

1. El ejemplo de Edouard Manet

Lo que sabemos de la vida de Edouard Manet nos permite ilustrar algunos aspectos de los desórdenes narcisistas de la personalidad.

Manet, que todo el mundo está de acuerdo en considerar como uno de los más grandes pintores del siglo XIX, era también un hombre de personalidad vulnerable, marcada por numerosos rasgos y desórdenes que hoy llamaríamos «narcisistas» y cuya vida privada fue difícil. Era tremendamente sensible a las críticas y estaba siempre en pos del reconocimiento público, del éxito, de medallas... Las críticas nunca son agradables y la búsqueda del reconocimiento de los méritos propios es muy legítima; lo que constituye la vulnerabilidad narcisista es el exceso, el exceso en la exigencia y en la reacción a la frustración ante lo que se desea: la ira, la rabia, el abatimiento ante la crítica; un narcisismo más tranquilo se expresaría diferentemente: disgusto sin abatimiento.

En 1863, demasiado herido por las críticas que califican su *Almuerzo sobre la hierba* de inmoral, huye de París hacia España para refugiarse cerca de las obras de Velázquez y Goya. Cuando su *Olympia* (1863) es expuesta, se duele quejándose a Baudelaire de que le llueven críticas y de que estas le atacan los nervios; hasta el punto de que su amigo le responde regañándole un poco, diciéndole que es de estúpidos tomarse tan a pecho las críticas y que ya se rieron antaño de Wagner y de Chateaubriand. Sufre real y terriblemente de las críticas que le hacen, siente como si le acuchillasen, pero al mismo tiempo se siente combativo, listo para hacer frente al desafío. Zola, que sin duda lo utilizó como uno de sus modelos para el personaje de Claude Lantier en *La obra* (1886), cuenta también cómo Manet soñaba con el éxito, la gloria, con ser universalmente aclamado. Zola, sin duda, había percibido el potencial depresivo de Manet, cuyo doble en la novela se suicida colgándose ante un gran cuadro que no logra acabar. Los temas de muchos lienzos de Manet podrían confirmar la presencia de preocupaciones sombrías, por no decir depresivas: *El*

bebedor de absenta (1859), *El actor trágico* (1866) o también *El torero muerto* (1886), acerca del cual cabe preguntarse si representa a un rival o el narcisismo del mismo pintor, en traje de luces, ensombrecido, abatido por la crítica.

Para no arriesgarse a sufrir la desaprobación de su padre, le ocultó, con la complicidad de su madre, el carácter casi marital de su relación con Suzanne Leenhof, holandesa, que había sido su profesora de piano (no olvidemos que la madre de Manet era música y muy brillante). Manet temía la opinión de su padre acerca de esta relación, ya que se había mostrado absolutamente hostil a su vocación de artista. No poder afrontar, una vez más, la eventual reprobación paterna implica una falta de seguridad en sí mismo muy difícil de llevar. No se casó con Suzanne más que tras la muerte de su padre; su relación había durado ya doce años. Nunca reconoció al hijo natural de Suzanne, Léon Koella, ni lo adoptó, echándose atrás ante el estatus paterno y guardando hacia Léon una actitud más próxima del rechazo que del afecto, a pesar del cariño que le profesaba este chico, que le llamaba «padrino». Hacían pasar al niño por hermano pequeño de su propia madre, mentira piadosa para enmascarar la maternidad fuera del matrimonio. Manet se comportaba con él más como un hermano mayor envidioso que como un padre. Este tipo de dificultades relacionales, que conducen al fracaso de una relación paternal, son características de los desórdenes narcisistas importantes.

Pese a su relación y posterior matrimonio con Suzanne, Manet tiene numerosas aventuras sin preocuparse, aparentemente, de lo que hace pasar a su compañera y a las que se encariñan con él; esta actitud aparece a menudo en las personas para quienes el amor de sí mismo es lo que más cuenta en relación al que puedan sentir hacia otra persona.

Es en lo que atañe a Berthe Morisot en lo que su actitud resulta más misteriosa. Parece haber estado muy enamorado de ella —ella misma estaba muy encariñada con él—, pero él cambiaba fácil y bruscamente de infatuación. Berthe sufrió mucho cuando Manet dejó de interesarse por ella, sustituyéndola por una mujer nueva en su vida, Eva Gonzalès, quien acabó por casarse con Eugène Manet, hermano de un hombre al que amaba, pero del que parece que jamás fue la amante. Manet cesó de retratarla desde el momento en que se prometió con su hermano.

Ya un poco más tarde en su vida, llevaba muy mal que las mujeres no se le rindieran, que aceptaran posar para un retrato, pero rechazaran sus galanteos. Exige contantemente que se interesen por él, que le den una imagen aduladora de sí mismo. Pese a su fama, jamás queda satisfecho con los aplausos que recibe, y trabaja a un ritmo desenfrenado.

Los psicoanalistas que se han interesado por la personalidad de Manet⁴, conscientes del carácter hipotético de sus ideas, consideraron que este debía de carecer de recursos internos para apoyar su narcisismo, lo cual le hacía depender de la imagen de sí mismo que le ofrecían los demás y que le convertía en hipersensible a toda crítica. Kathryn J. Zerbe atribuye el origen de sus dificultades narcisistas a la relación particularmente difícil con su padre y a una relación de proximidad compleja con una madre en quien ve una necesidad de compensación narcisista que interpone al hijo. Manet parece haber vivido una infancia difícil entre padres cultos y en situación desahogada, pero que no se querían; su padre hubiera preferido una hija en

vez del varón al que bautizaron como Edouard. Su padre le había destinado a hacer Derecho, pero sus resultados escolares eran mediocres y el niño deseaba pintar. Pese a la insistencia de su padre, hostil a su elección, insistió en reclamar una formación artística. Su tío materno, al contrario, apoyaba su vocación, y parece ser que su madre también, en contra de la opinión de su marido.

Se considera que cuando un progenitor no ofrece un apoyo óptimo a un hijo, no le devuelve, como un espejo, una imagen reconfortante de sí mismo, el Yo del niño se hace vulnerable. Esto resulta muy evidente en el caso de las madres, pero la falta de empatía paterna puede tener efectos destructores. El afán desenfrenado con que Manet buscaba el reconocimiento oficial podría constituir una manera de buscar indirectamente la aprobación del alto funcionario que era su padre. «La necesidad desesperada de Manet de obtener una apreciación elogiosa puede comprenderse como la búsqueda de alimento para su propia estima mediante la unión con un público de adoradores que compensara la falta de apoyo y la falta de una mirada positiva por parte de su padre»⁵, es decir, de restañar una herida narcisista. Manet procuró, desde muy pronto, entrar en contacto con personajes idealizados, como Delacroix, quien le dio ánimos. El fracaso en su relación con su «hijastro» Léon, a quien no guardaba mucha estima, puede ser comprendido como una identificación inconsciente con su propio padre y como la reproducción de su relación conflictiva con él. La relación entre Edouard y su madre, al menos en lo que conocemos a través de su correspondencia, parece haber sido, a la vez, muy próxima y paradójica. Edouard cultivó durante toda su vida una relación de proximidad con ella, y sufría con cualquier separación, por pocos días que fuera. Esta relación se acentuó tras la muerte del señor Manet padre. La madre de Manet le defendía contra las críticas o reservas de las que fuese objeto. Sin embargo, también le reprochaba que malgastara el dinero para hacer exponer sus obras, aunque le adelantaba la cantidad necesaria. Si consideramos que esta actitud refleja algo de las relaciones precoces entre madre e hijo, es posible pensar que esta madre haya podido contribuir en gran medida a la vulnerabilidad de su hijo. «Cuando la madre sobrevalora a su hijo como objeto narcisista y lo denigra en otros momentos, el resultado es una fusión y el proceso de individuación queda asfixiado»⁶. Dicho de otro modo, una madre que mantiene a su hijo como simple prolongación de sí misma no puede más que denigrarlo desde el momento en que le falte la perfección que la encandila; sin embargo, despegarse de la madre para construir su propia autonomía, su propia identidad priva a «mamá» de su adorno... Es la alternancia de estas dos actitudes hacia el niño lo que lo fragiliza y merma el proceso de individuación. «Cuando es recompensado por su madre (porque ha satisfecho sus necesidades [narcisistas] de ella) el niño se siente autorizado a todo, se siente entonces excesivamente estimulado, pero se sentirá humillado si no consigue volver a encandilar a su madre»⁷. Un niño que tenga que hacer frente a este tipo de relación materna puede experimentar, durante toda su vida, alternancias de arrogancia y de desánimo depresivo. Observamos frecuentemente esta actitud en los artistas.

[...] Manet reclamaba de manera adictiva el socorro de su madre, de las mujeres y de un público de adoradores. También se sentía con derecho a la atención de los demás, que debían plegarse a sus

caprichos y percibir intuitivamente, a la vez que aplaudir sus dotes. Se desmoronaba si no lo obtenía, y sentimientos de rabia y de humillación afloraban⁸.

Podemos suponer que la madre, artista, de Manet «no le amaba tanto por sí mismo como por el reflejo de sí misma que él le daba»⁹, o bien, utilizando una fraseología psicoanalítica, este fue considerado «como un objeto fálico narcisista¹⁰ para anular el sentimiento de vacío de la propia madre». Aunque en el caso de Manet no podamos más que suponerlo, la hipótesis es plausible si nos atenemos a lo que encontramos en muchos casos clínicos actuales. (Véase capítulo III.)

⁴ Particularmente, Kathryn J. Zerbe, «The tragic actor: Forms and Transformations of Narcissism in the Life and Work of Edouard Manet (1832-1883)», *Psychoanalytic Review*, 1995.

⁵ *Ibid.*

⁶ Donald B. Rinsley, 1984, citado por Kathryn J. Zerbe, artículo citado.

⁷ Kathryn J. Zerbe, artículo citado.

⁸ *Ibid.*

⁹ Rothstein, citado por Kathryn J. Zerbe, artículo citado.

¹⁰ Es decir, como el sustituto de un pene, del que la madre tendría nostalgia.

EL NARCISISMO EN FREUD

1. La sexualidad infantil

Freud fundamenta el desarrollo del psiquismo sobre la evolución y el enriquecimiento progresivo de la sexualidad infantil. En cierto modo, se puede decir que, para él, las manifestaciones y comportamientos sexuales no son más que la parte visible de la sexualidad y que lo esencial de lo sexual es psíquico. Se podría decir, por ejemplo, que las pulsiones son fuerzas psíquicas que pueden tener una expresión corporal. Hay que tener en cuenta que este modelo de la pulsión no corresponde a zonas cerebrales ni a trayectos neuronales algunos. La «libido» no es una hormona que se pueda medir. Se trata de un modelo teórico supuesto a partir de la experiencia clínica y validado por la práctica psicoanalítica. La idea que nos hacemos de la aparición de la pulsión no tiene nada de embriológico; únicamente se puede decir que todo ocurre como si la energía sexual psíquica, la libido, se individualizara poco a poco en diferentes corrientes relacionadas con las diferentes zonas erógenas: las pulsiones.

Estas pulsiones son llamadas «pulsiones parciales» en la medida en que, al principio, estas conciernen a «objetos» que no son para el niño más que fragmentos del mundo y de la persona que se ocupa de él; así, a este nivel hablamos de «objetos parciales». Es cuando estas pulsiones se reúnen en haz, en torno a una persona en su conjunto, que aparece el amor propiamente dicho. El objeto del amor es la persona que reúne sobre sí las diferentes corrientes pulsionales. Freud suponía que muy al principio las zonas erógenas podían funcionar sobre sí mismas, y hablaba de funcionamiento «autoerótico». Subrayemos que se trata aquí de un sentido muy restringido en relación con el uso habitual del término «autoerotismo» referente a una vida sexual ya desarrollada. Freud se interesaba por el paso desde este funcionamiento elemental a lo que él denominaba «aloerotismo», o el paso del homoerotismo al heteroerotismo, añadía. En la noción de narcisismo encontró el grado intermedio.

2. La aparición del narcisismo

En 1910, Freud redacta «El presidente Schreber: observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia», donde utiliza por primera vez la noción de narcisismo, bajo la forma de etapa en una evolución:

Investigaciones recientes llamaron nuestra atención sobre una etapa por la cual pasa la libido durante su evolución del autoerotismo al amor objetual. Se la ha denominado etapa del narcisismo [...] Esta etapa consiste en lo siguiente: el individuo que se está desarrollando reúne en una unidad sus pulsiones sexuales que, hasta entonces, actuaban de modo autoerótico, con el fin de conquistar a un objeto de amor, y se toma primero a sí mismo, toma a su propio cuerpo como objeto de amor antes de

pasar a la elección objetual de otra persona. Puede que esta etapa intermediaria entre el autoerotismo y el amor objetual sea inevitable en el curso de todo desarrollo normal, pero parece que ciertas personas se detienen en él de manera insólitamente prolongada, y que muchos de los rasgos de esta fase persisten en estas personas en las etapas posteriores de su desarrollo. En ese «sí mismo» tomado como objeto de amor los órganos genitales constituyen quizás ya el atractivo primordial. La etapa siguiente conduce a la elección de un objeto dotado de órganos genitales iguales a los propios, es decir, a la elección homosexual del objeto y después, desde ahí, a la heterosexualidad. Los que, más tarde, se vuelven homosexuales manifiestos son hombres que jamás pudieron —así lo admitimos— liberarse de esta exigencia de que el objeto deba de tener los mismos órganos genitales que ellos mismos¹¹.

Este razonamiento se aplica naturalmente a los dos sexos.

Sin embargo, en el momento en que define el narcisismo como una implicación sexual corporal, Freud se refiere paralelamente al Yo —resultado de implicaciones corporales y psíquicas complejas— y a un proceso de identificación como elementos constitutivos del narcisismo. Se pueden reconocer las primicias de la noción de narcisismo, referido al Yo, en «El creador literario y la fantasía»¹², cuando Freud evoca, a propósito de la invulnerabilidad de los héroes de novela, «Su majestad el Yo, héroe de todos los sueños diurnos y de todas las novelas». Por otro lado, hablando de la homosexualidad en «Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci»¹³, Freud completa su manera de ver la homosexualidad como particularidad de la «elección del objeto»: «[...] [estos hombres] se identifican con la mujer y se convierten en su propio objeto sexual, es decir, que partiendo del narcisismo buscan a adolescentes que se les parezcan y a los que quieren querer como su madre les quiso a ellos». Es, finalmente, en «Para presentar el narcisismo» cuando Freud dará a la noción de narcisismo una amplitud considerable que hará de este uno de los conceptos clave del psicoanálisis y cambiará completamente el concepto precedente del Yo. Hasta entonces, el Yo se fundamentaba sobre lo que Freud denominaba las «pulsiones de autoconservación» (cuyo prototipo es el hambre), asimiladas después a lo que él llamaba «pulsiones del Yo». En el nuevo concepto de Freud, los aspectos corporales del narcisismo ya no son lo esencial, sino que se inscriben en un concepto más amplio en el cual el narcisismo concierne al Yo en su conjunto y en dimensiones que permitirá individualizar. Cuando escribía en «El hombre de los lobos»: «El Yo no tiene, en efecto, tendencias sexuales, pero no se interesa más que por su propia conservación y por el mantenimiento de su narcisismo»¹⁴, Freud atribuye al Yo una carga libidinal, y las pulsiones del Yo, referidas a la autoconservación física del individuo, pierden su lugar central, viéndose sustituidas por lo que se convertirá en «la libido del Yo»: «Nos representamos así una implicación libidinal que se origina en el Yo; más tarde, una parte es cedida a los objetos, pero, fundamentalmente, la implicación del Yo persiste y se comporta hacia las implicaciones en objetos como el cuerpo de un animáculo protoplásmico hacia los pseudópodos que ha emitido»¹⁵. El Yo aparece así como el detentador de un capital libidinal que será «invertido» en el sentido bancario de la palabra, en dos direcciones fundamentales, en los elementos del Yo, por un lado —en particular en toda clase de ideas, de representaciones—, y por otro lado, en «objetos» del mundo exterior. Dos corrientes que Freud denomina respectivamente «libido del Yo» y «libido del objeto». En esta distribución, cuanto más importante sea la inversión en objetos, más se empobrecerá la inversión o

implicación¹⁶ libidinal del Yo, e inversamente; es lo que ocurre en el estado enamorado donde el sujeto se desprende de su propia inversión en sí mismo para consagrar este capital al objeto de su amor.

En este modelo, el cuidado que tenía Freud en especificar el Yo apoyándolo en la autoconservación se difumina. Nos hallamos ante una verdadera mutación en su teoría: el conflicto psíquico ya no nace de la oposición entre las necesidades de la autoconservación y de las pulsiones sexuales, sino entre dos corrientes libidinales, dos aspectos de la sexualidad, uno dedicado al Yo y el otro orientado hacia otras personas. Así, queda presentado el conflicto entre las implicaciones o «inversiones» narcisistas y las objetuales, tan importante tener en cuenta en las diferentes situaciones clínicas a las que el psicoanalista tiene que hacer frente.

La pregunta subyacente, para Freud, es la de la existencia de una energía psíquica distinta de la libido: ¿existe, acaso, como lo pretende Jung, una sola energía psíquica? Freud se muestra reacio a dejarse tentar para adoptar la hipótesis de una sola energía, pero jamás propondrá ninguna otra y, *de facto*, la acepta y sustituye en las pulsiones del Yo a la autoconservación por la libido del Yo. La oposición central no se sitúa ya entre dos tipos de energía psíquica de diferente naturaleza, sino entre dos corrientes de la libido especificadas por sus polos de implicación o de «inversión».

El narcisismo, tal y como lo concibe Freud, no tiene entonces nada en común con la perversión descrita por Havelock Ellis. Los diferentes aspectos del narcisismo forman parte de la vida psíquica de cada uno de nosotros. Como escribe Lou Andreas-Salomé: «Por lo tanto, [el narcisismo] no se limita a una etapa particular de la libido, sino que, constituyendo nuestra parte del amor hacia sí mismo, acompaña a todas las etapas [...]»¹⁷.

Freud describirá el narcisismo en dos pasos fundamentales: un paso hipotético de «narcisismo primario», contemporáneo de la aparición del Yo, y un «narcisismo secundario».

3. Narcisismo primario y narcisismo secundario

Freud había introducido el autoerotismo como primera etapa del funcionamiento de la pulsión, limitada a la zona erógena. Considera que «no existe desde el principio, en el individuo, una unidad comparable al Yo; el Yo ha de experimentar un desarrollo. Pero las pulsiones autoeróticas existen desde el origen; algo, una nueva acción psíquica, tiene que venir a añadirse al autoerotismo para dar forma al narcisismo»¹⁸. Se puede considerar que esta nueva acción psíquica es la que constituye el primer desarrollo del Yo, y que se trata, para Freud, del lazo que se establece entre las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas y el ejercicio de las funciones vitales de autoconservación. Es el primer ensamblaje de las pulsiones de autoconservación y de las pulsiones sexuales autoeróticas lo que conformaría el primer núcleo de soporte de toda la carga libidinal del narcisismo primario. Las funciones vitales se ven sostenidas por las personas que se ocupan del niño, quien es, por otro lado, su propio objeto de implicación: «Decimos que el ser humano tiene dos objetos sexuales en el origen: él mismo y la mujer que le cuida; en esto fundamentamos el narcisismo

primario de todo ser humano»¹⁹. Observemos, no obstante, que muy al principio de la vida se puede considerar que el niño no percibe a la persona o a las personas que se ocupan de él como exteriores a su ser y que el funcionamiento narcisista que se le puede suponer engloba a «la mujer que le cuida». De ahí la idea de una autosuficiencia, de una omnipotencia, de una perfección que caracterizaría al narcisismo primario. Posteriormente, después de haber «descompuesto» la personalidad psíquica (es decir, lo que hasta ahora denominábamos el Yo) en tres instancias: Yo, Ello y Superyó, Freud confiará al Ello el papel de almacén de la libido; después de haber introducido la oposición entre las pulsiones de vida y la pulsión de la muerte, Freud hablará de un «narcisismo primario absoluto»²⁰, situación teórica donde toda la libido disponible «se encuentra en el Yo-Ello indiferenciado y sirve para neutralizar las tendencias destructivas que en este par también se encuentran presentes»²¹.

Es a partir de la implicación con los demás cuando el narcisismo secundario aparece y se desarrolla. A partir del Yo, gran almacén de libido, esta se expande hacia los objetos del mundo exterior, hacia las personas a las que el niño se dirige; esta podrá después volverse a encauzar hacia el Yo a partir de esos objetos. «Es esencial para la plenitud de la salud de un individuo que su libido no pierda la plenitud de su movilidad»²². Si retomamos la metáfora de la ameba, sus excrecencias, sus pseudópodos «pueden verse reabsorbidos en todo momento, de manera que la pequeña masa protoplásmica se reconstituye»²³. La «pequeña masa» es la del capital de la libido que se agrupa en el Yo una vez que los «objetos» han sido abandonados, es decir, cuando cesa la implicación o la «inversión» en ellos. Sin embargo, las inversiones repatriadas guardarán la huella de los objetos sobre los cuales se habían fijado.

El narcisismo secundario es el resultado de la vuelta al Yo de la libido hasta entonces invertida en objetos, pero también de la modificación que esta vuelta produce en el Yo: «Ese narcisismo que apareció al implicarse con objetos, nos vemos conducidos, pues, a concebirlo como un estado secundario construido sobre la base de un narcisismo primario que múltiples influencias han obscurecido»²⁴. El término utilizado por Freud de «obscurecido» indica que la bella omnipotencia del narcisismo primario ha tenido que hacer frente a las limitaciones de la realidad y a la resistencia de los demás a plegarse exactamente a sus deseos y sus necesidades. Pero Freud podría haber añadido «enriquecido». La libido que «vuelve» al Yo no vuelve con las manos vacías, trae en sus redes representaciones que ha generado en el trato con los objetos de amor del niño que constituyen también objetos internos que pueblan el Yo. La «introyección» alimenta al Yo. Y la capacidad de control del niño se desarrolla en sus relaciones con el entorno. Se «convierte en dueño de sus propios miembros», dice Freud, pero no solo eso: adquiere el control de sus esfínteres, y esta adquisición es un paso dentro del propio paso del narcisismo al amor de un objeto: «[...] es la primera ocasión en la que el niño debe decidir entre una actitud narcisista y una actitud de amor hacia el objeto. O bien obedece y se separa de sus heces, las sacrifica a su amor, o bien las guarda para su satisfacción autoerótica, y más tarde para afirmar su propia

voluntad»²⁵. Ciertos rasgos de carácter, la obstinación, por ejemplo, aparecen en este movimiento. Es cuando la libido vuelve con las manos vacías cuando aparecen desórdenes; la «estasis» de la libido que ya no se «invierte» ni en objetos externos ni en «objetos internos» sobrecarga al Yo de manera informe, produciendo experiencias de angustia, a veces muy intensas, hasta llegar, en ocasiones, a la despersonalización, contra las cuales el sujeto deberá luchar mediante diferentes implicaciones o «inversiones» compensatorias: las «contra-inversiones».

Es necesario un equilibrio entre el implicarse narcisísticamente o las «inversiones narcisistas» (amarse a uno mismo) y las «inversiones objetuales» (amar a alguien). Según Freud: «Un egoísmo sólido protege de la enfermedad pero, al fin y a la postre, hay que ponerse a amar para no caer enfermo»²⁶. Se podría inscribir al reposo, la necesidad de tiempo en soledad —de momentos en que «hacerse la corte a sí mismo», como decía Montaigne— en la línea de ese sólido [y necesario] egoísmo. Desde este punto de vista, dormir constituye un retorno cotidiano a un estado narcisista profundo: los objetos en los que nos vemos implicados o en los que invertimos cuando despiertos resultan desimplicados, la inversión cesa en ellos en beneficio de la experiencia corporal y psíquica del dormir, donde el mundo de la fantasía engendra la población de los sueños.

4. El narcisismo de las pequeñas diferencias

Pero este equilibrio entre el implicarse narcisísticamente y el implicarse objetualmente conlleva también implicar una forma de identidad en relación a los demás que se expresa por la preocupación de ser diferente a estos, de no verse asimilado a los otros, y por lo tanto, por una forma de preocupación por lo que nos es diferente. Freud lo indica así: «En expresiones que no difieren mucho de la terminología habitual del psicoanálisis, Crawley expone que cada individuo se aísla de los demás por un “*taboo of personal isolation*”²⁷ y que son precisamente las pequeñas diferencias, en lo que por lo demás es parecido, lo que fundamenta los sentimientos de extrañeza y de hostilidad entre los individuos». Sería tentador, prolongando esta perspectiva, hacer derivar de este «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que, como constatamos, combate victoriosamente, en toda relación humana, el sentimiento de solidaridad y da al traste con el mandamiento de amor universal entre todos los seres humanos. El psicoanálisis cree haber adivinado que una pieza capital que motiva la actitud de rechazo narcisista, mezclado con mucho desprecio, del hombre hacia la mujer debe atribuirse al complejo de castración y a la influencia de este complejo sobre el enjuiciamiento que este hace de la mujer²⁸. Freud ve aquí la diferencia anatómica entre los sexos como una «pequeña diferencia», inquietante, no obstante, para el hombre y sobre la cual fundamenta su machismo. En el niño, la gran diferencia sexual a la que tiene que hacer frente es la que existe entre él, que no vive más que una sexualidad embrionaria en el aspecto físico, y los adultos que detentan el poder de la sexualidad madura. Entre niños y niñas, la diferencia de los sexos no es más que una «pequeña diferencia» que suscita, no obstante, la angustia de la castración de los chicos, miedo contra el que luchan

sobreimplicándose en la posesión de su pene y menospreciando a las chicas, sentimiento que permanecerá subyacente en la edad adulta. Desde el punto de vista colectivo, el narcisismo de las pequeñas diferencias organiza desprecios recíprocos entre grupos sociales que no son tan diferentes los unos de los otros.

5. Narcisismo y amor

Partiendo de su idea de que el niño al principio tiene dos polos de implicación sexual, él mismo y «la mujer que le cuida», Freud opone dos tipos de elección de objeto: la elección de objeto «apuntalada» —donde el objeto es elegido basándose en el modelo de la madre—, elegido por lo que puede aportar, por su diferencia, en definitiva; y la elección de objeto narcisista, donde el objeto amado es elegido por su parecido con el sujeto que le elige. Freud piensa que este es el caso, en particular, de los sujetos que se orientan hacia la homosexualidad: «Evidentemente, se buscan a sí mismos como objeto de amor, presentando un tipo de elección de objeto que podemos denominar narcisista»²⁹. Sin embargo, hemos de recordar también, en lo que atañe a la homosexualidad, que Freud señaló que en la elección de un objeto del mismo sexo la identificación con la madre desempeña un papel, y que el objeto elegido está destinado a ser mimado como el sujeto lo fue por su propia madre.

El problema se complica del lado de el que o de la que se enamora de un Narciso y se ve víctima de su seducción. Freud había subrayado en 1905, en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, el hecho de que la mujer que se niega se convierte fácilmente en el objeto de una sobreestimación, y atribuía este hecho a la prohibición edípica: toda mujer que se niega se convierte en el análogo de la madre a la que el niño tiene prohibido acceder sexualmente. Podría haber reutilizado en parte este razonamiento en relación a la seducción que ejercen las personalidades organizadas fundamentalmente de modo narcisista. En la cita que sigue, Freud continúa hablando de la mujer, pero todo lo que dice puede aplicarse exactamente a muchos hombres:

Se instala, especialmente en el caso del desarrollo hacia la belleza, un estado en el que la mujer se basta a sí misma, lo cual la compensa de la falta de libertad para elegir su objeto a la que le somete la sociedad. Estas mujeres no aman, en sentido estricto, más que a sí mismas, casi tan intensamente como el hombre las ama. No necesitan amar, sino ser amadas, y les gusta el hombre que cumple con esta condición. [...]. Estas mujeres hechizan a los hombres sobremanera [...]. Parece, en efecto, que de forma evidente el narcisismo de una persona ejerce un gran atractivo sobre los que se ven desposeídos de toda la medida de su propio narcisismo y buscan el amor objetual; el encanto del niño tiene mucho que ver con su narcisismo, con el hecho de que se basta a sí mismo, su inaccesibilidad, igual que el encanto de ciertos animales que parecen no preocuparse por nosotros, como los gatos y los grandes cazadores [...]. Es como si les envidiáramos por el feliz estado psíquico que mantienen [...]. Pero el gran encanto de la mujer narcisista tiene su envés: la insatisfacción del hombre enamorado, las dudas sobre el amor de la mujer, las quejas sobre su naturaleza enigmática tienen en buena parte su raíz en esta incongruencia de los tipos de elección del objeto³⁰.

Lo mismo que dicha «incongruencia» puede causar la desgracia, puede una vida sexual feliz consolidar la autoestima.

Las relaciones del sentimiento de estima de sí mismo con el erotismo (es decir, con el implicarse o «invertirse» libidinalmente en un objeto) se ven expresadas en las formulas siguientes: hay que distinguir dos casos, según si las inversiones de amor son conformes al Yo o, al contrario, si han sufrido una represión. En el primer caso (utilización conforme al Yo de la libido), amar se ve

valorizado como toda otra actividad del Yo. Amar, en sí, como deseo ardiente y privación, merma el sentimiento de autoestima; ser amado, amar en contestación, poseer el objeto amado aumenta este sentimiento³¹.

Cuando

la satisfacción amorosa es inaccesible, el aprecio del Yo no se hace posible más que retirando la libido de los objetos. El retorno al Yo de la libido objetual, su transformación en narcisismo, representa en cierto modo el restablecimiento de un amor feliz, e inversamente un amor real feliz responde a un estado original donde libido de objeto y libido del Yo no se distinguen la una de la otra³².

Más tarde en la vida, las parejas que han encontrado una estabilidad suficiente tienen niños a los que querer. El amor de los padres hacia sus hijos pertenece en gran medida, para Freud, a la esfera del narcisismo:

His majesty, the baby... Llevará a cabo los deseos que los padres no pudieron llevar a la práctica, será un gran hombre, un héroe, en lugar del padre; se casará con un príncipe, compensación tardía para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esta inmortalidad del Yo contra la que la realidad arremete, ha encontrado un lugar seguro refugiándose en el niño. El amor de los padres, tan conmovedor y, en el fondo, tan infantil, no es otra cosa que el narcisismo de ellos que acaba de volver a nacer y que, a pesar de su metamorfosis en amor de objeto, manifiesta de forma inconfundible su antigua naturaleza³³.

6. El ideal del Yo, heredero del narcisismo

A partir de su comprensión del narcisismo, Freud volverá a dibujar las líneas de fuerza del funcionamiento psíquico, de lo que ocurre dentro del Yo mismo. Hasta entonces, la «represión», es decir, la desestimación almacenada en el inconsciente de un elemento psíquico, estaba ligada al hecho de que dos deseos, dos «representaciones» resultaban «irreconciliables». Freud referirá esta irreconciliabilidad al narcisismo. Constata primero que «el hombre, en cierta medida, sigue siendo narcisista, incluso después de haber encontrado objetos externos para su libido»³⁴; dicho de otro modo, toda la masa de la libido no puede pasar a implicaciones en objetos de amor, queda una parte dedicada al sujeto mismo y bajo la forma de la autoestima en particular. Y esta estima de sí mismo será la organizadora de la represión de deseos cuando estos estén «en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo [...]». La represión, hemos dicho, proviene del Yo; podríamos precisar: de la estima de sí que tiene el Yo». El sujeto ha «establecido en sí un ideal con el que mide su Yo actual. La formación de un ideal sería para el Yo la condición necesaria para la represión». Y Freud continúa:

Es a este Yo ideal a quien se dirige ahora el amor de sí del que gozaba en su infancia el Yo real. Se ve que el narcisismo está desplazado sobre este nuevo Yo ideal que se encuentra, como el Yo infantil, en posesión de todas las perfecciones. Como ocurre siempre sistemáticamente en el ámbito de la libido, el hombre se muestra aquí incapaz de renunciar a la satisfacción de la que gozó un día. No quiere prescindir de la perfección narcisista de su infancia; aunque no ha podido mantenerla, ya que, durante su desarrollo, las reprimendas de los demás la han turbado y su propio juicio se ha despertado, intenta recobrarla bajo la nueva forma del ideal del Yo. Lo que proyecta ante sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia; en aquellos tiempos, él mismo era su propio ideal³⁵.

Estamos, pues, ante la prefiguración de la estructura del Yo, tal y como Freud la describirá en *El Yo y el Ello* diez años más tarde. La prefiguración del Superyó

aparece ya bajo el nombre de «instancia moral», no le falta más que su denominación posterior:

No sería extraño que encontráramos una instancia psíquica particular que lleve a cabo el cometido de velar por que se vea asegurada la satisfacción narcisista que proviene del ideal del Yo, y que, con esta intención, observe sin descanso al Yo actual y lo mida en relación con el ideal. [...] existe, efectivamente, y en todos nosotros en la vida normal una potencia de este tipo que observa, conoce, critica todas nuestras intenciones³⁶.

7. El narcisismo moral

La autoestima proviene, pues, en gran medida del enjuiciamiento de esta «potencia» interior que nos juzga y nos mide en relación con el ideal. Esta puede querer la pureza, la perfección y buscar la eliminación de todo pensamiento malo, vergonzoso, estableciendo una especie de delito de opinión interior, dotando al narcisismo de una dimensión moral, dándole una especie de ética de la pureza, forma de *political correctness* interna. Freud introdujo la expresión «narcisismo moral» (muy repetida por diferentes autores) para definir esta forma de exigencia de eliminación de todos los inevitables pensamientos considerados malos, conscientes o no. Cuando es constrictivo, como en ciertas formas de neurosis obsesivas, origina un sentimiento de culpabilidad muy difícil de llevar; Freud aconseja relativizarlo así:

El narcisismo ético del ser humano debería de contentarse con encontrar en el hecho de la deformación del sueño, en los sueños de angustia y de castigo, pruebas claras de su esencia moral, igual que encuentra mediante la interpretación de los sueños pruebas que apoyan la existencia y la fuerza de su esencia malvada. Si alguien, no contento con esto, quiere ser «mejor» de lo que es, que intente ver si, en la vida, puede llegar a más que a la hipocresía o a la inhibición³⁷.

8. Herida narcisista y pérdida del objeto

Noción muy utilizada en psicoanálisis, la idea de «herida narcisista» fue acuñada por Freud. Aparece en el caso de «El hombre de los lobos»:

Nuestro paciente vio cómo se hundía su resistencia en el momento en que una afección orgánica de los órganos genitales hizo revivir en él la angustia de la castración, desconcertando su narcisismo y obligándole a abandonar la esperanza de ser un favorito del destino. Cayó enfermo, aquejado de una «frustración» narcisista. Este narcisismo que en él era excesivo estaba en perfecta consonancia con los demás indicios que presentaba de un desarrollo sexual inhibido [...] ³⁸.

Posteriormente, se utilizará más el término de pérdida que afecta al narcisismo, de «herida narcisista», que el de «frustración». No obstante, la idea de que lo que toca al narcisismo puede tener consecuencias psicopatológicas sigue ahí: angustia, desorganización, depresión, agresividad, furor... Lo que Freud dice del niño puede decirse perfectamente del adulto: «Para el amor propio desmesurado, (el narcisismo) del niño, todo lo que le molesta es crimen de lesa-majestad y, como la legislación draconiana, el niño no dosifica el castigo que conviene a este tipo de crímenes»³⁹.

En la melancolía, que Freud denomina «neurosis narcisista», el estado patológico se desencadena por una pérdida que atañe al Yo mismo. La pérdida puede consistir, como para el hombre de los lobos, en una herida narcisista directa: sentimiento de castración, de deshonra, de humillación pública... Pero puede tratarse de la pérdida de

un objeto amado que el sujeto considera, sin saberlo frecuentemente, como una parte de sí mismo: la pérdida del objeto amado constituye entonces una amputación, una herida, una pérdida narcisista. «La sombra del objeto cayó así sobre el Yo»⁴⁰, dice Freud. Se trata del fantasma del objeto que el sujeto guarda en sí para procurar mantener algo de su organización anterior, astro frío alrededor del cual se organiza la experiencia depresiva melancólica.

Resulta interesante observar que Freud no ha relacionado explícitamente la noción de traumatismo psíquico con el narcisismo, cuando esta relación resulta implícita en lo que acabamos de evocar y en lo que él indica, además, en *Introducción al psicoanálisis*:

E incluso, el término traumático no tiene otro sentido que el sentido económico. Llamamos así a un acontecimiento vivido que, en poco tiempo, trae a la vida psíquica un tal aumento de la excitación que su supresión o su asimilación por vías normales se convierte en tarea imposible, lo cual produce desórdenes duraderos en la utilización de la energía⁴¹.

Dicho de otro modo, el Yo se ve desbordado y el equilibrio narcisista roto. Todo traumatismo, sexual o de otro tipo, es pues, casi por definición, un traumatismo narcisista.

¹¹ S. Freud, «El presidente Schreber», en *Cinco psicoanálisis*, traducción al francés de M. Bonaparte y R. M. Loewenstein, París, PUF, 1954.

¹² S. Freud (1908), «El creador literario y la fantasía», en *La extrañeza inquietante*, traducción al francés de B. Féron, París, Gallimard, 1985.

¹³ S. Freud (1910), *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci*, traducción al francés de J. Altounian, A&O. Bourguignon, P. Cotet y A. Rauzy, París, Gallimard, 1987.

¹⁴ S. Freud, «El hombre de los lobos», en *Cinco psicoanálisis*, traducción al francés de M. Bonaparte y R. M. Loewenstein, París, PUF, 1954.

¹⁵ La ameba, por ejemplo, que extiende una prolongación hacia una partícula alimenticia y se repliega después.

¹⁶ El autor utiliza el verbo «invertir», que tiene este doble sentido.

¹⁷ L. Andreas-Salomé, «El narcisismo como doble dirección», en *El amor del narcisismo*, traducción al francés de I. Hildebrandt, París, Gallimard, 1980.

¹⁸ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., pág. 84.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 94.

²⁰ *Compendio de psicoanálisis*, traducción al francés de A. Berman, París, PUF, 1985, pág. 10.

²¹ *Ibíd.*, pág. 9.

²² S. Freud (1917), «Una dificultad del psicoanálisis», en *La extrañeza inquietante*, traducción al francés de B. Féron, París, Gallimard, 1985.

²³ *Ibíd.*

²⁴ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., pág. 83.

²⁵ S. Freud (1917), «Sobre las transposiciones de pulsiones y más especialmente en el erotismo anal», en *La vida sexual*, traducción al francés de D. Berger, J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1969.

²⁶ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., pág. 91.

²⁷ En inglés en el texto de Freud: el aislamiento personal está protegido por un tabú.

²⁸ S. Freud (1918), «El tabú de la virginidad», en *La vida sexual*, ob. cit.

²⁹ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., pág. 93.

³⁰ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., págs. 94-95.

³¹ *Ibíd.*, pág. 103.

³² *Ibíd.*, págs. 103-104.

³³ *Ibíd.*, pág. 96.

³⁴ S. Freud (1913), *Totem y tabú*, traducción al francés de M. Weber, París, Gallimard, 1993, pág. 209.

³⁵ «Para presentar el narcisismo», ob. cit., pág. 98.

³⁶ *Ibíd.*, págs. 99-100.

³⁷ S. Freud (1925), *Algunos suplementos al conjunto de la interpretación de los sueños*, traducción al francés de J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1992, págs. 182-184.

[38](#) S. Freud (1918), *Cinco psicoanálisis*, traducción al francés de M. Bonaparte y R. M. Loewenstein, París, PUF, 1990.

[39](#) S. Freud, *La interpretación de los sueños*, nota añadida en 1919, traducción al francés de I. Meyerson y D. Berger, París, PUF, 1967, pág. 222.

[40](#) S. Freud (1917), «Luto y melancolía», *OCFP*, vol. XIII, París, PUF, 1988, pág. 267.

[41](#) S. Freud (1916), *Introducción al psicoanálisis*, traducción al francés de S. Jankélévitch, París, Payot, 1990, pág. 256.

ALGUNOS ASPECTOS CLÍNICOS DEL NARCISISMO

No soy lo suficientemente grande como para prescindir del honor

Albert Camus, *El revés y el derecho*

1. Los afectos narcisistas

Los «afectos» del narcisismo feliz se distinguen por una cierta satisfacción relativa de sí mismo, una sensación de integralidad, de dominio, de posesión de sí mismo. Esto conlleva el sentirse digno de la situación que se tiene, del cónyuge con el que se vive, de una eventual honra... La satisfacción de sí mismo, excesiva y que toma la forma de la suficiencia, de la arrogancia, es a menudo exhibida por los narcisistas que en realidad están inseguros de sí mismos y buscan afirmar su superioridad para ocultar a sus propios ojos su propia vulnerabilidad.

1.1. *La exaltación*

El afecto de exaltación ha sido poco estudiado por los psicoanalistas, citemos, no obstante, a Bertram Lewin y a Bela Grunberger⁴².

Andando por las calles, Godofredo se sentía un hombre diferente, [...] Ya no era un hombre, sino un ser decuplicado, sabiéndose el representante de cinco personas cuyas fuerzas reunidas apoyaban sus acciones y le acompañaban. Llevando este poder en su corazón experimentaba una plenitud de vida, un poder noble que le exaltaba. Fue, como dijo más tarde, uno de los más bellos momentos de su existencia, ya que gozaba de un sentido nuevo, el de una omnipotencia más cierta que la de los déspotas. El poder moral es como el pensamiento, sin límites⁴³.

Balzac describe aquí perfectamente el afecto de exaltación en su cumbre, el sentimiento de un poder multiplicado por diez, de una omnipotencia sin límites. Intensa o más moderada, la exaltación es el afecto narcisista positivo por excelencia y corresponde a la experiencia de una extensión del Yo. Pero el sentimiento de exaltación puede tomar formas más discretas y, finalmente, acompañar toda ganancia en el ámbito del narcisismo: toda percepción de un progreso del Yo se acompaña de algo emparentado con este afecto.

La alegría. La alegría aparece, por ejemplo, en experiencias de satisfacción de cierta plenitud, o cuando se vuelve a encontrar tras una larga separación a una persona amada. Estas experiencias reaniman una zona del Yo que estaba adormecida, de ahí el sentimiento de extensión de este. Pero la reavivación de un objeto interno enterrado, restablecido en sus funciones mediante una palabra, una carta, una frase musical, un libro, un pensamiento o incluso una sesión de análisis puede verse acompañada de esta forma de la exaltación que es la alegría. La alegría podría ser considerada como el afecto correspondiente a la experiencia de una satisfacción

pulsional, que ensancha al Yo, en correspondencia con un objeto. El objeto que se vuelve a encontrar con alegría es un objeto que consiente.

El triunfo. En el afecto triunfo es al revés, es la corriente de implicación en una toma de poder lo que prevalece; se trata de júbilo, no de alegría. Ya sea modesto o apabullante, el triunfo es el resultado de una toma de poder conseguida sobre un objeto de acceso difícil, conquistado a su pesar, una satisfacción narcisista ligada a la toma de poder victoriosa más que una satisfacción relacionada con el compartir del amor: «Soy el más fuerte», más que «Amo y soy amado». Este sentimiento es el de la exaltación de *La bruja* de Michelet⁴⁴, que triunfa sobre el mundo mediante su saber mágico: «Tensa, vivaz y acerada, su vista se hace tan penetrante como esas agujas [de hielo], y el mundo, ese mundo cruel que le hace sufrir, le es transparente como el cristal. Y entonces goza de él como de conquista propia.»

El sentimiento oceánico. Esta forma particular de exaltación se manifestó en la relación entre Freud y Romain Rolland. A Freud, que le envió *El porvenir de una ilusión*, Romain Rolland le responde con la apología del sentimiento oceánico: «Su análisis de las religiones es correcto. Pero me hubiera gustado verle hacer el análisis del *sentimiento religioso* espontáneo o, más exactamente, de la *sensación religiosa*... [...] el hecho simple y directo de la *sensación de lo «eterno»* (que puede muy bien no ser eterno, sino sin límites perceptibles, y como oceánico). [...] Añado que este sentimiento «oceánico» no tiene nada que ver con mis aspiraciones personales. [...] Y como lo he reconocido, idéntico (con múltiples matices) en cantidad de almas vivientes, me ha permitido comprender que ahí estaba la verdadera fuente subterránea de la *energía religiosa*;— que posteriormente es captada, canalizada y *desecada por las iglesias*: hasta el punto que se podría decir que es en el interior de las iglesias (cualesquiera que sean) donde se encuentra la menor cantidad de auténtico sentimiento «religioso»⁴⁵. Este sentimiento religioso cuyo «libre prorrumper vital» defiende Rolland constituye una forma de exaltación particular en la cual el Yo se extiende a las masas, al universo entero, a Dios, a la naturaleza, a la humanidad...Freud se distancia fríamente del sentimiento oceánico: «Soy negado para la mística, como también para la música»⁴⁶. Freud indica, además, que «ciertas prácticas místicas son capaces de invertir las relaciones normales entre las diferentes circunscripciones psíquicas»⁴⁷. Y desconfía de las masas como de la degradación del funcionamiento psíquico que inducen en el individuo: el líder de masas toma, en el psiquismo del individuo, el lugar de una instancia, la del ideal del Yo; el sujeto se ve entonces atrapado en la ilusión de que su Yo y el de las masas son uno, pero este no se ha ensanchado más que al precio de una desdiferenciación.

1.2. La despersonalización

Cualquier mella del narcisismo amenaza con desorganizar el funcionamiento psíquico, tal y como se hubiera equilibrado hasta entonces, o bien, más allá de la amenaza, produce un estado más o menos marcado de despersonalización durante el cual el sujeto experimenta una impresión de desacomodo, de extrañeza, no acaba de reconocerse a sí mismo.

Este estado puede ser provocado por todo cambio con consecuencias en la percepción que uno mismo tiene de sí. El estudiante que ve su nombre en la lista de los candidatos aprobados en una oposición importante experimenta una sensación extraña, no da crédito a sus ojos, hace que le confirmen lo que ha leído. Experimenta una mella en su narcisismo, aunque sea una sacudida por su bien. Por muy feliz que sea este cambio, es un cambio, una desorganización, por mínima que sea. El «desorden de memoria sobre la acrópolis», descrito por Freud⁴⁸, es uno de esos estados de despersonalización moderados que corresponden a la percepción de un logro personal. Toda exaltación, extensión y, por lo tanto, cambio del Yo, conlleva una parte de despersonalización.

En un grado mínimo, las «reacciones de prestancia» descritas por Henri Wallon en el niño, esas actitudes posturales estiradas o adultomorfias desencadenadas por la presencia de alguien extraño, pero que, no obstante, también se pueden observar en los adultos, son prueba de una reacción narcisista, física, hacia la discreta desorganización que provoca el tener que ocuparse de los movimientos emocionales desencadenados por esa otra presencia.

En un grado máximo, todo fracaso, vivido como pérdida o humillación, constituirá una herida narcisista, una especie de estado traumático que amenaza el psiquismo en su unidad y no influye únicamente sobre el juego de las instancias, como ocurre en el caso del miedo o angustia llamada «angustia de castración», que no amenaza la cohesión del funcionamiento psíquico. Un aspecto muy especial de estos momentos de despersonalización y de angustia puede estar relacionado con el establecimiento de un estado amoroso que venga a desordenar el equilibrio narcisista previo. Volveremos a ello.

1.3. *La vivencia depresiva*

Todo fracaso, toda humillación sufrida por un individuo es vivida como una pérdida substancial que hace mella, compromete en él la sensación de su propio poder y hace irrisoria toda idea de omnipotencia; este sujeto experimenta una sensación de restricción del Yo, de inferioridad, opuesta a la sensación de exaltación. Este afecto de la restricción del Yo constituye un primer grado de la vivencia depresiva. La depresión, de la que se ha podido decir que se trata primeramente de «depresión de inferioridad» (F. Pasche) está muy cerca, demasiado a menudo, de las personalidades narcisistas. Al no poder iniciar una forma de trabajo del duelo que permita al sujeto despegarse de lo perdido y compensar la pérdida, el sujeto lo apostará todo a lo que le queda, a la sombra de lo que ha perdido. Pero esta sobreinversión o sobreimplicación estática se hace dolorosa, vacía al Yo de su energía, de su libido, y lo confina a las dimensiones de la zona dolorosa.

Algunas de estas sombras o de estas reliquias llegan a acosar al cuerpo del propio sujeto, ya sea en un modo menor (sensación de peso sobre los hombros), ya sea induciendo un estado hipocondríaco: convencimiento «de que algo malo me pasa», de estar enfermo.

En sus formas más severas, la depresión toma la forma de lo que la psiquiatría denomina «melancolía»; los pacientes inmersos en esta situación psíquica sufren con

violencia, aplastados por un dolor moral permanente, se sienten inferiores, reducidos a la nada, sin ningún valor, indignos; están habitados por la vergüenza —y este sentimiento de falta de dignidad es típico del sufrimiento narcisista del sujeto deprimido—, no piensan más que en desaparecer y pueden llegar a intentar suicidarse. Cuando la melancolía vira al estado maníaco, el afecto de restricción del Yo se da la vuelta para convertirse en exaltación desbordante y la sensación de inferioridad se troca en estado de superioridad absoluta. En este momento, la representación del objeto ante la cual el sujeto se mortificaba, se prosternaba como ante una potencia tutelar ante su ideal, es asimilada por el Yo, repatriando hacia esta la carga libidinal que le había estado dedicada. «Siempre se genera un sentimiento de triunfo cuando algo en el Yo coincide con el ideal del Yo»⁴⁹, dice Freud hablando de la manía: en el caso del maníaco, el Yo y el ideal del Yo han confluído, se observa un retorno de la exaltación muy pronunciada.

1.4. *La vergüenza*

El estado de desorganización producido por una mella en el narcisismo produce afectos diferentes, según su intensidad y según la manera en que el sujeto la combata. Un ejemplo que suelen dar los psicoanalistas es el de la vergüenza de Ajax en la obra de teatro de Sófocles, una vergüenza que le lleva al suicidio. Ajax muestra un orgullo soberbio que hace de él un ejemplo canónico de la personalidad narcisista. Mientras que su padre le aconseja que intente vencer con la ayuda de los dioses siempre, Ajax le hace saber que incluso un hombre sin valor puede vencer con la ayuda de los dioses, pero que él, Ajax, tiene la intención de ganar los laureles de la gloria prescindiendo de ellos. Es rival de Ulises para poseer las armas de Aquiles, pero estas no le son concedidas, algo que se toma como un insulto, del que decide vengarse sangrientamente matando a los griegos que le han infligido este desaire y castigando a muerte a Ulises con latigazos. Pero la diosa Atenea le castiga por la vanidad, por la *hibris*⁵⁰ que le ha hecho rechazar su ayuda, haciendo que pierda la razón. En vez del glorioso combate vengador que había proyectado, extermina el ganado de los griegos y sufre el tormento de la vergüenza cuando recupera el juicio y sale de su locura. Lamenta a gritos su infortunio ante la ridícula masacre de animales y se suicida tirándose sobre una espada, que no es más que un cuchillo secundario, ya que ni siquiera es la de Aquiles. El narcisismo no quiere medias tintas ni premios de consolación: el triunfo o la muerte...

Y al revés, la culpabilidad es más fácilmente relativa, moderada, es una parte del psiquismo que encaja los reproches de otra, el conflicto se desarrolla entre las instancias, entre el Yo y el Superyó. En la vergüenza, el elemento que descalifica al sujeto es vivido como exterior al psiquismo, fácilmente identificado con la mirada de los demás. La culpabilidad es íntima, la vergüenza es pública y debe de ser lavada⁵¹ públicamente.

1.5. *La rabia narcisista*

La rabia narcisista es el contrapunto o pareja agresiva de la vergüenza, que pretende

restablecer en su integridad la omnipotencia mellada. La rabia de Ajax es el prototipo de este fenómeno: si hubiera tenido éxito en su proyecto de venganza, hubiera experimentado una sensación de exaltación magnífica.

La angustia o miedo a la castración corresponde a una amenaza, la herida narcisista es vivida como si la castración se hubiera llevado a cabo. El capitán Achab, en *Moby Dick*, persigue implacablemente a la ballena blanca que le despojó de su pierna, una parte de sí mismo. Hay humillaciones, pérdidas, rechazos por parte de personas muy significativas que son vividos como amputaciones de una parte de uno mismo; lo que te han quitado era necesario para que tú estuvieras completo; lo que te ha infligido esta pérdida debe de ser castigado sin piedad, reducido a cenizas.

La rabia narcisista tiene en su base una idea de venganza, sed de venganza desencadenada por un daño realmente infligido o simplemente por una mella en el narcisismo: sentirse despreciado, ridiculizado, sufrir una afrenta pública; toda situación, si es vivida de esta manera, puede desencadenar un furor vengativo.

Episodios de rabia narcisista pueden aparecer en diferentes circunstancias psicológicas, pero no surgen *ex nihilo*. Aparecen necesariamente sobre un fondo de sufrimiento narcisista, por ejemplo, en el caso de un hombre a quien le cueste tener confianza en sí mismo, pese a su indudable competencia profesional, que se deprime con facilidad, a quien le cuesta pensar que le vayan a escuchar si toma la palabra en público y que, por esta razón, limita sus relaciones sociales, soportando mal la mirada de los demás, que siempre supone crítica o despreciativa. Cuando un sujeto de este tipo se siente ninguneado o reñido por una esposa o una compañera que cuenta mucho para él —haya o no haya habido en verdad desprecio—, puede entrar en un estado de rabia o furia muy penoso durante el cual puede perder el control de sí mismo, romperlo todo en casa y, a veces, maltratar físicamente a su compañera. Se justificará, acusando a su amiga de ser la causa de sus ataques de ira, y describirá detalladamente los incidentes donde el comportamiento despreciativo de su mujer habría sido manifiesto, negándose a admitir que es de su susceptibilidad de lo que se trata y que su reacción es de todos modos desproporcionada para lo que él ha considerado como un incidente. Si percibe que es de su vulnerabilidad de lo que se trata, experimenta una herida narcisista más al constatar que es incapaz de controlarse. Entonces siente vergüenza, y con dolor... Sin embargo, en la mayoría de los casos, la rabia narcisista no desemboca en un paso a la acción, en un comportamiento activo, sino que se limita a expresiones caracteriales, «montar escenas», caras largas, invectivas injustas, despreciativas, acerbos o violentas e insultantes. Kohut incluso ha descrito una forma permanente de este estado, la rabia narcisista crónica, que se expresa con una actitud constantemente agresiva, reivindicativa, acosadora, despreciativa contra todo y contra todos, que no se rinde, especie de guerrilla permanente, preventiva contra toda posibilidad de herida.

La percepción de esta vulnerabilidad y de los estados de rabia incontrolables y penosos a los que conduce puede llevar al sujeto a maniobras que tengan por objeto protegerse de ellos: conductas que evitan relacionarse, uso de tóxicos como el alcohol. Ciertas adicciones se ven así determinadas por una rabia narcisista potencial de la que el sujeto quiere protegerse.

1.6. La indignación

El sentimiento de indignación, a nivel personal, surge ante la impresión de haber sido traicionado, por la sensación de que la propia dignidad, que es como decir el propio narcisismo, ha sido atacada. «¡Hacerme eso, a mí!» es el grito de indignación personal. Es la forma civilizada de la rabia narcisista, a menos que definamos la rabia narcisista como el grado máximo de indignación. Todo lo que se siente o vive como ataque personal puede despertar indignación, los argumentos *ad personam* en una conversación, la mala fe de un argumento, o el hecho de ser desenmascarado: «El mentiroso a quien se le arranca la máscara experimenta la misma indignación que si le desfiguraran»⁵². Pero este ataque a nuestra dignidad puede ser indirecto, ligado al mundo social. Así, según Stendhal: «La indignación es el disgusto que nos causa la idea del éxito del que juzgamos indigno de ello»⁵³. De una manera menos egotista, se puede sentir uno herido en su dignidad debido a un ataque contra un grupo social al que pertenecemos, o contra ideales en los cuales creemos.

2. Los puntos focales del narcisismo

Se han descrito numerosos aspectos del narcisismo, por ejemplo: el narcisismo femenino, el narcisismo moral, el narcisismo corporal, el narcisismo intelectual, pero también el narcisismo anal... De la multiplicidad de estas «formas» solo se puede concluir que todo elemento de la vida de un sujeto puede convertirse en un punto de focalización para su narcisismo y, eventualmente, cobrar una dimensión patológica debido a su excesividad.

Todo puede ser motivo de orgullo: orgullo por la profesión que se tiene, por el arte de uno, por la belleza de la esposa, por la colección de arte que se posee, por el coche grande o pequeño que se conduce, por los éxitos en el deporte, el bridge o los videojuegos, por los hijos —«Mis pequeños son hermosos, bien hechos, [...] Los reconocerá por esta marca...»⁵⁴.

Querido síntoma. Es importante recalcar hasta qué punto todo elemento que desempeñe un papel clave en la cohesión narcisista del individuo implicará a este en él, hará que el individuo se «invierta» en él y con gran fuerza. Sin embargo, la mayoría de los síntomas, por muy molestos que sean, rasgos de carácter, perversiones, creencias desempeñan un papel de cerrojo en relación con un colapso narcisista posible. Así, el narcisismo puede apoyarse sobre fallos o fracasos, o sobre el rechazo de toda actividad realista. El personaje de Oblomov, en la novela de Goncharov, se instala en una forma de vida de aspecto infantil, no hace nada en todo el día, rechaza el amor de una chica enamorada, no abandona su lecho y se hace mimar por una mujer que le cocina con esmero: su narcisismo se apoya sobre un anti-ideal. Elecciones o particularidades personales que no se consideran envidiables pueden constituir el corazón mismo del narcisismo: «Me gusta el horror de ser virgen...», afirma la Hérodiade de Mallarmé. Se puede estar orgulloso de la propia delincuencia: el sujeto no dice «soy un acosador sexual», sino «soy un libertino». Otro, también con orgullo, dirá: «Aguanto bien el alcohol». Se trata de la capacidad

de soportar de manera masoquista situaciones insoportables, como pesar ciento veinte kilos, porque son otros objetos de orgullo posibles. A menudo, resulta difícil hacer adelgazar a un niño con sobrepeso, sus amiguitos le apodan «la gorda», utiliza su peso en las peleas, está gordo y orgulloso de estarlo.

Como siempre, entre lo normal y lo patológico, o mejor dicho, entre lo feliz y lo desgraciado, entre lo dinámico y lo estático, todo es cuestión de graduación. Resulta imposible detallar todos los registros en los que el narcisismo puede manifestarse, hablaremos únicamente de los elementos que se manifiestan en el ámbito social y en el registro corporal.

La honra. El orgullo de sí puede cobrar una dimensión moral, la de la honra o el honor. El honor, «bien moral del que disfruta una persona cuya conducta (conforme a unas normas valorizadas socialmente) le atrae la estima de los demás y le permite conservar el sentimiento de su dignidad moral»⁵⁵, es un valor narcisista por excelencia. Como la dignidad, el honor es un bien precioso; la noción implica un acuerdo entre sí mismo y el grupo social al que se pertenece, es una noción que articula el narcisismo con la necesidad de que le sean reconocidos a uno sus méritos. «En cuanto a mí, mis elegancias son morales...Yo no saldría con, por descuido/ Una afrenta que no esté muy bien lavada... Un honor manchado...», declara Cyrano. El honor tiene exigencias considerables, si nos atenemos a los duelos de antaño, los «crímenes de honor» de hoy en día y el riesgo de suicidio en las personas que se sienten deshonradas.

El cuerpo y el narcisismo. La implicación o inversión narcisista en la apariencia corporal, por ejemplo, cubre un campo que se extiende desde la preocupación común por conservar un estado de salud correcto, de la preocupación por «la línea» y por estar correctamente vestido, al *body-building*, a la sobreimplicación o sobreinversión en el éxito en los deportes y, en un registro más particular, a todas las formas de dismorfofobias que incumben a la nariz, los labios, las nalgas, los pechos, que pueden llevar a intervenciones de cirugía estética iterativas, hasta el registro de la anorexia mental con su amenaza sobre la supervivencia física del individuo. La idea del exceso de peso se erige en máxima fundamental y se convierte en el núcleo o corazón del sistema psíquico que se propone apagar toda emoción y toda sexualidad. En esta forma de narcisismo extintivo el sujeto enfrenta al cuerpo contra la mente, invirtiendo por su cuenta y riesgo la fórmula de Tocqueville: «Es el alma la que enseña al cuerpo el arte de satisfacerse. No se puede descuidar a esta hasta cierto punto, sin disminuir los medios de satisfacer a este»⁵⁶.

El dandismo. La extrema coquetería en la vestimenta, la implicación o inversión desmesurada en la moda, en el parecer, puede llegar hasta el dandismo que intenta evitar todo riesgo afectivo, toda posibilidad de tempestad emocional interior creando un personaje artificial de cabo a rabo fundado en la apariencia. Se trata de apagar la vida psíquica. Para Brummel, ejemplo canónico del dandy:

Cotidianamente se vuelve a instanciar para él el proceso de cosificación de su personaje. [...] con frialdad se esfuerza por rigidificarse, almidonarse, petrificarse, desvitalizarse a sí mismo, cosificarse. [...] en el decorado muelle y encantador de su apartamento, el reflejo del espejo le devuelve la imagen satisfactoria del artefacto neutro que puede lanzar y presentar por el mundo [...] y que se dedica a privar de sentimientos, a vaciar de emociones⁵⁷.

Forma extraña de narcisismo puesto al servicio del propósito de extinción de todo mundo interno. ¿Podemos considerar las modas adolescentes excesivas, «góticas», los peinados extravagantes, la sobreabundancia de *piercings* o de tatuajes como formas actuales del dandismo?

El narcisismo social. Aunque formar parte de un grupo social donde se encuentre a gusto es en todo modo importantísimo para el narcisismo de todo individuo, ciertos sujetos no hallan su equilibrio narcisista más que perteneciendo a un grupo. La adhesión, que puede llegar hasta el abandono del ideal del Yo común de ese grupo, sustituye al Superyó individual, cuya presión disminuye. La cohesión del Yo se ve asegurada por la sumisión a las normas del grupo. En el campo social, aparece frecuentemente una forma particular de implicación narcisista, feliz o patética, que va más allá de lo que acabamos de describir: el valor del sujeto a sus propios ojos se halla fundamentalmente asegurado por sus relaciones sociales, con tal de que estas sean consideradas como valorizadoras, ya sea por su número, ya sea —sobre todo— por la notoriedad, o incluso por la fama de las personas con las que alterna. Algunas personas practican el *name dropping*, desgranando en la conversación los nombres de las personas importantes que conocen. Toda pérdida en la agenda de teléfonos y direcciones se vive mal, se percibe como una amputación. De este modo, formar parte de un grupo o subgrupo social puede tener un valor verdaderamente vital para la autoestima.

Para formar parte del «meollo», del «grupito», del «pequeño clan» de los Verdurin, una condición bastaba, pero era imprescindible: había que adherirse tácitamente a un credo, uno de cuyos artículos consistía en que el joven pianista, protegido por Madame Verdurin aquel año [...] dejaba a la altura del serrín a Planté y a Rubinstein a la vez [...]⁵⁸

Pertenecer a un cenáculo de este tipo puede constituir un sostén, un apoyo incomparable para el narcisismo de los fieles —esto es lo que ocurre en las sectas—, quedar excluido y perder su credo puede convertirse en una herida narcisista considerable. ¿Y qué decir de los grupos de adolescentes que comulgan en una fe de la misma naturaleza, ya sea rap, deportes o política? Quedar excluido de su pandilla de adolescentes debería de ser simplemente triste, pero a menudo resulta dramático, incluso trágico, dependiendo de la importancia del apoyo narcisista que el adolescente en cuestión hallara en esta.

Comprometerse en actividades humanitarias o políticas, en ideologías diversas puede hacerse tan necesario para el equilibrio del individuo que este llega a perder todo interés por otros temas, llega a encerrarse en esta implicación y a dejar de lado las relaciones afectivas personales: «El peligro con los defensores de causas eternas es que no ven otras»⁵⁹. La nosografía psiquiátrica antigua los denominaba «idealistas apasionados».

La afirmación de invulnerabilidad. Existe una forma de afirmación narcisista de la invulnerabilidad que vemos en acción dentro del registro fóbico. El miedo desencadenado por ciertas situaciones, en ciertos casos potencialmente peligrosas —la conducción de automóviles, por ejemplo—, es negado y se invierte, se da la vuelta convirtiéndose en una sensación de poderío absoluto que conduce a correr riesgos a veces muy considerables. Este trastoque es la armazón de lo que se ha acordado denominar las conductas contrafóbicas. La sensación de exaltación que acompaña a

esta afirmación de omnipotencia a menudo es sorprendente... Freud ilustra esta actitud con el *leitmotiv*: «No puede pasar nada...», característico de la «defensa narcisista» organizada contra la sensación de miedo y de impotencia de la fobia.

[42](#) B. Lewin utiliza el término inglés de *elation* que B. Grunberger ha retomado y francesizado tal cual. [N. de la T.: El término castellano más próximo es «estar ilusionado».]

[43](#) H. de Balzac, *El envés de la historia contemporánea*, 1848.

[44](#) 1862.

[45](#) H. Vermorel, M. Vermorel, Sigmund Freud y Romain Rolland, *Correspondencia 1923-1936*, París, PUF, 1993.

[46](#) *Ibíd.*

[47](#) *Ibíd.*

[48](#) S. Freud (1936), «Un desorden de memoria sobre la Acrópolis», *Resultados, ideas, problemas*, traducción al francés de J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1985.

[49](#) S. Freud (1921), *Psicología de las masas y análisis del Yo*, traducción al francés de J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1991, pág. 70.

[50](#) Extrema desmesura y pretensión.

[51](#) Ver C. Janin, *La vergüenza, sus rostros, sus destinos*, París, PUF, «El hilo rojo», 2007.

[52](#) J. Rostand, *Sobre la vanidad*, Fasquelle, 1925.

[53](#) Stendhal, *Filosofía nova* (póstumo), El diván, 1931.

[54](#) J. de la Fontaine, «El águila y el mochuelo», *Fábulas*, t. V, 1668.

[55](#) Según la definición del «Tesoro de la lengua francesa».

[56](#) A. de Tocqueville, *Obras*, t. II, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1991, pág. 885.

[57](#) F. Coblenze, *El dandismo, obligación de incertidumbre*, París, PUF, 1988.

[58](#) M. Proust, «Un amor de Swann», en *En busca del tiempo perdido*, t. I, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1987.

[59](#) J. Benda, *Ejercicio de un enterrado vivo*, París, Gallimard, 1946.

LA SEXUALIDAD NARCISISTA, AMOR Y NARCISISMO

El narcisismo, enfocado como etapa dentro de la evolución de la libido, implica un ejercicio narcisista de la sexualidad, primero consigo mismo, y esto abre todo un registro: el registro masturbatorio y de los placeres autoprovocados; sin embargo, también puede darse este ejercicio dentro de las relaciones con otra persona, si el placer no se busca en una relación donde la otra persona sea considerada como un objeto de amor.

La masturbación tiene un puesto importante en la vida sexual, no solo en la adolescencia o en las situaciones de aislamiento, sino también a lo largo de una vida corriente. Muchos adultos la utilizan para regular su nivel de excitación. Su carácter narcisista es a veces explícito, en el caso de los adolescentes que se masturban ante un espejo, por ejemplo, o cultivando delirios de grandeza, o bien, en el caso de ciertas jovencitas o mujeres, evocando la idea de que poseen un pene. No obstante, la masturbación a veces está relacionada con una implicación o «inversión» objetual, con una pareja amada cuya presencia es evocada para que el placer pueda aparecer. La dimensión narcisista psíquica aquí es menor y se puede decir que el autoerotismo está, en este caso, «objetualizado».

Según Freud, «el narcisismo del Yo es, pues, un narcisismo secundario, sustraído a los objetos». Hay que tener bien presente que el Yo y el narcisismo que lo mantiene se construyen dentro de las relaciones con objetos, pero que «el hombre, en cierta medida, sigue siendo narcisista, incluso después de haber encontrado a objetos externos para su libido». De esto se deduce que su sexualidad implica —y cuanto más «objetual», más— su narcisismo de dos maneras al menos: por un lado, toda nueva relación amorosa construye nuevos elementos en el Yo y alimenta el narcisismo secundario; por otro lado, el ejercicio de la sexualidad consolida la confianza del sujeto en sus propias capacidades corporales y su propia autoestima.

No se puede dudar, pues, que una relación sexual feliz sea «narcisista», pero la búsqueda de esta satisfacción narcisista puede convertirse en preponderante en la relación con la pareja, reduciéndola, en el mejor de los casos, al papel de socio o socia, sin darle la categoría de un objeto de amor. El individuo se ama a sí mismo en la práctica de la sexualidad, implicándose consigo mismo en esta experiencia más de lo que se implica con la persona con la cual la vive.

Esta expresión «pareja sexual», que con tanta facilidad ha penetrado en el lenguaje diario, ¿no es acaso un indicio de que esta dimensión narcisista de la sexualidad tiende hoy en día a ser preponderante?

Sin embargo, nada es completamente moderno, solo de hoy en día. De ayer es —de hace casi un siglo— esta nota de Paul Valéry que parece indicar que el ejercicio de la sexualidad es lo más frecuentemente y ante todo narcisista, hecho para restablecer una tranquilidad alterada por el aguijón de la carne:

Unos buscan a las mujeres para gozar de ellas y después pensar libremente en otra cosa. Esto les lleva a desear el cambio de mujeres. Otros tienen una mujer como se tienen zapatillas, confortablemente las mismas. Pero pocos, infinitamente pocos, desean en la mujer a un ser vivo, siempre llena de descubrimientos y de atractivos, un pequeño mundo, que poseído desde tan cerca como sea posible, guarde aún una infinitud de obscuridades y de intimidades. Estos son los que verdaderamente sirven para amantes. Pero escasísimos, y aquellos que podrían serlo se topan con mujeres que son precisamente de la misma naturaleza que los hombres de los que hablaba antes⁶⁰.

Después de que la sexualidad infantil haya construido el psiquismo, en una época supuestamente bendita, el período de latencia, se instaura una forma de equilibrio narcisista. Este vuela en pedazos ante el empuje de la pubertad y con los cambios que esta induce en las relaciones con los personajes familiares. La aparición de las capacidades de la vida sexual adulta es un traumatismo que desorganiza el narcisismo previo. Ciertamente es que implicarse o «invertirse» en estas capacidades, el hecho de sentir cómo uno se convierte en adulto, de prever a corto o medio plazo una vida sexual en pleno ejercicio contribuye a la reconstitución de este narcisismo trastocado, pero la exigencia cotidiana de las necesidades sexuales la pone en tela de juicio todos los días, y la perspectiva de tener que depender de los demás para satisfacerla es una herida narcisista más.

El rechazo de esta dependencia, de admitir la relación con otra persona como necesaria aparece a menudo durante las primeras relaciones sexuales. Escuchemos de nuevo a Valéry, es joven, tiene veintitrés años y escribe en sus cuadernos: «Todos los horrores de la inconsciencia. La voluptuosidad. No he perdido la cabeza. En los instantes más ardientes, he pensado en otra cosa; en este cuaderno (en el cálculo de las variaciones de la vigilia)»⁶¹. Es decir, que logró no pensar en la joven que tenía en sus brazos. Y un poco más adelante dice: «La mujer sirve para prescindir de la mujer»⁶². Se trata claramente de evitar la implicación «objetual» para mantener una implicación narcisista hasta en la relación sexual, una implicación o inversión narcisista percibida como indispensable para la cohesión del Yo, cuya desorganización conllevaría una sensación de despersonalización: «No he perdido la cabeza». Valéry evoca, en otro texto, una forma de ebriedad narcisista al estar en contacto con la mujer conquistada; con veintiséis o veintisiete años escribe: «No dormía solo. Y cuando ella estaba adormecida, la apretaba en brazos fresca como una planta y pensaba desaforadamente en Mí»⁶³.

En Paul Valéry, la lucha por mantener el funcionamiento sin turbulencias de su pensamiento le hará evitar durante mucho tiempo el lugar de lo que llamará «el ser único». Pero por muy narcisista que resulte el placer sexual, las condiciones para obtenerlo pueden herir al ideal narcisista. «El amor [físico] desorganiza, desmonta al ser ordinario para construir otra cosa momentánea, una máquina con fines preestablecidos [...]. En el momento del amor todos se parecen...»⁶⁴. No se podría describir mejor el miedo a la despersonalización, a una pérdida de identidad ligada al hecho de abandonarse al placer. En este miedo, la idea de una identificación con el otro sexo. Para un hombre, el miedo y el rechazo a identificarse con la pareja femenina desempeña un claro papel (pero el mismo movimiento puede existir en el caso de la mujer). La sexualidad narcisista «ordinaria» estaría a menudo en y gran medida relacionada con el evitar dicha identificación con el otro sexo, con la angustia

o temor de que se revele en la relación sexual. Llevada al extremo, la sexualidad narcisista no es más que una «autosexualidad».

Para Valéry, la relación sexual, pese a la amenaza de la pérdida de identidad, aporta, no obstante, una ganancia de orden narcisista: «El valor verdadero (es decir, utilizable) del amor está en el aumento de la vitalidad general que puede aportar a alguien»⁶⁵. Pero para obtenerla hay que superar la herida de la dimensión animal de la sexualidad, que se ejerce *inter urinas et feces* —es lo que se ve, llevado al extremo, en los cuadros de anorexia mental—, dimensión animal dificultosamente combinada con el registro de los sentimientos: «El amor no es acaso repugnante con todos sus jugos, sus sudores, sus babas y sus calores; su marcha a tientas, sus vergüenzas [...] Pero el “sentimiento” es lo más asqueroso de todo. La parte verdaderamente vergonzosa, ya que el resto, sin este, sería necesidad ingenua, sin historias»⁶⁶. El sentimiento, he aquí al enemigo del ideal de una sexualidad narcisista que no sería más que «necesidad ingenua», como beber o comer. El mundo interior es lo que causa dificultades: «Hay que entrar en uno mismo armado hasta los dientes», decía el señor Teste. El sentimiento es la parte de transposición transferencial, el espectro de fantasías incestuosas. «El amor psicológico tiene la naturaleza de una pesadilla. Todas las tonterías y locuras que colorea en un hombre siguen las reglas desordenadas de los sueños»⁶⁷. ¿Las reglas desordenadas de los sueños? Más bien el fenómeno no domeñado de los sueños, que conduce al inconsciente y al complejo de Edipo... Valéry sigue anotando: «Amores, alegrías, angustias, todos los sentimientos me espeluznan o me aburren; y el espeluznamiento no es óbice para el aburrimiento». Y aún más: «El prójimo fue mi veneno. Su vigor me torturó, me disminuyó —su debilidad me torturó, me disminuyó»⁶⁸.

Para evitar este amor psicológico que conduce a las profundidades hay que considerar el amor desde el ángulo de la sexualidad, vista solamente como función corporal. Y Valéry pone de manifiesto lo relacionado que esto está con la cultura:

El amor, tal y como la especie humana lo ha «perfeccionado», es tan artificial como el pan, el vino, la cocina. Esto es en lo que se convierte una función retocada, remodelada por las circunstancias y el sistema nervioso. La turbación característica de los amores juveniles, la poesía que han producido no es en el fondo más que la ceguera que necesita una función que no se llevaría a cabo sin concentración, reducción del punto de vista, depresión de la conciencia al fin y a la postre. Es necesario que el conjunto del ser deje la vía libre y le permita su velocidad, fulgurante, cualesquiera que sean las circunstancias. Pero mientras que la ceguera original no permitía percibir más que el objeto puramente funcional necesario —es decir, un espécimen del otro sexo— (y esto se mantiene así para el hombre joven), la ceguera que viene más tarde es más restrictiva. No se percibe más que a tal individuo —más definido— más excitante. El número de la clave secreta es más complicado⁶⁹.

El autoanálisis de Valéry le hace diagnosticar aquí el carácter narcisista de la sexualidad juvenil, con la contingencia de la socia sexual: «un espécimen del otro sexo», pero constata —¿lamentándolo?— que las cosas son más difíciles para «la ceguera que viene más tarde» de su edad madura: el objeto ya no es una contingencia, sino «más definido». El amor lo complica todo, nos hace sensibles, dependientes:

Aunque yo no lo quiera, usted hace que mi corazón lata más fuerte. Basta con que usted se acerque para turbar mi reloj. Le da usted una extraña prisa a mi vida. Este movimiento acelerado ya no concuerda con él, que admitía en su momento la composición natural de mis pensamientos. Para

librarme de esas fuerzas extranjeras que hacen sufrir, cedo ante ellas por un momento, dejo que encuentren sus efectos, suspendo mi existencia permanente, la tomo a usted, la reduzco a usted, muero y vuelvo a encontrar mi vida ordinaria mediante usted misma, que es quien la había turbado⁷⁰.

La función de restablecimiento mediante la sexualidad del funcionamiento narcisista turbado por el acercamiento del objeto, y no solo por el deseo sexual, se ve aquí perfectamente descrita: «Yo vuelvo a encontrar mi vida ordinaria *mediante* usted misma, que es quien la había turbado». El prójimo es aquí un medio, un socio, pero también un objeto de amor, como demuestran las siguientes líneas: «Sé que la menor cosa, un nada, te hace volverte hacia mí; hay “nadas” allí alrededor tuyo y “nadas” aquí alrededor mío, cuya función humilde y milagrosa es de acercarme a Mí de Ti y acercarte a Ti de Mí. Si estos “nadas” no existieran estaríamos condenados a olvidarnos. He aquí una extraña verdad...»⁷¹. Extraña verdad también es el constatar que en el caso de una misma persona pueden sucederse momentos de sexualidad narcisista y de sexualidad vivida con un objeto de amor cuya significación para la mente va más lejos que la de simple «pareja sexual».

1. Sexualidad y posesión

Aun en el caso en que el significado de la persona con quien se comparta la experiencia sexual sea grande, el peso de la necesidad narcisista que la relación amorosa quiere colmar puede ser considerable y pesar sobre el objeto tanto como pesa sobre el sujeto mismo. Si creemos a Heinz Kohut, para ciertas personas el prójimo no es únicamente un objeto de deseo. Su narcisismo desgarrado —Kohut escribe: su «self» herido— siente la necesidad de verse restaurado: las *necesidades narcisistas* son lo primero. El sujeto espera de la otra persona que asuma una función reparadora de su integridad: que se convierta en una parte auxiliar de él mismo que lo proteja de la desintegración que le amenaza. En estas condiciones, el tipo de control que se trata de ejercer sobre la persona «con la que uno se ha implicado o “invertido” narcisísticamente y sobre su funcionamiento»⁷² se convierte en increíblemente estrecho, hasta el punto de que el objeto de tal «amor» narcisista puede sentirse oprimido y reducido a la esclavitud por las exigencias del sujeto⁷³. Se tratará, pues, de poseer el objeto, de detentar todo poder sobre él. La dimensión de la influencia sobre el objeto se hace preponderante, conllevando, al hacerle la competencia al mundo interior, una disminución de la implicación o inversión en dicho mundo interior, en el mundo de la fantasía y de las representaciones, y una sobreimplicación en lo actual, en el estado presente, en la sensación, en el poder.

Es este tipo de relación lo que aparece en el enfrentamiento entre un Narciso y otro, como la relación que une y opone a Aquiles y Pentesilea, reina de las Amazonas, en la obra de teatro de Kleist. La ley de las Amazonas prohíbe la elección amorosa, el hombre, la pareja sexual no puede ser más que un enemigo conquistado en el azar del combate. Esta ley prohíbe, de hecho, a la amazona relacionar el registro de su influencia, del poder, con el ámbito de los sentimientos y de las representaciones, ninguna satisfacción compartida puede ser admitida y, por lo tanto, ningún nuevo objeto interior puede ser construido. La sexualidad narcisista, en este

caso, está prescrita, en definitiva, por la ley. Desde el punto de vista psíquico, esta sobreimplicación en el funcionamiento con toma de poder desvía de la autopercepción del mundo interno y merma toda posibilidad de identificación con otra persona. Las amazonas así recusan la elección del amor por sí mismo para sustituirlo por la posesión únicamente. El amor recíproco entre Aquiles y Penteseilea va a fracasar, en la medida en que cada uno de los dos quiere asegurarse una influencia total sobre el otro, se niega a someterse en lo más mínimo y huye ante la satisfacción en el momento en que haya posibilidad de esta. Cuando, en el caso dos amantes, las exigencias narcisistas —la necesidad de restaurar el narcisismo de cada uno mediante la posesión incondicional del otro— son igual de importantes, la relación se establece dentro de una dinámica que conducirá a su propia destrucción. Podríamos aquí evocar a Ariana y Solal en *Bella del señor*, de Albert Cohen...

La necesidad de influir sobre el otro, de dominación total y asimétrica nos conduce a mencionar la cuestión de la relación entre sexualidad narcisista y perversión. En cierto modo, toda sexualidad «perversa» remite a un ejercicio narcisista de la sexualidad. La pareja de una relación sexual cuyo fin es esencialmente narcisista se ve en cierto modo fetichizado, «un espécimen» femenino, y nada más, un accesorio para las «goriladas» o las «simiedades» de las que habla Solal...

La implicación, la inversión en la toma de poder cuando se hace preponderante tiende a excluir a la sombra, a los semitonos, y excluye la dimensión de juego que implica que la toma de poder es limitada y recíproca; el juego, la ensoñación y el amor se despliegan cuando la cuestión de la toma de poder sobre el objeto ya no se plantea, cuando una presencia recíproca tranquila se ha instalado. La relación sexual se vive dentro de una toma de poder cruzada, consentida y limitada. Pero si la actividad sexual se convierte en una toma de poder exclusiva, aparece la dimensión perversa propiamente dicha. La toma de poder perversa abole las diferencias para sustituirlas por una diferencia de poder, reemplaza la experiencia de la relación por la experiencia de la fuerza. El objeto con el que uno se implica en el modo perverso no tiene derecho al juego ni a la mínima zona de opacidad, para este no se puede plantear una existencia separada: se constata una «denegación de la alteridad» que va a la par con la imposibilidad de implicarse en el mundo de los sentimientos y de los afectos.

2. La sexualidad narcisista y el grupo

Cuando se inicia el período de latencia, la inhibición de los comportamientos sexuales relacionados con los padres es el reflejo de la represión del proyecto edípico. Pero la sexualidad directa no cede, sin embargo: los objetos sexuales parentales son sustituidos por los contemporáneos del niño. Ensoñaciones y juegos amorosos se desarrollan entre niños, juegos sexuales se organizan lejos de la vista de los padres, mientras que actividades de grupo impregnadas de sexualidad (exhibiciones, peleas...) cobran una importancia notable. Aparece una sexualidad de grupo. La sexualidad, en la forma en que se la practica, resulta entonces ser «homogeneracional». Como hemos visto antes, durante el período de latencia, la diferencia entre generaciones constituye la diferencia sexual fundamental: los adultos que disponen de sexualidad en pleno ejercicio y los niños que carecen de ella. La

diferencia sexual entre niñas y niños solo tiene un valor de «pequeña diferencia». Se desarrolla un narcisismo fálico entre los dos sexos con el fin de «vendar» la herida infligida por la inmadurez sexual. La niña que se convierte en «chicazo» se organiza en este registro fálico narcisista que proclama la indiferencia de sexos. La sexualidad homogeneracional entre los niños de esta edad se establece sobre esta base de indiferencia de sexos. Se la puede considerar como una forma de homosexualidad narcisista en la que se confunden los sexos.

Michel Fain y Denise Braunschweig introdujeron una oposición pertinente entre Eros y Anteros: en esta oposición, Eros subsume la sexualidad edípica «de pareja» en su conjunto, mientras que Anteros reúne bajo su bandera toda la sexualidad «de grupo» y las relaciones y juegos colectivos que de ella se derivan. «El verdadero antagonista de Eros no sería Tánatos, sino otra fuerza proveniente de un hecho cultural [...] la hemos denominado Anteros, según el nombre del hermano gemelo de Eros»⁷⁴. Eros no designa aquí las «pulsiones de vida» de la segunda teoría de las pulsiones de Freud, sino el amor y el deseo que embargan a los enamorados. Anteros, por su parte, corresponde a esa parte de la sexualidad consagrada al grupo, preside una «sexualidad de grupo», la de los hermanos de «la horda primitiva», a condición de que se le añadan las hermanas que también están excluidas de la sexualidad de pareja debido a su inmadurez sexual y a la prohibición paterna. «Homogeneracional», vivida entre iguales, es narcisista, psíquicamente homosexual, aunque sus protagonistas sean mitad niñas y mitad niños. La sexualidad se vuelve aquí «homo» sexual debido a la homología del compartir la inmadurez física. En su aspecto «inhibido en cuanto a las metas forma parte de los lazos sociales; pero esta forma de sexualidad escapa en gran parte a la prohibición edípica y no tiene más reglas que las apetencias de cada uno y se expresa en juegos sexuales a veces muy crudos»⁷⁵.

La adolescencia, en una primera etapa, hereda este sistema. Las pandillas de adolescentes evolucionan fundamentalmente bajo el signo de Anteros. Los adolescentes no se implican con los compañeros de flirteo o de relaciones sexuales completas de manera estable ni privada. Sus reuniones son ocasión de intercambios sexuales que se celebran a los ojos de todos que todo lo saben. Aunque no se trate de intercambio de parejas propiamente dicho, la sucesión de parejas, de una reunión a otra, o incluso dentro de una misma reunión, no solo está admitida sino ideológicamente fomentada: «es lo que se hace». Se trata de una colaboración sexual y de una sexualidad cuyo fin es fundamentalmente una valoración narcisista que, no obstante, persigue esa otra meta narcisista más esencial: domar al animal sexual que se ha revelado dentro de cada uno.

Una misma forma de afirmación de la libertad sexual, para los dos sexos, acompaña al carácter narcisista de esta sexualidad. La sexualidad narcisista de «los amores juveniles» se fundamenta sobre el evitar la sexualidad de pareja, es decir, sobre el temor de poder dar vida de nuevo a las fantasías edípicas. A menudo, no existe elección propiamente dicha y el primer «especimen del otro sexo» que venga se convertirá en pareja para la reunión o la semana, será intercambiable, todo riesgo de encariñamiento y de dependencia se verá eliminado y, por consiguiente, toda amenaza de pérdida exorcizada. En este caso, la sexualidad sirve para protegerse del amor.

Antes de que Eros gane la partida, Anteros se manifiesta por las limitaciones impuestas por el grupo a la sexualidad de pareja: para verse a solas y escapar a la ley férrea que impone el «uno para todos y todos para uno», los enamorados han de extraerse de la pandilla y guardar en secreto su relación privilegiada. La constitución de parejas diferenciadas amenaza, en efecto, al grupo y al cemento que lo arma, es decir, el erotismo colectivo y el apoyo recíproco de la lucha contra la dependencia afectiva de un ser amado. Freud evocaba las relaciones de la pareja y del grupo de la siguiente manera:

Dos personas reunidas solas en busca de una satisfacción sexual, por el mero hecho de que buscan la soledad, están insurreccionándose contra el instinto gregario, contra el espíritu de grupo. Cuanto más enamoradas estén, más se bastan a sí mismas. Su rechazo de la influencia del grupo se expresa bajo la forma del pudor. Movimientos extremadamente violentos de celos se concitan para proteger a la elección del objeto sexual de ser alterada por la relación con el grupo. Únicamente cuando el afecto, es decir, el factor personal de una relación amorosa, se borra completamente ante el factor sensual es cuando se hace posible, para dos personas, tener una relación sexual ante los demás o que se hagan posibles los actos sexuales simultáneos en grupo, como ocurre en las orgías. Pero entonces nos encontramos con un estado anterior de las relaciones entre los sexos, en el cual el hecho de estar enamorado no desempeñaba ningún papel y donde los objetos sexuales eran considerados como equivalentes...⁷⁶

La pareja amorosa, para todos los que se sienten excluidos de ella, posee un valor amenazador, incluso persecutorio, relacionado con el hecho de que activa las fantasías de escenas primitivas, los recuerdos de los padres reunidos por la noche para su placer a dos, con el cortejo de sentimientos de abandono, desamparo e inferioridad que los escoltan. La defensa común contra tales afecciones es uno de los factores que posibilita la unidad del grupo en su hostilidad a lo que se le escapa. El grupo intenta abolir implicaciones e «inversiones», y negar diferencias para identificar a sus miembros los unos con los otros. Se trata de una lucha violenta; en efecto, la aparición de la madurez sexual y la vuelta a experimentar el complejo de Edipo restablecen con vigor la diferencia de los sexos en todas sus implicaciones y miras eróticas. La falta de diferenciación se matiza: la diferencia anatómica entre los sexos queda admitida, pero no la diferenciación de una pareja, no hay distinción mediante la elección amorosa, se mantiene una sexualidad narcisista —no se dejan, se alejan el uno del otro—; «ex» quiere decir que se ha cesado de acostarse juntos habitualmente, pero los «ex» constituyen unas relaciones siempre dispuestas a volverse a actualizar en un intercambio sexual. La constitución progresiva de una sexualidad de pareja puede, no obstante, tener lugar mientras que, paralelamente, la implicación, la inversión libidinal dedicada al grupo disminuye poco a poco. La sexualidad adulta podrá asociar así, *in fine*, los dos registros, el del amor, de pareja y el de la sexualidad de grupo, esta última no expresándose ya más que, generalmente, mediante gestos amistosos y relaciones sociales. Sin embargo, muy a menudo permanecen retornos a una sexualidad de grupo bajo la forma de aventuras diversas, con «ex» precisamente, o bajo la forma de «intercambismo» más o menos organizado; en cuanto al ejercicio narcisista de la sexualidad, este retorna fácilmente dentro de las parejas, de un modo u otro.

En el caso de las personas que han evolucionado hacia una homosexualidad activa o «actuada», las relaciones se limitan habitualmente a una sexualidad narcisista en la cual el objeto seguirá siendo, sin ningún problema, contingente, pues el evitar

comprometerse dentro de una relación afectiva duradera resulta frecuente, aunque las relaciones de apego recíprocas intensas y perennes sean igualmente posibles. La homosexualidad activa se sitúa muy a gusto bajo el signo de Anteros. Freud decía ya: «Parece seguro que el amor homosexual lleva mucho mejor la relación con la multitud...»⁷⁷. Pero parejas macroscópicamente heterosexuales pueden constituirse sobre esta base narcisista y corresponder a una homosexualidad fantasiosa inconsciente.

3. La relación de amor y el narcisismo

Lo esencial es lo que se construye desde el punto de vista psíquico en la relación amorosa cuando esta va más allá de la sola satisfacción de las exigencias sexuales corporales.

El estado de enamoramiento mismo es un revelador de lo que ocurre dentro de nosotros mismos, de lo que somos. Puede incluso existir un culto narcisista del estado de enamoramiento por sí mismo, casi tan independiente de la persona de la pareja como las formas de sexualidad narcisista que acabamos de ver. Proust ilustra perfectamente esta eventualidad:

[...] al estar enamorados de una mujer proyectamos simplemente en ella un estado de nuestra alma; por lo tanto, lo importante no es el valor de la mujer, sino la profundidad de este estado; y que las emociones que una jovencita mediocre nos hace sentir pueden permitirnos hacer aflorar en nuestra conciencia partes más íntimas de nosotros mismos, más personales, más lejanas, más esenciales de lo que lo haría el placer de conversar con un hombre superior o incluso la contemplación admirativa de sus obras⁷⁸.

Pero la relación amorosa puede ser vivida como un auténtico peligro, es por esto que el Narciso busca más la admiración que el amor. El personaje central de una novela de Julien Benda⁷⁹ constata este riesgo, que expresa en términos de claustrofobia: «De pronto la idea de su unión le asfixió con una verdadera angustia, como la idea de un encerramiento total y eterno». Huirá, pero después será alcanzado, en cierto modo, por el amor. Posteriormente, en efecto, este hombre que ambiciona crear una obra filosófica organiza un sistema relacional confortable y distante con la esposa y la hijita, situación que le permite escribir: «Abrazaba la idea de esta obra que estaba haciendo, y que diría a la humanidad hasta qué furioso deseo de subir desde su ser a la idea de su ser, hasta qué sed de conciencia, qué moralidad un hombre se había elevado.» Para llevar a cabo este grandioso programa, tan narcisista, no se interesa más que superficialmente por su hija y su mujer —tiene una mujer «como se tienen zapatillas»— y se encierra en la alta torre de su despacho. Y de repente, porque se da cuenta de que está enferma, se ve poseído por un amor exacerbado hacia su hija: «Entonces en un relámpago vio el hundimiento de su vida, su ser completo confiscado por el amor, la imposibilidad de toda acción de su pensamiento, todas esas ideas que palpitaban dentro de él abandonadas ahí, para siempre, su querida obra aplastada *ab ovo*...». Y se pregunta con angustia sobre su narcisismo trastornado: jamás volvería a encontrar la independencia de la conciencia, esa pureza del corazón necesaria para la mente...

Sin embargo, constata que es víctima de lo mejor que tiene dentro de sí: «Era lo

más profundo en él, lo que era más propiamente él mismo, lo que ahora se lanzaba fuera de él, le ataba a otra persona, y con qué perfección de encaje, qué potencia de adhesión, qué plenitud de alienación. [...] Y detestaba su amor.» «El amor para él que todo el mundo sirve», dice. Su narcisismo se ve alienado en su hijita enferma: «Pero le bastaba una mirada sobre su hija para ver en su corazón que él era ella y él... Contemplaba largamente este estado de su corazón: ser uno mismo y no-uno-mismo!». Y esto lo vive como una «horrenda contradicción —la peor enemiga de la idea», la peor enemiga del narcisismo, diríamos nosotros, especialmente cuando, en la brecha abierta por la enfermedad de su hija, se abisma un amor profundo hacia su mujer, y que este amor le liquida: «[...] y mediante el abrazo que recibía de ella, todo lo que en él quedaba de claro y distinto se hundía en él, su última libertad, su último intelecto». Elocuente ilustración de la lucha contra la invasión llevada a cabo por el objeto y del conflicto entre la implicación o inversión narcisista y la implicación o inversión objetual.

La relación amorosa, dentro de su infinita complejidad, está hecha del tejido de las inversiones que haga uno de sí mismo y de las inversiones que los demás hagan de sí, y de lo que se crea y descubre en las relaciones con la otra persona que implican una especie de dádiva. Valéry trata este punto:

Una inmensa parte de la desgracia de los humanos proviene de esto: hay contradicciones secretas en el deseo. Por ejemplo, se desea darse y también guardarse, quedarse para sí. Se sabe que lo extremo de vivir requiere esta especie de dádiva y que no lo conseguiremos más que a ese precio —e incluso se puede sentir esta verdad—, y es que no se poseerá uno a sí mismo más que dándose, o mejor dicho, no se será más que dándose, ya que no se era/no se existía completamente hasta entonces [...] la dádiva de esta clase exige primero que se cree instantáneamente la «materia» de lo que se va a dar y el valor. Y esta «creación», emisión o acuñación —que es beneficio para quien la produce— es no solo el beneficio, sino el capital mismo. Puesto que estamos completamente hechos de lo que hemos dado⁸⁰.

¿Acaso puede encontrarse mejor ilustración de lo que aporta al narcisismo lo que Freud denominaba «el amor pleno hacia el objeto»?

⁶⁰ P. Valéry, *Cuadernos*, t. 2, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1973, pág. 412.

⁶¹ *Ibid.*, 1894, pág. 393.

⁶² *Ibid.*, 1897-1899, pág. 394.

⁶³ *Ibid.*, 1897-1899, pág. 395.

⁶⁴ *Ibid.*, 1013, pág. 400.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 404.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 403.

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 402.

⁶⁸ *Ibid.*, 1909-1910.

⁶⁹ *Ibid.*, 1916-1917, pág. 402.

⁷⁰ *Ibid.*, 1917-1919, pág. 403.

⁷¹ *Ibid.*, 1917-1919, pág. 407.

⁷² H. Kohut, *El sí mismo*, PUF, «El hilo rojo», 2004.

⁷³ *Ibid.*, pág. 40.

⁷⁴ D. Braunschweig y M. Fain, *Eros y Anteros*, París, Payot, 1971, pág. 11.

⁷⁵ P. Denis, «Paternidad inquieta», *Revue française de psychanalyse*, LXVI, 1, 2002, págs. 119-128.

⁷⁶ S. Freud (1921), *Psicología de las masas y análisis del Yo*, traducción al francés de J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1991.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ M. Proust, «A la sombra de las jovencitas en flor», en *En busca del tiempo perdido*, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», t. I, 1987, pág. 833.

⁷⁹ J. Benda, *La ordenación*, Cahiers de la Quinzaine, 191.

⁸⁰ P. Valéry, *Cuadernos*, t. 2, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1973, pág. 463.

NARCISISMO Y PERVERSIÓN, PERVERSIÓN NARCISISTA

1. La cuestión de la perversión

Una especie de revolución tranquila se ha ido produciendo poco a poco en el psicoanálisis durante las últimas décadas. Durante largo tiempo anclado en las referencias dadas por la nosografía psiquiátrica, fundada sobre los síntomas manifiestos, el psicoanálisis de hoy se aleja de ellas para tomar en consideración los movimientos funcionales del psiquismo y el significado inconsciente y económico de las conductas y los síntomas. La inflexibilidad inherente al diagnóstico psiquiátrico se ve claramente desmentida por el desarrollo de movimientos y cambios profundos que la cura psicoanalítica permite.

En estas condiciones, ¿qué queda de la noción de perversión y, en particular, de la noción de perversión sexual? Si se trata de la supervivencia en el estado adulto de rasgos heredados de la «perversión sexual poliforme» del niño, es demasiado poco para que se pueda aplicar el calificativo de «perverso». Las «perversiones sexuales», tal y como las describió Havelock Ellis, fueron cada una de ellas relacionadas por los psicoanalistas con las «pulsiones parciales» —llamadas «pregenitales»— de la sexualidad infantil: el placer de ver, de tocar, de hacer que jueguen consigo mismas las diferentes zonas erógenas... Es la fijación y la subordinación del placer sexual a alguna de estas pulsiones parciales lo que le da su carácter de desviación en relación con una situación evolucionada donde el conjunto de las pulsiones parciales aporta su cúmulo de placer sin dejar de estar sometido a la «primacía de la genitalidad». Pero es muy difícil definir la normalidad en general, y más aún en materia de sexualidad. Más que de perversiones, Joyce McDougall prefería hablar de «neosexualidades» o de sexualidad sintomática⁸¹.

El hecho de privilegiar, en las relaciones sexuales, tal o cual «pulsión parcial» no constituye un fenómeno perverso cuando ocurre dentro de una relación amorosa, en el sentido pleno del término. Las particularidades de las conductas sexuales, si a los dos miembros de la pareja les gustan, pueden ser consideradas eventualmente como «sintomáticas», pero ¿por qué perversas en el sentido peyorativo de la palabra? Si hemos de conservar la noción de perversión, hoy en día podríamos distinguir dos registros: uno, que sería de orden neurótico, en el que el sujeto mismo experimenta vergüenza, limitación y sufrimiento, y otro en el cual las conductas impuestas a otra persona producen en esta vergüenza o prejuicios, pero no molestan por ello al sujeto. Así distinguiríamos entonces un registro «perverso neurótico» y un registro «perverso relacional», homólogo de la neurosis de carácter llamada «aloplástica» ya que intenta modificar a la otra persona. La perversión neurótica se expresa, por ejemplo, en el sufrimiento que las particularidades de la sexualidad puedan infligir a un individuo: no poder tener relaciones sexuales más que con prostitutas, tener que sufrir una

flagelación o disfrazarse para obtener la excitación sexual, no poder acercarse a una mujer sin el socorro de un fetiche cuya presencia es necesaria y sin el cual ningún logro sexual sería posible. Estas prácticas no significan que el sujeto no tome en cuenta en absoluto a su pareja ni el placer de esta. La vergüenza es fundamentalmente personal: en el caso de conductas fetichistas, por ejemplo, el fetiche no constituye más que un accesorio de la mujer. Y al revés, cuando la mujer se convierte en un accesorio del fetiche deja de ser por sí misma, desaparece, es instrumentalizada y algo de la relación con ella se encuentra pervertido; la perversión relacional impone a la otra persona sus modalidades de placer sin tener en cuenta lo que a esta le haga falta. Es esta subordinación total a las necesidades del sujeto mismo lo que da a este tipo de conductas su carácter de perversidad narcisista.

2. Sadismo, masoquismo y narcisismo

El sadismo y el masoquismo ocupan un lugar importante dentro de las perversiones y dan mucho color a diferentes aspectos del narcisismo, y en particular al narcisismo perverso.

El sadismo, el pequeño sadismo sexual corriente, complemento del masoquismo, se propone facilitar la satisfacción sexual; a menudo no suele ser más que el complemento gestual de fantasías sádicas. Se trata de envilecer momentáneamente a la mujer o al hombre que hagan de pareja para suprimir alguna fantasía edípica acosadora, de cultivar la idea de que la otra persona está castrada y es inofensiva, y de obtener *in fine* la satisfacción y su producto derivado: la ganancia narcisista asociada a ello. Este tipo de conductas puede resultar compatible con el respeto del placer de la pareja.

Cuando va más allá de la expresión gestual de fantasías e inflige abusos reales, el sadismo es afirmación de poder, de omnipotencia sobre la otra persona, y se fundamenta sobre una toma de poder perversa, un ejercicio perverso de la propia influencia. Es la manera de experimentar un sentimiento de triunfo más que una satisfacción: sentirse más fuerte que la otra persona, infligirle las tropelías que se quiera, hacerle sentir sensaciones que no desea sentir, en vez de proporcionarle satisfacciones eróticas y de hacérselas compartir. Placer de humillar para crecerse, exorcizar la vergüenza de un sentimiento de inferioridad. La dimensión de revancha narcisista resulta aquí evidente.

La dimensión narcisista del masoquismo está menos clara. Las pequeñas prácticas masoquistas corrientes, hacerse azotar con la mano o con el látigo remiten a lo que Freud llamaba la coexcitación libidinal, manera de aumentar la excitación mediante la suma de sensaciones corporales, pero también de jugar con la idea y los recuerdos de castigos: hacerse administrar un castigo mientras se peca nos absuelve de antemano del pecado, y nos permite autorizarnos el placer y la ganancia narcisista que este aporta. Pero estas conductas conllevan frecuentemente una dimensión narcisista particular, la de la erotización de la humillación, que puede surgir aisladamente, sin latigazos ni prácticas sadomasoquistas propiamente dichas. Se trata de una forma de masoquismo fundamentada sobre la idea del envilecimiento, sobre la idea de la esclavitud, sostenida por una especie de ceremonial y gestos apropiados. La herida narcisista, el insulto, la injuria pueden ser erotizados. Pero el hecho de sentir que se

pertenece a otro, de ser un objeto de posesión para alguien, mediante una sumisión masoquista, puede aportar por sí mismo una confirmación narcisista.

El masoquismo moral que proviene de la sumisión a nuestro propio Superyó constituye también la condición de un narcisismo ligado a las personas prohibidoras de antaño. El honor, que prohíbe acciones indignas, encuentra su satisfacción en la sumisión del sujeto a su ideal de Yo.

Un paciente que puede ser definido, sin ambages lingüísticos, como perverso masoquista fue descrito por Michel de M'Uzan⁸². Cubierto de tatuajes del tipo «soy una guarra», de cicatrices, de quemaduras se infligió e hizo infligir durante años tropelías de una violencia y una intensidad extraordinarias. Durante algún tiempo, estuvo casado con su doble femenino, tan masoquista como él y que permitía, como él, que le infligieran (su pareja y otros sádicos terceros) ultrajes máximos. En paralelo, mantenían relaciones sexuales corrientes. La exigencia de tropelías era un medio de sobrepujar en la búsqueda del placer que llegaba en el momento de la cumbre del dolor físico; pero no tenía libertad para prescindir de ello y repetía compulsivamente sus conductas masoquistas: «[Estaba] por decirlo así, condenado a gozar». Su interlocutor psicoanalista constató en él un orgullo inmenso, un sentimiento de omnipotencia —no conocía más que a un solo masoquista que le ganara en masoquismo. La otra persona no tiene más que un estatus de comparsa que el paciente instrumentaliza exigiendo ultrajes a la vez que lo desprecia: «El sádico se desinfla siempre en el último momento». Resultará, pues, ser él, el más fuerte, por encima de todo.

En el caso de ciertos sujetos que sufren el tormento de una angustia desorganizante intensa, infligirse escarificaciones, quemaduras de cigarrillo no produce generalmente una gratificación erótica, pero permite aliviar, borrar durante algún tiempo una vivencia de despersonalización mediante su implicarse, su invertirse en el dolor físico. El dolor físico tiene el mérito de forzar la implicación del cuerpo y de constituir, a falta de una opción mejor, una implicación o inversión narcisista que devuelve al yo una cohesión temporal.

De este mismo modo, la enfermedad física fuerza al sujeto a sobreimplicarse con su propio cuerpo, a sobreinvertirse en él, y ejerce así una forma de «seducción» masoquista que induce a una considerable reordenación de la economía narcisista de la persona afectada.

3. Homosexualidad y perversión

La homosexualidad, descrita al principio como una perversión por la psiquiatría clásica, fue extraída de su *ghetto* nosográfico por Freud. En su expresión psíquica, la homosexualidad forma parte del funcionamiento corriente de la mente. Hemos visto que Freud la describía como una etapa en la cual algunos sujetos se quedaban amarrados. Las experiencias homosexuales activas son corrientes en la adolescencia, por ejemplo, o en ciertas condiciones de vida. Es la exclusividad de las prácticas sexuales, y el sufrimiento que el sujeto puede experimentar por ello, lo que puede hacer que se las considere como «neuróticas». Se podría, pues, decir que no existe perversión sexual como tal, sino que existen homosexualidades perversas, o más

exactamente, personas que se consideran «homosexuales» y que también son perversas. Esta manera de ver coloca el acento de la perversión sobre las particularidades relacionales, y no sobre la elección de un objeto sexual del mismo sexo. En lo que radica la perversión sexual es en el abuso sexual de la otra persona para el triunfo del sujeto, y no el sexo del otro ni las modalidades de acción sexual en sí. El narcisismo, enfocado como etapa de la evolución de la sexualidad, implica la idea de un ejercicio narcisista de la sexualidad, con uno mismo o con alguien más. Si la evolución del sujeto se detiene en esta etapa, se mantendrá una forma de sexualidad narcisista, «desviada» si se quiere, en la medida en que fracciona la relación y no correspondería a una evolución psicosexual enteramente lograda, pero que no implica perversidad.

4. La perversión narcisista

La noción de «perversión narcisista» fue acuñada por Paul-Claude Racamier⁸³. La definió como una perversión moral y no sexual, «no erótica sino narcisista». Consiste «en una propensión activa del sujeto a alimentar su propio narcisismo en detrimento del de los demás». Esta forma de perversión constituye una patología de carácter — Racamier hablaba de «caracterosis perversa»— que intenta aliviar al sujeto de un conflicto interior, enmascarar la percepción y la profundidad de sus propias debilidades narcisistas cultivando un enfrentamiento muy especial con los demás. Para el sujeto, se trata de valorizarse atacando al Yo de la otra persona y regocijarse con su desconcierto; este, después, le será echado en cara, lo cual constituye otra fuente de triunfo. Para estos sujetos, la otra persona no tiene más valor que el de un «utensilio», identificarse con ella no se le plantea; no experimentan gratitud ni reconocen lo que se les ha dado. «Las personas narcisistas no deben nunca nada a nadie, sin embargo, todo les es debido». La necesidad absoluta que tienen de triunfar sobre los demás distorsiona su pensamiento: «Para ellos una mentira que tiene éxito cuenta como una verdad».

Como ocurre con muchos rasgos patológicos, un comportamiento «perverso narcisista» puede acaecer ocasionalmente en el caso de numerosas personas, quienes, pasado un momento de crisis, reconocen el carácter particular de lo que acaban de vivir y hacer vivir. Lo que define a la perversión narcisista es la permanencia, la necesidad compulsiva de este comportamiento, su fijación en el carácter.

Esta noción, por el hecho de su dimensión relacional, renovó considerablemente el enfoque de las relaciones patológicas entre individuos, en el campo de las relaciones intrafamiliares y también sociales, particularmente en los espacios institucionales. Se sitúa esta en una oposición entre narcisismo y amor de objeto, entre una forma de narcisismo antiedípico, que Racamier denomina el antiedipo, y el campo organizado por el complejo de Edipo.

La perversión narcisista no es forzosamente antisexual, es antiamorosa, desemboca en una sexualidad escindida donde la toma de poder sobre la otra persona es lo esencial y donde el placer de la otra persona no importa más que para la valorización narcisista del sujeto. Sus sentimientos no tienen importancia. Por parte de su «objeto», de su víctima, el perverso narcisista no espera más que la demostración de

su propia fuerza, de su propia independencia, busca la admiración y no que le reconozcan nada, quiere impresionar y no ser amado, ya que el amor podría poner a su sistema en entredicho.

4.1. *Dominación y perversión narcisista*

Si se considera que la pulsión se constituye dentro de la combinación de dos corrientes de implicación libidinal⁸⁴, una de dominación y la otra de satisfacción, se puede comprender mejor lo que ocurre en las implicaciones o inversiones perversas. El componente de toma de poder o de dominación de la pulsión intenta apoderarse del objeto, dominar a la otra persona para poner al elemento adecuado en contacto con la zona erógena correspondiente; el otro componente, el de satisfacción, se implica, se invierte en la zona erógena considerada y en el placer que esta da para llegar a la experiencia de la satisfacción, cuyo prototipo completo es el orgasmo. La corriente de toma de poder no tiene la posibilidad de satisfacerse aisladamente, es la zona erógena la que detenta este poder. El éxito de los esfuerzos por tomar el poder y dominar sin que se produzca satisfacción alguna puede proporcionar una sensación de fuerza, de triunfo sobre el objeto, pero no tiene valor orgástico; se trata de un placer narcisista nada más que en la medida en que el Yo ha funcionado para obtener ese triunfo. Pero se trata de júbilo más que de satisfacción auténtica.

El narcisismo del perverso narcisista se fundamenta, pues, esencialmente en un implicarse dominando, tomando poder sobre el prójimo. Esta actividad de toma de poder será necesariamente compulsiva, ya que solo la experiencia de una satisfacción completa deja huella duradera, bajo la forma de una representación utilizable por el psiquismo cuando el sujeto se queda solo.

Si nos atenemos a las descripciones de Racamier, sorprende ver el lugar que ocupan los fenómenos de toma de poder, pero también ver que se trata de toma de poder o dominación desprovista de experiencias de satisfacción: «[...] Todo lo que sirve para tomar el poder le resulta necesario al narcisismo perverso». «¿El objeto? Este no será amado. Será utilizado». «[...] reducido a la utilidad [...] El objeto no es tratado como persona, ni como amuleto, sino como utensilio». «La perversión narcisista más perfecta depende toda de la acción y muy poco de las fantasías». Racamier constata la ausencia del registro amoroso, la falta del registro de la identificación con el otro, la pobreza de las representaciones.

Se puede pensar que si el sujeto dispusiera de un registro de fantasías suficientemente funcional, no tendría necesidad de llevar a cabo tantos actos. Podría compartir sus fantasías con parejas eventuales y construir con ellas una relación de reciprocidad en vez de imponerles de manera unívoca actos que niegan toda relación verdadera. Y Racamier insiste: «Hay que volver a esa *indigencia de fantasías* a la que se ven más o menos reducidos los perversos narcisistas. Es debido a esta indigencia que el perverso tiende tanto a la acción [...]». Y a repetir compulsivamente estas actuaciones...

Si distinguimos los objetos según si son objeto de dominación u objeto de satisfacción, lo que Racamier llama el objeto que-no-es-objeto, característico de la perversión narcisista, no es un objeto de amor, es objeto de dominación únicamente,

soporte de sus actuaciones sin que una experiencia plena de satisfacción pueda tener lugar. Y al revés, el objeto de amor, el también objeto de una cierta dominación o toma de poder, conduce a ambos miembros de la pareja a una experiencia de satisfacción.

La perversión narcisista produce una escisión en la relación con la otra persona, a quien reduce a objeto de dominación y a quien niega como objeto de satisfacción, sin construir fantasía alguna en relación con este.

Racamier, no obstante, indica que: «De todos modos, existe, desde luego, una fantasiosidad subyacente: es la de “el-niño-desde-siempre-y-para-siempre-irresistible”». Esta fantasía no expresa ni pone en escena conflicto alguno. Muy al contrario, establece la ausencia de conflicto en una afirmación de perfección narcisista. Se trata de un axioma psíquico.

Para Racamier, el *primum movens* de la perversión narcisista es «[...] hacer brillar el valor de uno mismo a costa de los demás [...] Este placer se obtiene mediante maniobras y conductas pragmáticas organizadas en detrimento de personas reales.» El registro narcisista aparece bajo la forma de las «maniobras», de las «conductas pragmáticas»; la dimensión perversa está en el hecho de que estas conductas se producen «en detrimento de personas reales». Se trata, dice Racamier, de «[...] tomar de todo el mundo, no deber nada a nadie». El placer de hacer daño forma parte de la perversión narcisista: «[...] La conducta narcisísticamente perversa será siempre una predación moral: un ataque al Yo de la otra persona en beneficio del narcisismo del sujeto. Una descalificación activa del Yo de la otra persona y de su narcisismo legítimo». El triunfo sobre el objeto se hace mayor cuanto más completa es la descalificación de la otra persona: «[...] Cuanto mayor sea la organización en la perversidad, mayor será la desorganización en la presa». Una desorganización que es una de las metas del juego.

El triunfo será mayor si la humillación y la derrota infligidas son públicas. Este aspecto confiere una dimensión social a la perversión narcisista: «Sin público la perversión narcisista se queda en nada», dice Racamier. Pero hay que relativizar este aspecto ya que, aunque la dimensión exhibicionista contribuya al triunfo muy a menudo, la víctima sola constituye público suficiente.

En la insistencia de los esfuerzos para desorganizar, humillar, aplastar a la otra persona aparece la dimensión de locura de dominación que está presente en la perversión narcisista. La imposibilidad de construir una experiencia de satisfacción en la que se encuentra el sujeto es vivida no como una incapacidad suya, sino como un rechazo por parte del objeto. Entonces, se ensañará con el objeto; los esfuerzos por dominar y descalificar serán cada vez mayores. Como el triunfo no aporta más que una victoria amarga y no una tranquilidad interior, hay que enfatizar el triunfo, aplastar a la otra persona, como en los estados pasionales. Únicamente la experiencia de la satisfacción, o el restablecimiento de una relación con esta —mediante la vuelta al juego de las representaciones— podrá detener la escalada de la dominación.

4.2. Las fuentes de la perversión narcisista. La seducción narcisista

Racamier piensa que las fuentes inconscientes de esta perversión narcisista son «parcialmente pulsionales». Indica, además, que esta expresión se aplica a los dos

sentidos del término: en el sentido de las pulsiones parciales, pero también en el sentido de un origen incompletamente pulsional. Diríamos, con la ayuda de nuestra manera de ver la pulsión, que son parcialmente pulsionales ya que están fundamentalmente basadas sobre uno de los componentes de la pulsión, el componente de dominación.

Pero la fuerza de la noción de Racamier proviene también del origen familiar que le da mediante la noción de seducción narcisista. Para él: «El niño seducido narcisísticamente, narcisísticamente se convertirá o seguirá siendo como un órgano de la madre»; «El sujeto está orgánicamente incluido en el objeto que está orgánicamente incluido en el sujeto»; «La seducción narcisista en el caso de la madre se propone hacer del niño su cosa, su instrumento, su propiedad». Al leer esto, no podemos dejar de pensar que la madre se comporta ella misma como una perversa narcisista hacia su hijo y que este se verá tentado de reproducir modalidades relacionales análogas con los demás para hacer de la otra persona su cosa, su instrumento, su propiedad. Hay que constatar también que este modo de relación entre madre e hijo procura excluir a la sexualidad y, por lo tanto, finalmente procura eliminar el registro de la satisfacción. En efecto, la seducción narcisista de Racamier conlleva una negación de la sexualidad. Se trata de un narcisismo antisexual en el que el hecho de pertenecer a alguien —una forma de dominación— sustituye a la relación sexual. En la seducción narcisista, la ternura maternal se ve desviada y puesta al servicio de la apropiación. En una configuración edípica corriente, la ternura maternal —y paternal— es una simple inhibición de meta que anticipa una sexualidad que el niño vivirá en el futuro con otro objeto. La prohibición edípica permite la ternura, ya que detiene la sexualidad directa con los padres, pero designa a otros objetos sexuales posibles: compañeros de juegos sexuales, objetos de amor posteriores. Muy al contrario, la seducción narcisista aparta al tercero e impide el desarrollo del complejo de Edipo y de la vida fantasiosa en beneficio del desarrollo de un modo de pensamiento imagoico —en el cual una imago maternal fálica domina el funcionamiento psíquico— en beneficio de una afirmación narcisista de compleción y omnipotencia. Nos encontramos entonces dentro del mundo que Racamier define como el «antiedipo».

4.3. *Perversión sexual y perversión narcisista*

La perversión sexual, «forma erótica del odio», decía Robert Stoller, conlleva una dimensión destructora. En el sentido de perversión relacional del que hemos hablado antes, la perversión sexual impone a alguien una situación o prácticas sexuales que no desea; así mella la organización de su sexualidad y tiende a destruir algo dentro de la organización de su psiquismo, elaborado durante años. Aquí es donde reside la dimensión destructora de la perversión más que en las particularidades físicas de las prácticas sexuales mismas. Esta dimensión destructora, de ataque contra el psiquismo, es característica de la perversión narcisista. Así, deduciendo consecuencias de la perspectiva de Racamier, nos vemos conducidos a definir la perversión sexual como caso particular de la perversión narcisista. Dicho de otro modo: la perversión sexual es la expresión erótica de la perversión narcisista.

[81](#) J. McDougall, *Alegato para una cierta anormalidad*, París, Gallimard, 1978.

[82](#) M. de M'Uzan, «Un caso de masoquismo perverso, esbozo de una teoría», *Del arte a la muerte*, París, Gallimard, 1977.

[83](#) P. C. Racamier, «La perversión narcisista», II Congreso Internacional de Terapia Familiar Psicoanalítica, Grenoble, 1985, publicado en *Gruppo*, número 3, 1986.

[84](#) P. Denis, *Toma de poder y satisfacción, los dos formantes de la pulsión*, París, PUF, «El hilo rojo», 1997.

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE NARCISISMO EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

Tras la publicación de «Para presentar el narcisismo», de Freud, los psicoanalistas retomaron y utilizaron enseguida el concepto. Las evoluciones o aportaciones a la teoría del narcisismo comenzaron en 1919 con Victor Tausk y en 1921 con Lou Andreas-Salomé.

1. La visión de Victor Tausk

Hemos visto que Freud describía el narcisismo primario a partir de las primeras implicaciones libidinales del niño —«él mismo y la mujer que le cuida»—, añadiendo que al principio el Yo todavía no existe. Tausk, al contrario, inferirá un «Yo psíquico» inicial e insistirá en la vertiente primera: al principio, la totalidad de la libido está implicada o invertida en el sujeto mismo y sus sensaciones corporales de todo tipo⁸⁵. Tausk supone, pues, la existencia de una entidad psíquica primordial, un «Yo psíquico» que existe desde el principio de la vida, e incluso a nivel fetal. Todo es vivido, para esta entidad psíquica inicial, como proveniente de ella misma, como perteneciente a ella, incluidos los estímulos provenientes del mundo exterior. Tausk define esta situación como correspondiente a un «narcisismo innato». Poco a poco aparece la diferenciación entre interior y exterior; pero primero entre interior al psiquismo y exterior a este, el cuerpo en esta etapa es vivido como una parte especial del mundo exterior. El objeto —«la mujer que le cuida», diría Freud— exterior al psiquismo se confunde con los elementos corporales. Progresivamente, el cuerpo se unifica en un todo y se convierte en el objeto de una inversión libidinal del «Yo psíquico» que elabora un «Yo corporal». El cuerpo aparece entonces como un «objeto» particular. El «Yo psíquico» engloba a este y lo asimila, constituyendo un «narcisismo adquirido». El descubrimiento del objeto se realizará a partir del establecimiento de este narcisismo adquirido: ahí comenzarán a desarrollarse las relaciones objetuales.

El punto más fecundo del esquema de Tausk es la idea de que el cuerpo es un elemento extrapsíquico que debe ser, en cierto modo, colonizado por el psiquismo; y que existe, al principio, una asimilación entre algún aspecto preciso de una persona exterior y alguna parte precisa del cuerpo. En algunos casos patológicos, un órgano puede ser vivido como extranjero o incluso enemigo, o considerado como posesión de otra persona. Tausk describe que el conflicto entre la inversión narcisista y las inversiones objetuales puede ser dramático, pues la inversión en un objeto puede ser vivida como disminución libidinal en detrimento del sujeto. El objeto es vivido en modo persecutorio. Puede ocurrir lo mismo con las inversiones corporales, al ser el cuerpo vivido como un «objeto» en el que si se invierte o implica uno el Yo puede

quedar vaciado; entonces se le considera como a un persecutor. Pensamos, por supuesto, en la anorexia mental, en las conductas de automutilación, etc.

2. Lou Andreas-Salomé: el narcisismo como doble dirección

En su texto publicado en 1921, Lou Andreas-Salomé parte de una cita de Freud sacada de «Metapsicología»: «El término de narcisismo quiere subrayar que el egoísmo es también un problema libidinal o, para formularlo de otra forma, el narcisismo puede ser considerado como el complemento libidinal del egoísmo». Ella radicalizará la idea de Freud, según la cual «El hombre sigue siendo narcisista [...]», insistiendo sobre el hecho de que el narcisismo no se limita a una etapa de la libido, sino que «acompaña a todas las etapas». Extraerá todas las consecuencias de la metáfora de Freud, según la cual la libido narcisista empuja a los pseudópodos hacia los objetos y va a darle una forma extensiva. Su idea consiste en que las dos corrientes libidinales, una cuyo centro es el Yo y la otra orientada hacia el objeto, no se distinguen tan fácilmente la una de la otra. Piensa que algo dentro de la libido —en el narcisismo— se opone a lo que se ha convertido la persona misma y la «remite a ese estado anterior a la conciencia en el que la persona estaba ahí para todo, igual que todo estaba ahí para ella»⁸⁶. Advierte que «el doble fenómeno narcisista expresaría la referencia de la libido a nosotros mismos, así como nuestro propio enraizamiento en el estado original en el que seguimos estando». En suma, una parte del narcisismo juega contra otro aspecto suyo. «[...] Se trata de mantener la diferencia interna de las experiencias vividas, dándole dos nombres diferentes, en vez de borrarla mediante una unificación forzada del concepto». No hay, pues, que reducir el narcisismo a su simple definición de «amor de sí», y Lou Andreas-Salomé procura llamar la atención sobre el otro aspecto que considera esencial del narcisismo, «el aspecto que queda en la sombra para la conciencia del Yo, el de la identificación intuitiva con Todo, de la reunificación con Todo como meta fundamental positiva de la libido [...]». Ella ejemplifica este aspecto evocando el recuerdo de una experiencia personal de su infancia en la cual sintió precisamente que había perdido este sentimiento, una demostración *a contrario*, por lo tanto. Acababa de perder su fe infantil e ingenua en Dios, la cual, «como una placenta espiritual», lleva a su realización «el nacimiento del Yo en lo ignoto del mundo cuando se desgarrar»; «se trata de la impresión que tuve delante de mi propia imagen en el espejo: fue el descubrimiento súbito y nuevo de este reflejo, como si se tratara de una exclusión de todo lo demás [...] el hecho mismo de ser algo que se separa, algo circunscrito me sobresaltaba como la pérdida de una patria, de un refugio, como si todo y cada cosa me hubiera contenido, me hubiera ofrecido en sí sitio». Observemos que esta experiencia, vivida durante la época de latencia, sin duda, es lo contrario de lo que se describe, mucho antes en la vida, como el júbilo de «la etapa del espejo». Lou Andreas-Salomé describe una experiencia de pérdida narcisista, de restricción: los límites de la individualidad actúan «de la misma manera que los embates de la represión, que hacen que se resigne a ser lecho fluvial lo que se creía mar [...]». Esta otra cara del narcisismo, subraya la autora, no coincide con el «amor de sí». En cuanto a la relación con los objetos, Lou Andreas-Salomé acentúa lo que dice Freud del sentimiento de

empobrecimiento del Yo, que acompaña a la implicación amorosa con un objeto. Habla en términos de exceso: «Como en el “yo amaba el amor”, de san Agustín, los objetos se muestran fundamentalmente como simples ocasiones para descargar en ellos un excedente de amor que se refiere a nosotros mismos y que, por decirlo así, no ha encontrado colocación». Esta «demasia» no respeta los límites del Yo, los sobrepasa o incluso se opone a ellos, y este excedente narcisista, aun siendo una afirmación de sí, es al mismo tiempo una «operación de destrucción de sí». Define la implicación con todo objeto como fundamentalmente narcisista, en el sentido de reencuentro con el «Todo»: «Pero por detrás [del objeto amado] se extiende hoy como ayer el país de donde proviene [la libido], y lo que se distingue tan claramente en primer plano en el personaje individual del objeto nos encanta únicamente porque lleva puesto el traje de ese país». La libido de objeto tiene su origen en el narcisismo que la alimenta: «[...] Es típico del narcisismo y se origina en él un doble proceso de autoafirmación y de inmersión en lo que todavía no está delimitado». Un paso más y ya no es el objeto lo que resulta amenazante para el narcisismo, es el objeto que tiende a ser víctima suya, a disolverse, desapareciendo detrás del exceso de valor que se le da. El objeto no es más que un soporte y «cuanto más se le celebra y jalea más se evapora su naturaleza real».

Lou Andreas-Salomé describe, finalmente, a través de su concepto teórico (pero sin duda alimentado de notas clínicas) una forma de amor narcisista que completa la visión freudiana y subraya la importancia de lo que Romain Rolland describe como «sentimiento oceánico» y Bela Grunberger como «euforia o elación narcisista».

3. Paul Federn y las fronteras del Yo

Paul Federn contribuye a la construcción del edificio del narcisismo aportando las nociones de «sentimiento del Yo» y de «extensión del Yo» mediante la noción de «fronteras del Yo». Las concibe en función de las cantidades de libido invertidas o implicadas en el Yo mismo y sobre la parte de esta que se extiende a los objetos. El sentimiento del Yo, especie de autosensación de sí mismo, existe para Federn «desde el principio, aunque en sus comienzos sea impreciso y pobre en contenido», es en sí mismo agradable «sin suponer una sensación de satisfacción particular», le reconoce «la calidad de un “pre-placer” agradable». Estudia dos aspectos en este sentimiento, la implicación libidinal del Yo psíquico y la del cuerpo propio; el conjunto de las dos constituye el sentimiento del Yo global. El término «fronteras del Yo» se refiere, de hecho, a la sensación de extensión del ámbito del Yo, la sensación de extensión de la ameba de la que hablaba Freud, «el abanico de las funciones del Yo». Estas «fronteras» no tienen nada de fijas, pues cambian sin cesar: se trata de un cambio de extensión en función de los objetos encontrados en la periferia del Yo, y de los movimientos de la libido que le corresponden y que van acompañados de sensación de extrañeza o de despersonalización, en particular cuando se trata de repliegue de las implicaciones o inversiones. La antítesis, económica pues, es la que se establece entre «la implicación o inversión en el yo» y «la implicación o inversión en un objeto», y Federn insiste en la necesidad de distinguir entre implicaciones móviles e implicaciones estáticas. Desde este punto de vista, subraya que el sentimiento del Yo, en su periferia, se ve consolidado cada vez que la libido se moviliza en su frontera, y

que «la atención o la voluntad se dirigen hacia un objeto»⁸⁷. Los placeres preliminares refuerzan el sentimiento del Yo.

4. Michael Balint y la negación del narcisismo primario

Este autor refuta la idea freudiana de un narcisismo primario, pero admite perfectamente la existencia del narcisismo secundario. Se podría observar que Balint privilegia la implicación del niño con «la mujer que le cuida», segundo aspecto de la definición que daba Freud del narcisismo primario, y deja de lado el aspecto de la autoimplicación. Balint pone así por delante al «amor primario» y recusa el «narcisismo primario». Postula que existen, de entrada, relaciones de objeto, y que el estado inicial es la unidad madre-hijo. No obstante, la manera en que describe las primeras relaciones del recién nacido con sus objetos —debo ser amado y satisfecho sin tener que dar nada a cambio— podría ser conceptualizada en términos de narcisismo. Esta forma de amor es, en efecto, fundamentalmente egoísta y exige de los demás una adaptación perfecta a los deseos del sujeto. Todo desacato a esta exigencia de armonía perfecta desencadena angustia y agresividad. Según Balint, es cuando las satisfacciones provenientes del objeto fallan cuando el sujeto se repliega narcisísticamente, intentando amarse y gratificarse a sí mismo, ya que no hay otra solución mejor. El narcisismo no se observaría, pues, más que como compensación a los fallos del objeto o de los objetos. Contrariamente a Freud, no considera el sueño como prototipo del narcisismo primario, ya que en el dormir se produce una retirada hacia los objetos psíquicos internos, lo cual le remite al narcisismo secundario. Balint observa la insaciabilidad de las personalidades narcisistas: «Hágase lo que se haga para ellas, cualesquiera que sean los cuidados que se les preste, nunca está suficientemente bien, nunca basta»⁸⁸. Resulta interesante constatar que Balint, mediante la idea del «defecto fundamental» (ligado a una ruptura en el amor primario) se une a muchos de los partidarios del narcisismo primario, que clasifican la patología bajo el epígrafe del déficit más que bajo el del conflicto.

5. El narcisismo en los autores kleinianos

5.1. Melanie Klein

Melanie Klein, que apoya su reflexión fundamentalmente sobre las perspectivas desarrolladas por Freud después de 1920 y sobre la oposición entre pulsión de vida y pulsión de muerte, abandona muy pronto la referencia al narcisismo primario. Postula la existencia de un Yo precoz y de relaciones objetuales desde el principio. A partir de aquí, la cuestión de la evolución del Yo no se plantea en absoluto ya de la misma forma y la idea de una etapa narcisista ya no tiene sentido. Cuando Melanie Klein hablará de narcisismo será refiriéndose a *estados narcisistas* constituidos por la retirada de la libido hacia objetos internos. Entonces está cerca de referirse al narcisismo secundario.

5.2. Paula Heimann y Neville Symington

Los autores kleinianos se irán refiriendo poco a poco a la noción de narcisismo. Wilfred R. Bion opondrá la tendencia social a la tendencia narcisista, pero no creará ninguna teoría del narcisismo como tal.

Sin embargo, Paula Heimann introdujo una distinción interesante entre el autoerotismo y el narcisismo. Cuando el niño se chupa el pulgar, recurre al autoerotismo para volver a encontrar la buena experiencia interna proporcionada por el pecho amamantador, se vuelve hacia el «buen pecho». El narcisismo, al contrario, se propondría apartarse del pecho «malo» exterior, protegerse de él. «[...] En el primer caso, la vuelta al objeto exterior se produciría más fácilmente que en el segundo». Sin retomar tal cual la oposición entre autoerotismo y narcisismo, se podrían considerar dos vertientes en el narcisismo: una que se apoya sobre la evocación de experiencias de satisfacción, más fácil de vivir, y otra que intenta protegerse de la relación con los objetos no satisfactorios.

Neville Symington⁸⁹, influido por Melanie Klein, sitúa al narcisismo con relación a una especie de «buen objeto» particular que denomina el «dador-de-vida»⁹⁰. Si el niño opta interiormente por este dador-de-vida, tendrá bases sanas para el desarrollo de su salud psíquica; es el renegar de este objeto lo que acarreará la constitución de un narcisismo patológico. No se trata ya, como en Paula Heimann, de una defensa contra los objetos que no satisfacen, sino de un *renegar* del dador-de-vida, lo cual confiere un aire algo místico a la visión de Symington.

5.3. Herbert Rosenfeld

Herbert Rosenfeld será el primero en intentar conciliar la teoría del narcisismo con la noción de pulsión de muerte. Organiza su concepto del narcisismo a partir de la oposición propuesta por Melanie Klein entre «envidia» y «gratitud». Para ella, la gratitud engloba al amor de objeto, a la posibilidad de experimentar sentimientos de amor hacia una persona; esta capacidad existe desde el nacimiento. La envidia, al contrario, es una expresión primordial de la pulsión de muerte, primera forma de la agresividad en las relaciones de objeto. Para Rosenfeld, pues, la envidia habita en las personalidades narcisistas, consciente e inconscientemente, y estas se muestran incapaces de sentir gratitud. El corolario de esta incapacidad es que todo ocurre como si ninguna persona pudiera ser digna de su estima. Estos sujetos parecen haberse introyectado un objeto primitivo totalmente bueno que les da una sensación de omnipotencia. Estos pacientes que llevan dentro un objeto todopoderoso que les habita se sobreestiman a sí mismos, pueden negar toda dependencia de un objeto exterior que fuera capaz de frustrarles y, por lo tanto, de hacer vacilar su omnipotencia. «El sujeto narcisista siente que todo lo que tenga valor [...] forma parte de él mismo o es controlado por él de manera omnipotente»⁹¹.

Rosenfeld introduce la noción de «narcisismo negativo» a partir de la idealización de las partes destructivas del *Self*⁹², del Yo, omnipotentes y empapadas de la agresividad primera. Estas «están dirigidas contra toda relación de objeto libidinal positiva, así como contra toda parte libidinal del *Self* que pueda sentir la necesidad de un objeto y el deseo de depender de él»⁹³. Dichos sujetos son presa de un proceso

destructor, activo en el interior de ellos mismos, y que los domina de la misma manera que una banda de matones puede controlar una ciudad. Los pacientes de este tipo no se sienten en seguridad más que cuando triunfan, únicamente cuando han destruido a los demás y convertido en inoperantes los esfuerzos hacia ellos de los que tienen la debilidad de amarlos. El odio contra un objeto exterior en el que se está implicado o en el que se ha invertido uno mismo se expresa mediante la exacerbación del sentimiento de envidia. Cuando estas organizaciones se hunden, surgen experiencias casi delirantes, paranoides, dice Rosenfeld.

6. La teoría del narcisismo vista por Bela Grunberger

Según Grunberger, el narcisismo está ahí desde el origen, y estará presente desde el comienzo hasta el fin de la vida. Es inalterable en su esencia ya que los compromisos que acepta con el Yo son superficiales y parciales, sin tocar su integridad profunda: «El hombre nace y muere narcisista y encuentra —prolongándose en el infinito— una vasta compensación narcisista en la miserable brevedad de la existencia que vive — en una medida muy débil, por cierto— bajo el signo del principio de realidad.» El narcisismo sobrevive, en sus diferentes modalidades, pese a su integración en el Yo. Es, pues, para Grunberger un factor autónomo, una instancia, como lo son el Ello, el Yo y el Superyó»⁹⁴.

Bela Grunberger describe, primero, el narcisismo como una experiencia de bienestar inefable, relacionada con un funcionamiento orgánico espontáneo ideal, que da una sensación de existencia amplificada hasta el infinito, un sentimiento de grandeza, de autonomía y de unicidad: un sentimiento de «elación» (Grunberger «francesiza» el término inglés *elation*, que existe en castellano y que se puede traducir por «exaltación», «euforia»). El narcisismo primitivo cobraría vida en la materia viva nada más ser concebido el feto, estaría ligado a una «cenestesia prenatal», vivencia orgánica, que deja su huella en el sujeto para toda la vida. Según Grunberger,

el recién nacido que penetra en la dimensión postnatal se encontrará durante algún tiempo en el gozne entre dos mundos: el del impulso pulsional que le empuja hacia delante, hacia el control de lo real, y el de la elación prenatal, «el otro mundo» del que siempre tendrá *nostalgia* y le dará un sentimiento de rebelión indignada por haber sido expulsado, de nostalgia de la perfección, de la felicidad y de la pureza [...]⁹⁵

Parece, pues, que el conflicto entre narcisismo y pulsiones se instala de entrada. Esta idea de la nostalgia de un estado anterior supuestamente perfecto, de un paraíso perdido aparece frecuentemente en la clínica psicoanalítica. «El defecto de este mundo maravilloso está en que no existe más que en la interpretación *a posteriori* de la cenestesia prenatal»⁹⁶. Este sentimiento euforizante, elacional será buscado permanentemente; el narcisismo conduce, por esta razón, a una expansión máxima, a una sensación de grandeza ilimitada en todo lo que el sujeto acomete. Grunberger, radicalizando la posición de Freud sobre el antagonismo entre las pulsiones y el narcisismo, da a este último un estatus autónomo en relación a las pulsiones y lo convierte en auténtica instancia, que tiende a mantener o a restablecer un estado elacional, aconflictual y apulsional. Constata, no obstante, el desarrollo de un

narcisismo evolucionado (que Freud llamaría secundario) en relación al «paleonarcisismo» original: se trata de un narcisismo que Grunberger llama «egotizado» y que está constituido por la implicación o inversión en el Yo. Grunberger, que recusa la «pulsión de muerte» tal y como la describe Freud, introduce la agresividad mediante la idea de una destructividad original que sería el componente letal del narcisismo. Se trata de una agresividad profunda, captadora, caníbal, vampírica, que Grunberger denomina «anubiana», oponiendo así a Anubis y Narciso, un Anubis que en la mitología egipcia guiaba al reino de los muertos. La diferencia con la «pulsión de muerte» freudiana estriba en que aquí se trata de una corriente libidinal particular, de un componente del narcisismo mismo. Junto a esta agresividad primitiva, Grunberger describe una agresividad pulsional, agresividad motriz de control, que se dirige a los objetos y que podríamos asimilar a la noción de dominación.

Habría, pues, dos núcleos primitivos en el Yo correspondientes a los dos aspectos de lo narcisista: elacional, por un lado, y anubiano por otro. El conflicto fundamental sería intranarcisista.

La evolución psíquica del recién nacido, arrancado por el nacimiento a la felicidad narcisista de la vida intrauterina, será dependiente de la mirada de la madre, primera «confirmación narcisista» exigida por el niño que necesita una implicación narcisista total, exclusiva y adecuada por parte de su madre. Esta idea aparecerá simultáneamente en Winnicott (a quien Grunberger no leerá más que después) y posteriormente en otros autores. «El espejo en el que el niño puede reconocer su integridad narcisista es, ante todo, el progenitor que confirma el narcisismo de su hijo mediante su amor»⁹⁷. La ausencia precoz de «confirmación narcisista» tiene el valor de herida narcisista y remite al niño a una vivencia de impotencia cuya repetición será dañina: «La ausencia de confirmación narcisista tendrá como consecuencia que ya no podrá aceptar las gratificaciones narcisistas ni solicitarlas de una manera adaptada y eficaz»⁹⁸.

7. Lacan y el narcisismo

Como indica Gilbert Diatkine: «Lo que Lacan entiende por “lo imaginario” no tiene más que una relación indirecta con la imaginación, y es, ante todo, un concepto original del narcisismo»⁹⁹. En efecto, hablando de lo imaginario, Lacan escribe: «*Lo imaginario* se refiere aquí: primeramente, a la relación del sujeto con sus identificaciones formadoras, es el sentido pleno del término imagen en el análisis; en segundo lugar, a la relación del sujeto con lo real [...]»¹⁰⁰, que se efectúa mediante imágenes, de ahí el aspecto «ilusorio» de esta relación que subraya Lacan. Lo imaginario, en el sentido que le da Lacan, abarca, pues, el mundo de las imágenes psíquicas —de las representaciones, si se quiere utilizar el lenguaje de Freud— que organizan al sujeto. El término «imaginal» podría servir. Lacan admite la tesis de Freud de que al principio no existe una unidad comparable al Yo. Considera que esta idea

[...] confirma la utilidad de [su] concepto de la etapa del espejo. El *Urbild*, que es una unidad

comparable al Yo, se constituye en un momento determinado de la historia del sujeto; a partir de ello el Yo comienza a tomar sus funciones. Es decir, que el Yo se constituye sobre el fundamento de la relación imaginaria. [...] En el desarrollo del psiquismo, algo nuevo aparece cuya función es dar forma al narcisismo. ¿Acaso no marca esto el origen imaginario de la función del Yo?¹⁰¹

Lacan describe así la etapa del espejo que tomó prestada a Henri Wallon:

La asunción jubilosa de su imagen especular por parte del ser sumido todavía en la impotencia motriz y en la dependencia del amamantamiento que es el pequeño hombre en esta etapa de *infans* nos manifestará desde ese momento en una situación ejemplar la matriz simbólica donde el yo se precipita en una forma primordial [...] ¹⁰²

El narcisismo que se constituye no puede reducirse a la noción de narcisismo primario de Freud. Se trata de un narcisismo primigenio a partir del cual el narcisismo elaborado dentro de la relación con los demás tomará forma. La agresividad nace después de esto:

La noción de agresividad, al contrario, responde al desgarramiento del sujeto contra sí mismo, desgarramiento cuyo momento primordial conoció al ver la imagen de la otra persona, aprehendida en la totalidad de su *Gestalt*, anunciándole su sentimiento de discordancia motriz, que estructura retroactivamente en imágenes de división y parcelación ¹⁰³.

«La agresividad imaginaria genera un daño imposible de compensar, porque ninguna ley puede hacerle justicia. [...] Puede alcanzar extremos terribles, ya que un sujeto así “frustrado” exige compensaciones desenfrenadas y siempre insatisfechas» ¹⁰⁴. Estamos aquí muy ceca de los conceptos que tiene Kohut de la agresividad y la rabia narcisista. Lacan distinguirá dos narcisismos, uno que se refiere a la imagen corporal que «hace la unidad del sujeto», y otro nacido de la relación con los demás: «La identificación narcisista [...] la del segundo narcisismo, es la identificación con las personas otras [...]» ¹⁰⁵. Esta identificación permite al sujeto situarse, «estructurar su ser», su ser libidinal, añade Lacan.

8. Lo negativo de André Green

A la inversa que Grunberger y como Herbert Rosenfeld, André Green construirá una teoría del narcisismo compatible con la noción de pulsión de muerte. También habla, como Rosenfeld, de «narcisismo negativo», pero esta noción forma parte de su concepto, muy vasto y complejo, de «trabajo de lo negativo» que para él conforma los cimientos mismos de la organización del psiquismo. El momento central del concepto de Green es la negativización por parte del psiquismo del niño de la presencia de la madre, lo cual define la alucinación negativa. De esta negativización persiste una «estructura enmarcante» sobre la cual se apoyaran las representaciones y se edificará el narcisismo del sujeto: «La madre es encuadrada en el marco vacío de la alucinación negativa y se convierte en estructura enmarcante para el sujeto mismo»; es en este espacio en el que se edificará el sujeto, donde se fundamentará su narcisismo primario: «El narcisismo es el borrar la huella de la otra persona dentro del deseo de lo Uno» ¹⁰⁶. Y Green piensa, así, que Freud ha subestimado el papel que desempeña el objeto en la propia constitución del narcisismo primario. En lo que concierne al narcisismo negativo, o narcisismo de muerte, Green lo hace derivar del

narcisismo primario absoluto de Freud y lo asocia al principio de Nirvana y de Tánatos. Entonces, se ve cómo evolucionan en los pacientes dos corrientes narcisistas, una construida sobre relaciones objetuales satisfactorias y que construye un sistema de antiexcitación eficaz, y otro que defiende de las implicaciones o inversiones objetuales, que no retiene más que la parte prohibidora y negativa de los objetos; durante la cura, será este tipo de narcisismo negativo lo que conducirá al paciente a defenderse contra el analista que le parece intrusivo, y es lo que obstaculizará el progreso (ver también capítulo VII).

9. El antinarcisismo de Francis Pasche

Francis Pasche ha intentado conciliar los puntos de vista de los defensores del narcisismo primario y de los del amor primario. Procura introducir complementariamente la pulsión de muerte en la manera de comprender el narcisismo. Empieza por considerar que hay que admitir que la libido se implica o invierte en dos direcciones: una dirección centrípeta, hacia el sujeto mismo, por lo tanto narcisista; y una dirección centrífuga, hacia los objetos, por lo tanto «antinarcisista». El sujeto se construiría dentro de estos dos movimientos simultáneos. Pasche presenta la pulsión de muerte de la manera siguiente: esta implicación centrífuga es para el sujeto un desposeimiento y un desasimiento de sí mismo, se priva de su propia sustancia, renuncia a una parte de sí mismo; se trata de separación y de dispersión, lo cual remite para él a la pulsión de muerte. Considerar el movimiento centrífugo de implicación con los objetos como antinarcisista tiene un gran interés, ya que permite explicar la oblatividad, la propensión a satisfacer a la otra persona sin esperar contrapartidas, lo cual puede llevar al amor hasta el sacrificio. Por otro lado, narcisismo primario y amor primario se muestran, en efecto, como dos movimientos complementarios y no como alternativos el uno al otro. Pero ¿cómo estar de acuerdo con Pasche hasta el final y considerar el amor del niño hacia sus primeros objetos como consecuencia de la pulsión de muerte y de la desorganización cuando el Yo se construye precisamente en este tipo de relaciones?

10. El narcisismo según Heinz Kohut

Kohut, formado en el Instituto de Psicoanálisis de Chicago, después de haber atravesado dos experiencias de análisis personal en Viena, se opuso muy firmemente a la corriente llamada de la *ego psychology* que predominaba en el psicoanálisis durante los años 1950. Sus teoretizaciones nuevas acerca del narcisismo seguían siendo, al principio, compatibles con la teoría freudiana. Su manera de concebir el respeto del narcisismo en la cura y su insistencia sobre la empatía cambiaron la atmósfera de los despachos de los analistas. Pero acabó por abandonar toda referencia a la sexualidad y al complejo de Edipo para desarrollar lo que llamó «la psicología del *Self*». Su influencia fue considerable sobre la evolución de la práctica y el pensamiento psicoanalíticos en Estados Unidos.

Toda la teoretización de Heinz Kohut está basada sobre la noción de *Self*. En Freud, al principio, el Yo designaba a una entidad amplia, la personalidad psíquica en su conjunto; después de desglosar este conjunto en diferentes elementos (Yo, Ello y

Superyó), se hizo necesario volver a introducir una noción que designara más globalmente al conjunto. Es el término *Self* el que servirá para evitar la confusión con el Yo como instancia. El *Self* no es conceptualizable como instancia u organización psíquica con características precisas, sino más bien como la sede de manifestaciones identificables. Esta noción incumbe tanto a la personalidad completa, al conjunto del funcionamiento psíquico, al sí mismo corporal, como a elementos mejor definidos, como la representación de sí mismo.

El narcisismo, para Kohut, es la implicación libidinal del *Self*, de todo lo que constituye o contribuye a constituir el *Self*, incluyendo las correspondientes experiencias. Como para Freud, la libido se implicará en dos direcciones: el narcisismo y el amor de objeto, pero, a diferencia de lo que propone Freud, el narcisismo evolucionará de un estado arcaico a un estado maduro. Por lo tanto, para Kohut no se trata en absoluto de una «etapa» en la evolución de la libido, sino de una clara línea de desarrollo. Para Kohut, la satisfacción que corresponde al narcisismo es la alegría, mientras que en el registro de la relación objetual y pulsional la satisfacción que se busca es el placer. La amenaza psíquica más grande es la de la «fragmentación del *Self*», y Kohut considera la agresividad, y a fin de cuentas, las pulsiones, como productos de la desintegración del *Self*.

Al principio, el narcisismo y el amor de objeto forman una unidad que se escindirá para dar lugar a los dos desarrollos paralelos que acabamos de ver, narcisista y objetual, que interactúan entre sí. Existen «necesidades narcisistas» que piden ser satisfechas.

La evolución del narcisismo se presenta, entonces, de la manera siguiente: una primera vivencia de felicidad narcisista, análoga al narcisismo primario de Freud, es perturbada o mellada por las lagunas inevitables del cuidado maternal, necesariamente imperfecto. El niño intentará restaurar el estado de beatitud narcisista mediante el establecimiento de dos configuraciones particulares.

La primera se esfuerza por crear un *Self* perfecto: lo que resulta malo será atribuido a lo exterior y lo que resulte bueno alcanzará la buena reputación de pertenecer a ese «*Self* narcisista» cuya primera versión se confunde así con el «Yo placer purificado» de Freud. Posteriormente, consciente de que la expresión «*Self* narcisista» tiene algo de pleonismo, Kohut utilizará el término «*Self* grandioso».

La segunda configuración se esfuerza por restablecer la perfección de los cuidados de la madre creando una imagen, perfecta y omnipotente por proyección, de esa «persona otra» que se ocupa de él: «la imago parental idealizada».

Cada una de estas dos configuraciones, el *Self* grandioso y la imago parental idealizada, será el punto de partida de una línea de desarrollo, subdividiendo en dos la corriente narcisista. Del *Self* grandioso, ocupado en ensoñaciones de éxito y grandeza, derivará el registro de las «ambiciones» que nos conducen a progresar. De la imago parental idealizada derivará el registro del ideal del Yo, de los «ideales» que nos guían. Más tarde, Kohut hará de estos dos registros los dos polos del *Self*, descrito entonces como «*Self* bipolar».

En cuanto a los contenidos pertenecientes a cada una de estas configuraciones, Kohut insiste sobre la admiración recíproca dependiente de la mirada, la imago parental idealizada será tan admirada como el sí grandioso busque ser admirado,

hasta el punto que se le llama «*Self* grandioso y exhibicionista». «El niño —dice Kohut— necesita el reflejo de los ojos de su madre [...]»¹⁰⁷

Cuando se dedica a desarrollar lo que deriva de la maduración natural o terapéutica del narcisismo, Kohut describe las formas más acabadas y cumplidas de ello, que son para él la creatividad, la empatía, la adquisición de la conciencia del carácter efímero de la vida humana, el humor y la prudencia.

Y al revés, la no-satisfacción de las necesidades narcisistas produce distorsiones en el desarrollo que originan deficiencias en el *Self*. Toda la clínica de las patologías del *Self*, según Kohut, se fundamenta sobre los diferentes tipos de carencias generadas por traumatismos sucesivos y vicisitudes en el desarrollo.

Sin duda, se puede hablar de necesidades narcisistas inconscientes. Sin embargo, Kohut no acude a la noción de represión para ello, sino a la de «escisión horizontal»: las necesidades narcisistas precozmente frustradas permanecen inconscientes, pero configuran subterráneamente toda una parte del *Self* que seguirá separada de la otra y mantenida fuera de la conciencia. El equivalente de la barrera de la represión, en lo que concierne a las necesidades narcisistas, es pues la escisión horizontal.

El otro mecanismo del que habla Kohut es la «escisión vertical», que no se refiere al Yo como la división descrita por Freud, sino al *Self*. La «escisión vertical» mantiene separados a dos registros conscientes del funcionamiento del *Self*, el uno desmentido por el otro, por ejemplo, un sentimiento de grandeza infantil y megalomaniaco escindido de un Yo afligido por una débil autoestima y una propensión a la vergüenza y a la hipocondría.

10.1. *La noción de selfobject*

El concepto de *selfobject* es inseparable de la manera en que Kohut comprende el narcisismo, y aporta una respuesta original a la pregunta que se plantea sobre las relaciones entre los objetos internos y los objetos de amor.

Kohut parte de la idea de que, durante sus primeras relaciones con su entorno, el niño no concibe a los demás, al otro ser, a la mujer que lo cuida, como decía Freud, al objeto como algo separado, sino como algo que forma parte integrante de su psiquismo. El objeto cumple para el psiquismo del niño la función de asegurar la continuidad del *Self*. La primera relación del niño con otro ser es, pues, una relación «narcisista» con una función que le hace existir, más que con una persona. En esta relación, el objeto forma, por lo tanto, parte del *Self* del niño: nos encontramos ante un *selfobject* y ante una «relación de *selfobject*».

Para Kohut, la relación entre *Self* y *selfobject* constituye la matriz del desarrollo psíquico. Si el entorno del niño no logra desempeñar de manera adecuada su función de *selfobject*, las necesidades del *Self* en cuanto a *selfobjects* no se verán satisfechas y el curso del desarrollo de las diversas configuraciones narcisistas resultará alterado por ello. Para Kohut, a medida que se desarrolla el *Self*, los *selfobjects* se modifican, pierden su carácter arcaico, pero durante toda la vida la necesidad que tiene el *Self* de relaciones «selfobjetuales» persistirá. Lo que caracteriza a la relación con un «objeto» que desempeñe el papel de *selfobject* es que este no es reconocido por sus cualidades específicas de objeto discreto, no es psicológicamente distinto del *Self*, sino conocido

solamente por la función que desempeña.

Las relaciones objetuales propiamente dichas implican, al contrario, un reconocimiento de los demás, de las otras personas como psicológicamente separadas del *Self* primero, y después por sus cualidades, defectos y necesidades propias.

Un *selfobject* no es amado, en el sentido habitual de la palabra, sino que, como el aire que respiramos, no es perceptible más que cuando falta; y al revés, un «objeto» puede ser amado u odiado, y las relaciones con él están marcadas por intercambios mutuos. Se desea a un objeto, pero se necesita a los *selfobjects*, a veces sin darse cuenta. El *selfobject* se concibe casi siempre como experiencia positiva, sin embargo la ausencia de respuesta engendra la constitución de un movimiento hostil contra el personaje que debiera desempeñar la función de *selfobject*.

La perspectiva de Kohut tiene el interés de subrayar la importancia y la permanencia de las necesidades narcisistas durante toda la vida y de ofrecer una teoría de la ligazón narcisista con los demás.

Las necesidades en materia de *selfobjects*, una vez que ha pasado la época de las muy primeras relaciones con *selfobjects* arcaicos, están marcadas, por ejemplo, por la permanencia de la necesidad de tener a alguien a quien idealizar, o de depender del hecho de sentirse uno mismo idealizado, valorizado o confirmado en su valor por otra persona que desempeña por esta razón una función análoga a la que garantizaban los *selfobjects* de antaño. El ideal de autonomía que transmite una ideología psicoanalítica bastante difundida debería, pues, según Kohut, ser relativizado. Para mantenerse, el *Self*, siempre vulnerable, necesita de relaciones selfobjetuales: el medio favorable para un *Self* sano debe de contar con personas capaces de desempeñar ese papel de *selfobjects*, o de proporcionar experiencias equivalentes, igual que el oxígeno es necesario para mantener la vida. Si, alejándonos de Kohut, buscáramos un medio de situar esta noción en relación con la dinámica pulsional, que baraja representaciones, podríamos definir el *selfobject* como un objeto que sustituye a su representación ausente.

10.2. La rabia narcisista en Kohut

La rabia narcisista es una reacción particular a la herida narcisista. La necesidad de venganza ante el ridículo, el desdén o el desprecio se expresa mediante la rabia narcisista. Para Kohut, esta rabia es la pareja simétrica y agresiva de la vergüenza.

Desde el punto de vista fenomenológico, puede distinguirse de las demás formas de agresividad o de cólera dirigidas contra objetos por su tenacidad, su desproporción, la falta de compasión para quien soporta su violencia, el rechazo inflexible de tomar en cuenta el punto de vista de los demás. Cualquiera que sea el grado de la rabia, rencor paranoico o rabia aparentemente fugitiva del individuo narcisísticamente vulnerable tras una afrenta menor, es la ausencia de empatía hacia el otro ser y la ausencia de toda meta calculada lo que la caracterizan. Si se tratara de una meta calculada, la conducta de agresión cesaría una vez esta se alcanzase, pero la rabia narcisista se apacigua mucho más difícilmente ya que es el *Self* lo que ha de verse restaurado.

La teoría que ofrece Kohut para este fenómeno es que si la agresión ordinaria se dirige a un objeto, la rabia narcisista se dirige a un *selfobject* que falla, que ha

suprimido su apoyo al *Self*: esta se propone restablecer el poder absoluto del *Self* grandioso. Es a partir de la entrada en juego de la rabia narcisista cuando Kohut trata la cuestión de la destructividad; para él esta no tiene nada de pulsión primaria, sino que es un conjunto de conductas que derivan de una mella en el narcisismo que lo compromete gravemente.

Kohut también ha descrito la «rabia narcisista crónica», que considera como «una de las afecciones más perniciosas del psiquismo humano»¹⁰⁸, en la cual los procesos secundarios se ponen al servicio de agresiones arcaicas destinadas a restablecer el poder absoluto del *Self* grandioso, que el Yo, cada vez más subordinado a la rabia invasora, racionaliza para legitimar las ambiciones sin límites del *Self*.

11. La aportación de Otto Kernberg

Para Otto Kernberg, «el narcisismo normal es la implicación libidinal del *Self*». Al revés que Kohut, para quien el Yo (parte del psiquismo que asocia al Yo, al Ello y al Superyó) es una parte del *Self*, Kernberg considera que el *Self* es una parte del Yo, al que concede características más amplias que las del Yo freudiano, tal y como aparece definido en «El Yo y el Ello». La influencia de Melanie Klein sobre el pensamiento de Kernberg resulta indiscutible: este admite la dicotomía kleiniana entre buenos y malos objetos, y piensa que la constitución del *Self* implica la integración de imágenes de sí «totalmente buenas» y «totalmente malas».

Kernberg enfoca el narcisismo a dos niveles, un nivel teórico, metapsicológico, y un nivel clínico en los pacientes que encuentran dificultades para regular su autoestima. Distingue, desde este punto de vista, tres niveles de funcionamiento de la autoestima. El primer nivel es en el que el sujeto está a la altura de mantener relaciones estables con los demás; en estos sujetos «la presencia en [ellos] de las imágenes de los [que aman] y de los que les[aman] consolida el amor que tienen de sí». El otro nivel se ve ejemplificado por la manera de ser de sujetos homosexuales que aman a su pareja como a representaciones de su propio *Self* y vuelven a interpretar para con este (o esta) el papel del padre o la madre de quien esperó amor en el pasado. Sus relaciones con los demás pueden ser estables y su autoestima satisfactoria. Se puede añadir que este esquema puede ser aplicado perfectamente a buen número de relaciones heterosexuales. El tercer nivel es el que define la «personalidad narcisista»:

Estos pacientes, completamente centrados en sí mismos, no hablan más que de sí y todo lo remiten a sí mismos. Aunque se sienten infinitamente superiores a los demás [...] dependen inmensamente de la admiración de los demás y si no obtienen constantemente alabanzas y admiración, su autoestima se hunde, dejándoles sumergidos en sentimientos de inferioridad. Están en un mundo de extremos en el que son o bien los mejores o bien los peores. Incapaces de sentir empatía, los demás no existen más que para responder a sus necesidades; perciben a ciertas personas como a enemigos potenciales que podrían denigrarles y explotarles, a las que hay que combatir o de las que hay que huir¹⁰⁹.

La posición de Kernberg puede resumirse así: «[...] el narcisismo normal y las implicaciones con objetos normales van de la mano, mientras que las implicaciones patológicas con el *Self*, con objetos y con representaciones de objeto van juntas»¹¹⁰.

Kernberg se muestra crítico para con Kohut, quien en realidad se aleja del

psicoanálisis. Consta que este deja de lado la interpretación de la transferencia negativa y favorece así la idealización del analista en la transferencia:

En mi opinión, su postura con los pacientes narcisistas consiste más bien en dar apoyo y en reeducar, ya que les ayuda a racionalizar sus reacciones agresivas haciéndoselas ver como resultado de errores cometidos por los demás en el pasado... El rechazo, por parte de Kohut, de la teoría de las pulsiones como modelo teórico es consustancial al hecho de que no toma en cuenta a la agresividad en la transferencia¹¹¹.

Kernberg piensa que la mayoría de las organizaciones narcisistas de la personalidad —si exceptuamos, por supuesto, los grandes naufragios narcisistas de las psicosis— son abordables. Sin embargo, se mantiene pesimista en cuanto a las que manifiestan tendencias antisociales: «La calidad de las relaciones de objeto es inversamente proporcional a la importancia de las tendencias antisociales»¹¹². En cuanto a casos que manifiestan una «autodestructividad crónica», donde el suicidio es considerado como un triunfo sobre el analista, habla de «narcisismo pícaro», que hace que el tratamiento sea imposible.

⁸⁵ V. Tausk (1919), *La génesis de la máquina de influir en la esquizofrenia*, París, Payot, «Petite Bibliothèque Payot», 2010.

⁸⁶ L. Andreas-Salomé, «El narcisismo como doble dirección», en *El amor del narcisismo*, traducción al francés de I. Hildebrand, París, Gallimard, 1980. Las citas siguientes provienen del mismo texto.

⁸⁷ Citas extraídas de «El Yo como sujeto y objeto en el narcisismo», en *La psychologie du moi et les psychoses*, París, PUF, 1979.

⁸⁸ M. Balint (1937), «Las primeras etapas del desarrollo del Yo...», en *Amor primario y técnica psicoanalítica*, París, Payot, 1972.

⁸⁹ N. Symington, *Narcissism: a new theory*, Londres, Karnac books, 1993.

⁹⁰ *Lifegiver*.

⁹¹ H. Rosenfeld, *Estados psicóticos: ensayos psicoanalíticos*, PUF, «El hilo rojo», 1976.

⁹² Acerca de la necesidad de este término, véase pág. 52 y siguientes.

⁹³ H. Rosenfeld, ob. cit.

⁹⁴ P. Dessuant, *Bela Grunberger*, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 1999.

⁹⁵ Citado por P. Dessuant, ob. cit.

⁹⁶ *Ibíd.*

⁹⁷ *Ibíd.*

⁹⁸ *Ibíd.*

⁹⁹ G. Diatkine, *Jacques Lacan*, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 1998.

¹⁰⁰ J. Lacan, *El seminario I*, Le Seuil, 1975.

¹⁰¹ *Ibíd.*

¹⁰² J. Lacan, «El estadio del espejo...», 1949, en *Escritos*, vol. 1, París, Le Seuil, 1966, págs. 93-94.

¹⁰³ J. Lacan (1955), «Variantes de la cura-tipo», en *Escritos*, vol. I, París, Le Seuil, 1966, págs. 344-345.

¹⁰⁴ G. Diatkine, ob. cit.

¹⁰⁵ J. Lacan, *El Seminario I*, ob. cit.

¹⁰⁶ A. Green, «El narcisismo primario: estructura o estado», 1967, en *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, París, Minuit, 1982.

¹⁰⁷ H. Kohut, *El sí mismo*, París, PUF, «Le fil rouge», 1974.

¹⁰⁸ *Ibíd.*

¹⁰⁹ M.-C. Durieux, *Otto Kernberg*, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 2002.

¹¹⁰ Citado por M.-C. Durieux, ob. cit.

¹¹¹ *Ibíd.*

¹¹² *Ibíd.*

NARCISO SOBRE EL DIVÁN

1. Tratamiento psicoanalítico clásico y narcisismo

La manera de lograr que un tratamiento psicoanalítico se desarrolle de forma favorable, dicho de otro modo, la técnica psicoanalítica, se generó primero a partir de la idea de que había que volver consciente al inconsciente, es decir, levantar la represión. Sin embargo, interpretaciones correctas, que levantaban brutalmente una censura, podían acarrear reacciones francamente desfavorables. Una interpretación administrada de esta forma, y llamada «salvaje» debido a la falta de preparación del paciente, atropella, en efecto, la percepción que este tiene de sí mismo, es decir, su narcisismo, aunque esta noción haya aparecido más tarde. Muy pronto, Freud se dio cuenta de que lo esencial no era tanto el hecho de que el inconsciente se vuelva consciente, sino el trabajo que permite esta toma de conciencia. El levantamiento de la represión resultaba de un trabajo psíquico particular, de una elaboración de los conflictos psíquicos, un trabajo que podemos calificar sumariamente como de desarrollo del Yo: «Allí donde había Ello tiene que advenir el Yo»¹¹³.

La regla fundamental dada al principio del análisis fue concebida por Freud para favorecer la emergencia de las ideas inconscientes. Se ha comprobado que esta también resulta ser protectora para el narcisismo y el medio de conseguir una extensión del ámbito del Yo.

Es necesario, desde el principio, dar a conocer esta regla al analizado:

Una cosa más antes de que empiece. Su relato tiene que ser diferente de una conversación ordinaria en una cosa. Mientras Vd. intenta, generalmente, como es debido, no perder el hilo de su relato y eliminar todos los pensamientos, todas las ideas secundarias que lastrarían su exposición y que le harían remontarse a épocas antediluvianas, en psicoanálisis Vd. tendrá que proceder de otra manera. Vd. verá que, durante su relato, diversas ideas van a surgir, ideas que a Vd. le gustaría rechazar porque han pasado por la criba de su crítica. Vd. tendrá la tentación de decirse a sí mismo: «Esto o lo otro no tiene nada que ver con lo que estamos tratando», o bien «esta cosa no tiene ninguna importancia» o aun «esto es insensato y no cabe hablar de ello». No ceda Vd. a estas críticas y hable a pesar de todo, incluso cuando le repugne hacerlo o precisamente por esta razón. Vd. verá y comprenderá más tarde por qué le impongo esta regla, que es la única, por cierto, que debe de obedecer. Por lo tanto, diga todo lo que le pase por la cabeza. Compórtese como un viajero que, sentado junto a la ventana de su compartimento, describiese el paisaje, tal y como se despliega, para una persona situada detrás de él. Finalmente, no olvide nunca su promesa de ser totalmente franco, no omita nada de lo que, por cualquier razón, le parezca desagradable de decir¹¹⁴.

Esta regla induce la posibilidad de un funcionamiento regresivo en la medida en que suspende toda exigencia de enjuiciamiento e invita al paciente a pensar como se sueña durante la sesión, a volverse hacia su mundo interno y no a enclavarse en acontecimientos exteriores: fomenta así un funcionamiento narcisista. El interés del ser analizado hacia la persona del analista, su amor de transferencia, sitúa el tratamiento dentro de la dialéctica de las implicaciones narcisistas y objetuales; sin

embargo, el hecho de que el analista no responda por cuenta propia, sino que relacione el amor que se le demuestra con sus precursores de antaño, restituye esta implicación a los objetos internos del paciente y, por lo tanto, a su economía narcisista. En este sentido, el tratamiento psicoanalítico es un trabajo de restauración del narcisismo del ser analizado.

El cuidado de no herir el narcisismo de los pacientes con interpretaciones salvajes o prematuras se formuló bajo la forma de una regla técnica: interpretar lo más cerca posible del Yo. Dicho de otro modo, avanzar paso a paso y no dar como interpretación más que lo que es admisible en ese mismo momento para el psiquismo del paciente. Uno de los corolarios de esta regla era la prudencia interpretativa, la reserva interpretativa que se oponía a la prolijidad de los primeros analistas, de Freud en particular. La idea era, y sigue siéndolo aunque de otra forma, ofrecer un espejo al paciente para que pueda reconocerse en él, pero sin molestar a esta imagen con intervenciones intempestivas.

Las reglas del marco del análisis —larga e igual duración de las sesiones, sesiones numerosas pero de frecuencia pactada, pago y no-sustitución de las sesiones perdidas cualquiera que sea la causa— son a menudo tildadas de muy rígidas. Lo son, en efecto, y ese es su mérito: tienen por objeto proteger el narcisismo del paciente, que puede contar con la duración de la sesión sin sufrir el miedo de ser interrumpido inopinadamente, o de ser sometido a ella más de lo previsto, que puede contar con su sesión y acudir a ella incluso si ha avisado de que habría un obstáculo: su analista le espera. El principio de no sustituir las sesiones perdidas es prudente: los avatares del empleo del tiempo del analista no permiten, por lo general, el reemplazo de las sesiones; si animado por un cambio de horario excepcional el paciente se pone a contar con esta eventualidad, se sentirá herido el día en que ello no sea posible. La gran frecuencia de las sesiones —de tres a cinco por semana, según los casos—, aunque represente un esfuerzo considerable en tiempo y desde el punto de vista financiero, permite al analizado no permanecer demasiado tiempo solo con una angustia suscitada por el surgimiento de un recuerdo traumático, y experimentar la atención continua de alguien que no se preocupa más que de comprenderle y ayudarlo, lo cual tiene, de por sí, un valor restaurador para el narcisismo.

No obstante, el exceso de reserva, el mantenerse el analista en una actitud de observación que parezca objetiva, el exceso de silencio que lleve al mutismo dejan a Narciso solo ante un espejo que se convierte en trampa y lo absorben en una imagen inmóvil, parando el movimiento del análisis: «Oh, espejo, / Agua fría por el tedio de tu marco helada»¹¹⁵. Contra los daños que puede producir esta frialdad se rebelaron autores como Bela Grunberger y Heinz Kohut, insistiendo sobre la necesidad de empatía por parte del analista, subrayando la necesidad de respetar el narcisismo del paciente y de permitir que el tratamiento psicoanalítico se convierta en una experiencia narcisísticamente reconstructiva.

Bela Grunberger subrayó la importancia de la dimensión narcisista y renarcisistente de la experiencia del análisis. Para él, la regresión que la situación analítica hace posible permite al sujeto revivir el equivalente de sus muy primeras relaciones en las que no formaba más que una «mónada» con su madre. Subraya, igualmente, el placer que experimenta el paciente al poder considerarse en el espejo

que le tiende el analista, así como la dimensión de regalo que representa para el paciente la implicación de su analista en lo que le ocurre y la comprensión que este le manifiesta. Para él, es el placer sentido en esta experiencia narcisista, la elación que aporta, lo que hace de motor en el tratamiento. Como consecuencia, denuncia el exceso de frustración, una frustración que durante una época fue preconizada debido a una extensión injustificable de la regla de abstinencia. La regla de abstinencia establece que ninguna relación real, física o económica (aparte de las convenciones ligadas al marco) debe intervenir durante el análisis. Los deseos eróticos eventualmente expresados por el paciente al analista (o el deseo de convertirse en su entregado secretario o de hacerle regalos) deben de ser, pues, necesariamente «frustrados», pero sus legítimas necesidades narcisistas y su necesidad de palabras y de interpretaciones no tienen por qué verse frustradas. Para Grunberger, el exceso de frustración puede consolidar lo que denomina «la tendencia letal del narcisismo».

Es Heinz Kohut quien mejor ha teorizado sobre lo que llama transferencia narcisista. La noción de transferencia remite primero a la transposición en el analista de relaciones vividas antaño, con personajes clave de la vida del paciente. La transferencia es, pues, en principio, más «objetual» que narcisista. Sin embargo, para numerosos pacientes, la relación con el analista está subordinada a la búsqueda de una completitud narcisista que este, se supone, le debe brindar.

Kohut distingue diferentes casos de figura. Primero, lo que llama «transferencia idealizante», durante la cual el paciente intenta volver a encontrar, y vuelve a encontrar, en cierto modo, proyectándola en el analista, la «imago parental idealizada» de antaño que antiguamente necesitaba para colmar su sentimiento de impotencia y de abandono. Objeto idealizado que detenta toda la perfección y el poder hasta el punto en que «el niño se siente vacío e impotente cuando se separa de él y, por lo tanto, procura mantener con ese objeto una unión continua», dice Kohut¹¹⁶. Traslada al análisis, esta actitud desemboca en lo siguiente: «En la regresión específica que se produce durante el análisis de estos pacientes, el analizado se vuelve dependiente (como un toxicómano) del analista o del proceso analítico y [...] se puede decir que la condición [...] que se instala en este tipo de análisis es verdaderamente la restauración de una condición arcaica». Kohut añade: «[...] el sí mismo del analizado parece haber sido trasplantado al terapeuta todopoderoso»¹¹⁷. El paciente reaccionará vigorosamente contra todo lo que pueda estropear esa sensación de plenitud obtenida en la situación analítica. Es sobre estos escollos donde podrá, poco a poco, desarrollarse el trabajo de elaboración necesario.

La transferencia en espejo corresponde a una removilización en la situación analítica del «sí grandioso», pero corresponde a un momento particular de las relaciones con la madre.

La transferencia en espejo representa la reviviscencia terapéutica de esa fase del desarrollo normal del sí grandioso, durante la cual el destello en los ojos de la madre que refleja las actividades exhibicionistas del niño [...] refuerza en este último la autoestima y, gracias a la selectividad creciente de estas reacciones, le orienta progresivamente hacia caminos más realistas¹¹⁸.

El analista es vivido como persona separada, pero cuya función está limitada al servicio de las necesidades del *Self* grandioso. «Como lo fue la madre [...] el analista

es ahora un objeto que no tiene importancia más que en la medida en que es invitado a participar en el placer narcisista del niño, y a reforzarlo de este modo»¹¹⁹. La actitud profunda del paciente puede resumirse como sigue: «Soy perfecto y te necesito para confirmarlo». Ante su papel de testigo de la grandeza del paciente, el analista, cuya alteridad no está verdaderamente reconocida, puede experimentar fácilmente sentimientos de fastidio, de tensión o de irritación, impresiones contratransferenciales que pueden traicionarle.

En la transferencia en gemelidad¹²⁰ o en *alter ego*, que corresponde a un mejor nivel de evolución, existe una cierta diferencia entre el *Self* grandioso y el otro, que es vivido como semejante a sí. A menudo, es en la relación con el analista, vivido como idéntico o semejante, donde se localizan los movimientos narcisistas. Kohut hace de la transferencia al *alter ego* una forma de transferencia completa, que corresponde a la existencia de una necesidad narcisista específica: el *alter ego*. Se trata de una forma de *selfobject* que remite a la necesidad narcisista de otra persona semejante a sí, factor del desarrollo del *Self* si encuentra satisfacción. La creación por parte del niño de un compañero imaginario correspondería a este tipo de necesidades narcisistas.

Kohut acabará por preferir la denominación de «transferencia de *selfobject*»¹²¹ o «transferencia selfobjetual» a la de «transferencia narcisista». Para él, en efecto, los *selfobjects* no se limitan a las dos configuraciones iniciales que los producen. Considera que lo que es vivido en la transferencia selfobjetual no se limita a la repetición de una relación de la primera infancia, sino que constituye una nueva experiencia. Estas experiencias transferenciales «expresan la reviviscencia de las necesidades frustradas del desarrollo. El nuevo despertar de su presencia hace posible la restauración de un *Self* detenido en su movimiento y debilitado»¹²². El carácter de experiencia nueva que ofrece una nueva oportunidad para el desarrollo personal es una característica esencial del tratamiento psicoanalítico.

2. Psicoterapias psicoanalíticas y narcisismo

En numerosas situaciones clínicas, que implican un sufrimiento narcisista importante, la situación analítica clásica está contraindicada o resulta inaplicable. Este es el caso cuando, por ejemplo, un sujeto va a un analista debido a una situación traumática actual: ruptura inopinada de una situación conyugal, luto reciente, situación de acoso profesional u otras. Cualquiera que sea la parte eventual de responsabilidad del paciente en la situación, no es este el momento de mostrársela. Esto no podría ser comprendido más que como un «Vd. se lo ha buscado» y, de todas maneras, no ofrecería ninguna ayuda inmediata. Un estado traumático es, de hecho, sinónimo de «herida narcisista que ha acarreado una desorganización psíquica». De lo que se trata es de permitir una reorganización, de restablecer las implicaciones o inversiones que permiten al paciente volver en sí, es decir, volver a encontrar un equilibrio narcisista perdido. La elección de entrevistas cara a cara es la más frecuente. En oposición a la situación analítica clásica, que privilegia la implicación en su propia vida psíquica del paciente mismo, la situación del cara a cara permite que se instaure una implicación mayor de la persona del analista. La dimensión

relacional toma una importancia más grande y favorece una transferencia en *alter ego*. Por otro lado, el relato de los afectos, a menudo desbordantes, por parte del paciente, encuentra la expresión de un afecto compartido, aunque sea de forma atenuada, en el analista. El paciente puede entonces identificarse con alguien para quien ese tipo de afecto no es destructor. Finalmente, el solo hecho de instalarse en una situación terapéutica tiene un valor reorganizante, en la medida en que la cantidad de excitación flotante disminuye porque el analista se convierte en el soporte de una inversión o implicación libidinal. Los significados de las circunstancias traumáticas en relación con los acontecimientos del pasado del paciente podrán ser poco a poco abordados, lo cual disminuirá el impacto del acontecimiento actual retrotrayéndolo a una dimensión realista.

Con otros pacientes nos encontramos ante estados que son resultado de una lucha por mantener la cohesión de sí, un equilibrio narcisista, pese a elementos psíquicos que tienen un valor desorganizador permanente. Muchos sujetos considerados como *border line*, que sufren un «estado límite», o simplemente una neurosis de carácter o de comportamiento, presentan una manera de ser que es resultado de una ordenación particular de un sufrimiento narcisista permanente. Esto es lo que ocurre con la rabia narcisista crónica, de la que ya hemos hablado. Pero existen otros procedimientos para tratar el narcisismo inestable o doloroso. Las neurosis de comportamiento y el pensamiento operatorio, descritos por los psicomaticistas de la escuela de París, pueden ser considerados, bajo el punto de vista del narcisismo, como una manera de inmovilizar los afectos mediante la sobreimplicación en el actuar, en acciones, en elementos factuales, que mantiene una cierta cohesión psíquica.

En general, lo que se suele proponer es una situación de psicoterapia cara a cara, más que la situación analítica clásica. La transferencia en *alter ego* se ve aquí también privilegiada, como el componente relacional de la situación. El acercamiento a los conflictos psíquicos se hace poco a poco y se parece, como dice Pierre Marty, a la operación de retirar minas, tal es el potencial explosivo que conservan ciertos recuerdos para el narcisismo.

La situación terapéutica puede, igualmente, ser la del psicodrama, con el objetivo de sostener mediante una puesta en escena la elaboración de representaciones que permitan una mejor gestión de las emociones. El narcisismo del paciente se ve, así, preservado por la distancia del juego teatral que *propone* escenas y, por lo tanto, interpretaciones indirectas, y no asestadas, evitando lo que, de otro modo, tendría el valor de interpretación salvaje.

[113](#) «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis», traducción al francés de R.-M. Zeitlin, París, Gallimard, 1984.

[114](#) S. Freud, «El principio del tratamiento», en *La técnica psicoanalítica*, París, PUF, 2010.

[115](#) S. Mallarmé, «Hérodíade», 1887.

[116](#) H. Kohut, *El sí*, ob. cit.

[117](#) *Ibíd.*

[118](#) *Ibíd.*

[119](#) *Ibíd.*, pág. 124.

[120](#) *Twinship transference.*

[121](#) *Selfobject transference.*

[122](#) A. M. Siegel, *Heinz Kohut and the psychology of the self*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pág. 121.

LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD

Narcisismo e identidad son nociones que remiten la una a la otra, pues la noción de identidad está situada en el interfaz entre el espacio del narcisismo y el espacio social. Observemos, para empezar, que el término «identidad» implica la constatación de una permanencia en el tiempo de elementos característicos de la personalidad, perceptible para el sujeto mismo y para los demás.

Hay, pues, que reconocer en la identidad dos vertientes que corresponden a dos aspectos del narcisismo. Una es íntima —ser uno mismo a sus propios ojos— y la otra social: lo que se presenta a los demás para ser reconocido, en todos los sentidos del término. La identidad aparece, así, bajo la doble vertiente de una razón de ser y una razón social, que remiten al registro personal, por un lado, y al relacional, familiar y social por el otro.

La identidad íntima, la del fuero interno, la percepción de «sí mismo» implica un movimiento reflexivo, un descentramiento, una manera de verse como si viéramos a otro, una especie de mirada sobre un autorretrato en vías de ejecución. El título de Paul Ricoeur, *Uno mismo como otro*¹²³, resume esta dimensión reflexiva de la identidad personal. La mirada de Narciso sobre su imagen efectúa una selección entre lo que le gusta de sí y lo que no, ante el espejo se va componiendo un maquillaje.

La permanencia de esta identidad puede ser concebida según dos aspectos: ya sea siguiendo un modelo que mantiene lo idéntico, en el cual, para asegurar su coherencia, el narcisismo necesitaría entonces una forma de identidad fija, una «mismidad», dice Ricoeur; ya sea de otra manera, siguiendo el modelo de lo que Ricoeur denomina la ipseidad: la permanencia ya no pertenece al orden de lo idéntico, sino a la fidelidad consigo mismo, y admite el movimiento.

La otra vertiente de la identidad, la que se presenta a los demás —uno mismo para otros¹²⁴—, se desarrolla a partir de implicaciones e inversiones en objetos sucesivos y está orientada hacia la búsqueda de satisfacciones que provienen de los demás, ya sean estas satisfacciones de orden puramente narcisista —la admiración, la reverencia...— o amorosas. Para ganarse el aprecio de la madre, el niño se edifica una identidad fundada sobre una identificación con el hombre de esta, o con el objeto de su luto o de su nostalgia.

La identidad es, pues, una forma elaborada del narcisismo, una concretización narcisista, como la concha que la ostra segrega según va creciendo.

El desarrollo de la identidad, y la elaboración del narcisismo que este implica, se apoyan sobre la fantasía primigenia de la novela familiar. En «La novela familiar de los neuróticos»¹²⁵, Freud evoca esta actividad fantasiosa del niño que, en un momento dado, se inventa «padres más distinguidos» que los suyos. Este movimiento fantasioso conlleva una especie de desidentificación con los padres y la construcción

de una identidad nueva que llega hasta la ensoñación de un nuevo estado civil. Este movimiento se desarrolla dentro de la construcción de un relato; se trata de una identidad «narrativa». La construcción del relato interior que es la novela familiar sería el acto fundador de la identidad personal y de la reordenación de la organización narcisista que implica. Su corolario es el siguiente: si no soy el hijo de mis padres, puedo coger el sitio de uno o de otro en las relaciones sexuales, jugarreta del narcisismo que vuelve a encontrar una parte de su omnipotencia abandonada.

La identidad está, pues, ligada a la adopción de un papel sexual, de una identidad sexual. El desarrollo de la identidad es un relato en marcha. Esta construcción se ve sostenida en diversas civilizaciones por ritos iniciáticos que han desaparecido en las sociedades occidentales, aunque hayan existido formas de ello muy caracterizadas socialmente. Los propios jóvenes han atribuido un valor de ritual iniciático a diferentes acontecimientos. Antigüamente, el «Consejo de revisión», hoy en día las novatadas, los fines de semana de integración de las grandes escuelas superiores, las «fiestas» marcadas por la utilización de drogas y alcohol, la selectividad o el permiso de conducir, quizá también la boda...

Todo lo que sostenga la constitución de esta narración identitaria favorecerá el desarrollo de un narcisismo constructivo y, correlativamente, del sentimiento de identidad personal, la identificación del sujeto consigo mismo. A la inversa, las heridas narcisistas iterativas, las situaciones incestuales o incestuosas inducen a una sobreimplicación en la actualidad y obstaculizan la narración constructiva de la identidad. Remy Puyuelo introdujo, muy a propósito, la noción de «niños narcisísticamente abusados»¹²⁶, víctimas de humillaciones repetidas, de rechazos afectivos, como de todas formas de lesiones narcisistas iterativas cuyas consecuencias pueden ser todavía más graves que las causadas por los abusos sexuales. El sujeto, para hallar alguna cohesión, se pondrá en busca de una identidad fija, de una identidad no ya relativa, sino absoluta, que le ponga a resguardo del tormento de la despersonalización y de las reviviscencias traumáticas.

El desarrollo de la identidad sexual forma parte de esta construcción de conjunto de la identidad y ocupa un lugar central en ella. Naturalmente, esta identidad sexual aparece en relación con el sexo anatómico, y será objeto de una inversión o implicación narcisista considerable, sobre todo porque el psiquismo se organiza en relación con la diferencia de los sexos y de las generaciones. Conforme a la mayoría de los autores, la sensación de ser niña o niño aparece muy pronto —alrededor de los dos años y medio— y el impacto del entorno afectivo sexualizado de los padres desempeña un gran papel en esto. Las niñas aquejadas del síndrome de Turner, no tienen ni ovarios, ni vagina, ni órganos genitales internos, y su comportamiento es el de las niñas de su misma edad, ya que fueron consideradas niñas por sus padres, hermanos y hermanas. La misma observación procede, en otros casos, de niños nacidos con una malformación que conlleva incertidumbre anatómica sobre su sexo —estados intersexuales— o una asignación sexual que se opone a su sexo biológico. Estas situaciones, afortunadamente escasas, y las situaciones psicológicas de sujetos que rechazan su sexo anatómico, aunque no haya ambigüedad, han llevado a hacer una distinción entre sexo y género: sexo macho o hembra, género masculino o femenino. Según Robert J. Stoller, la masculinidad o la feminidad no implican nada

biológico, lo cual no quiere decir que no haya relación entre el sexo y el género. «[...] mantengo que, en los seres humanos, las experiencias psicológicas postnatales son más fuertes que las fuerzas biológicas que contribuyen a la masculinidad en los varones y a la feminidad en las hembras»¹²⁷. Stoller define la identidad de género como sigue: «La identidad de género es la suma algebraica de la mezcla de masculinidad y feminidad que se encuentra en un individuo»¹²⁸. Esta mezcla, que remite a la bisexualidad psíquica, por lo general no es conflictiva, y el narcisismo se aviene a ella. Sin embargo, la importancia de los factores psicológicos (estilo de la relación con los padres, incitaciones diversas) puede desembocar en una diferenciación entre una identidad de género que se haya desarrollado bajo estas influencias y el sexo anatómico. Los sujetos sufren entonces una «disforia de género» y pueden desear cambiar de sexo. No se trata únicamente de transvestirse, sino de ser considerado como del otro sexo y de operarse quirúrgicamente para ello. Estos sujetos dicen tener un alma de mujer dentro de un cuerpo de hombre o un alma de hombre dentro de un cuerpo de mujer. El transexualismo, así definido, plantea múltiples problemas e implica siempre un narcisismo cuya construcción ha sido terriblemente turbada, pues la petición de asignación de otro sexo alberga, generalmente, la búsqueda de una solución para este sufrimiento narcisista.

¹²³ P. Ricoeur, *Uno mismo como otro*, París, Le Seuil, 1990.

¹²⁴ P. Denis, «Uno mismo para otros, identidad relativa e identidad absoluta», *Revue française de psychanalyse*, LXIII, núm. 4, 1999, páginas 1099-1108.

¹²⁵ S. Freud, «La novela familiar de los neuróticos», en *Neurosis, psicosis y perversión*, traducción al francés de J. Laplanche *et al.*, París, PUF, 1973.

¹²⁶ R. Puyuelo, «Los niños a quienes se les impide la latencia», *Revista de Neuropsiquiatría de la Infancia y la Adolescencia*, vol. 58, núm. 1-2, Elsevier Masson, 2010, págs. 15-21.

¹²⁷ R. J. Stoller (1980), «Femininity», en M. Kirkpatrick, *Women in context: Women's Sexual Development*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum publishers, traducción al francés de C. Chiland, en C. Chiland y Robert Jesse Stoller, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 2003.

¹²⁸ *Ibíd.*

NARCISISMO Y SOCIOLOGÍA

Freud, a partir de su interpretación de la *Psicología de las masas* de Gustave Le Bon¹²⁹, abrió la perspectiva de una articulación entre psicología y sociología¹³⁰. La noción psicoanalítica central a la que hace referencia para articular la relación entre el individuo y las masas, entre el individuo y su líder, y que atañe a las masas organizadas que constituyen el edificio social es el ideal del Yo que, como hemos visto es el garante del narcisismo del individuo. Por otro lado, la noción de identidad se construye, para todos, y en su mayor parte, por referencia a los demás, al grupo social. Los intercambios entre el individuo y el grupo social, al revés que las relaciones interpersonales, no están directamente sexualizados, sino «inhibidos en cuanto a su meta», y constituyen una forma de sublimación. Freud indicó, por ejemplo, que las pulsiones homosexuales inhibidas en cuanto a su meta se hacían constitutivas de lazos sociales. Así, las satisfacciones obtenidas en el ámbito social son esencialmente de orden narcisista, se expresan en términos de reconocimiento: reconocimiento de los servicios prestados, del valor de la obra producida, pero también, y más fundamentalmente, en la exigencia por parte del individuo del reconocimiento de su existencia misma. Esta necesidad narcisista particular que es la necesidad de reconocimiento fue bien subrayado por Eugène Enríquez:

[...] cada hombre, en toda nación y bajo todo régimen, como en todo momento de su vida, tiene el deseo de ser reconocido. La lucha por el reconocimiento no se limita al combate entre amo y esclavo. Es un elemento esencial del funcionamiento social y de la existencia humana. Cada uno se las arregla para que su deseo, por muy mínimo e inocente que sea, pueda ser aceptado por los demás, cada uno espera encontrar en la mirada de los demás una pizca de respeto y de consideración. El que no es reconocido se convierte en un olvidado, un fracaso social [...]¹³¹.

Es decir, un paria.

El trabajo desempeña un papel importante en esta búsqueda del reconocimiento social, como también en el equilibrio narcisista del individuo. El trabajo que llevamos a cabo es el espejo de nuestra actividad psíquica, es el testimonio de la elaboración y del funcionamiento de nuestras instancias psíquicas y de nuestra capacidad de crear. Por esta razón, está en la base de la representación que cada uno tiene de sí mismo. El reconocimiento social del valor de este trabajo es, pues, fundamental para el individuo; toda degradación, y sobre todo la pérdida de un trabajo, constituye una herida narcisista que puede ser profunda. La dificultad de la situación del que está en paro o jubilado está en gran parte relacionada con esta mella del narcisismo.

1. El acoso moral

Sobre este aspecto del narcisismo expresado por la necesidad de reconocimiento, y muy a menudo en el ámbito de la vida profesional, tiene su impronta en acoso moral.

Marie France Hirigoyen, en un libro que tuvo mucho eco, *El acoso moral*¹³², vuelve a tomar la noción de perversión narcisista para mostrar su pertinencia en el campo social. Muestra cómo y hasta qué punto, en el interior de un grupo o subgrupo social, un sujeto perverso narcisista puede detentar el poder de hacer daño. Describe cómo la necesidad de reconocimiento puede ser deliberadamente escarnecida y cómo el ataque del narcisismo de los demás constituye un auténtico azote en los grupos. «Puede incluso ocurrir —escribe— que el ensañamiento acabe en un verdadero asesinato psíquico». Considera que el perverso narcisista intenta colmar su vacío buscándose una víctima, víctima a la que humilla haciéndole ver sus fallos, por muy mínimos que sean; puede tomarla con todo un grupo social al que agobiará con continuas críticas con el fin de dominarlo.

Esta visión del acoso moral puede ser aplicada a la homofobia, que se apoya en el narcisismo de las pequeñas diferencias —la elección del objeto sexual es una pequeña diferencia entre dos individuos del mismo sexo— y en la preocupación por su identidad, que pueda desencadenar en algún sujeto una elección sexual diferente a la suya. La bisexualidad psíquica, presente en todos, es en cierto modo una brecha donde puede abismarse el temor a convertirse en homosexual; se trata de una especie de miedo íntimo, de una fobia psíquica interna que amenaza al narcisismo; la intolerancia hacia esta idea lleva al sujeto a defenderse de ella burlándose de la homosexualidad de los demás, despreciando al otro ser homosexual por rechazo de una parte de sí mismo que podría amar a alguien de su mismo sexo. La fobia íntima de la homosexualidad se convierte en homofobia. Un grupo puede, así, proponer a sus miembros un apoyo constituido por la afirmación de una identidad sexual colectiva, uniforme y utilizar el desprecio, el acoso moral e incluso la violencia para con los sujetos cuya orientación sexual es la que cada uno de los miembros del grupo teme vivir.

2. Narcisismo y sociedad

La noción de narcisismo ha sido retomada por la sociología, implícitamente cuando se refiere al «individualismo contemporáneo» o a las «civilizaciones de la vergüenza», es decir, más fundamentadas en la vergüenza que sobre la culpabilidad, pero también muy explícitamente en diferentes obras. Mucho antes del psicoanálisis, Tocqueville había notado, en el desarrollo de la democracia, una fuerza que conducía a los individuos a una independencia cada vez mayor de los unos en relación a los otros: «Así no solo la democracia hace que cada hombre olvide a sus ancestros, también le oculta sus descendientes y le separa de sus contemporáneos: esta le remite incesantemente a sí mismo únicamente y amenaza con encerrarlo finalmente por completo en la soledad de su propio corazón»¹³³. La fórmula de Tocqueville podría ser considerada como esencial a la definición del narcisismo. El *homo democratiae* sería antes que nada un narciso.

Pero hemos visto que existen diferentes maneras de situarse «en la soledad del propio corazón» y que hay numerosas variedades de narcisos. Se puede temer que los sistemas sociales actuales favorezcan una forma de narcisismo dependiente y poco creativo. Esta es, en todo caso, la visión de Christopher Lasch, autor de *La cultura del*

*narcisismo, la vida americana en una época de declive de las esperanzas*¹³⁴. Se basa en un estudio muy extenso de la literatura psicoanalítica para describir lo que denomina «la personalidad narcisista de nuestro tiempo», y reúne numerosos argumentos a favor de su tesis, según la cual Narciso se ha convertido en el modelo que se da a los individuos de hoy. Pero un Narciso que no se interesa más que por lo inmediato, por lo que tiene bajo los ojos, y que huye de su mundo interior y de la referencia al pasado que este implica. Lasch sigue a Tocqueville: «La trama de los tiempos se rompe en todo momento, y los vestigios de las generaciones se borran. Se olvida fácilmente a los que nos han precedido y no se tiene ni idea de quién nos sucederá. Solo interesan los que están más cerca»¹³⁵. Y aun estos que están más cerca no interesan más que en la medida en que sirven de espejo para el individuo y puedan darle una sensación de importancia que le permita sobreponerse al sentimiento de insignificancia. Según él, el Narciso contemporáneo, egocéntrico, está poseído por delirios de grandeza. «Los medios de comunicación de masas, con su culto a las celebridades, han hecho de los americanos una nación de fanáticos. Alimentan los sueños narcisistas de gloria y fama [...]»¹³⁶. Y también: «Dentro de su vacío y su insignificancia, el hombre común procura darse calor con la luz que reflejan las “estrellas”»¹³⁷. Para Lasch, se hace todo para fomentar el sentimiento de insignificancia, de incapacidad de pensar tanto en los niños como en los adultos. La dislocación de los lazos familiares, el debilitamiento de la familia inducido por las intervenciones del poder público aíslan a los individuos y los mantienen en una situación de narcisos separados los unos de los otros. Describe los resultados de la degradación de la autoridad, sustituida por procedimientos de manipulación suave que son una nueva forma de opresión social que mantiene falazmente «un concepto grandioso de las oportunidades ofrecidas a todos, a la vez que una opinión engreída acerca de sus propias capacidades». Entonces, ya no habría ni vergüenza ni culpabilidad y esta ausencia de autoridad explícita alimentaría finalmente una forma de narcisismo irresponsable.

Lasch habla también de «la huida ante los sentimientos», que desemboca, como él dice, en «la insignificancia de las relaciones personales». Lo que dice se aplica demasiado fácilmente a la Europa y a la Francia de hoy, donde la «desinstitucionalización de la familia» —descrita por Marcel Gauchet— y el debilitamiento de los lazos familiares tienen efectos parecidos. Podemos observar, sin embargo, que Lasch no se acuerda más que de un aspecto posible del narcisismo para hacer de él el paradigma de la individualidad de nuestra época: un narcisismo infantil, con el personaje de Oblomov como modelo. El Narciso de Christopher Lasch es el hijo de la *Big mother* de Michel Schneider, cara omnipresente del Estado-providencia¹³⁸. Lasch describe, en efecto, el triunfo progresivo de una forma particular de narcisismo fundamentado en la simple afirmación de su propio valor, y sobre un derecho al reconocimiento basado en el simple hecho de existir. Esta forma de narcisismo no conduce a una exigencia de igualdad de derechos, en el sentido de «ejercer su derecho a»: votar, expresar sus opiniones libremente, trabajar, iniciar negocios, circular, etc., sino a un igualitarismo basado en la reivindicación de un «tener derecho a»: una subvención, un diploma, un hijo, etc. Esperemos que la

sociedad de hoy sostenga también —¿pese a ella?— la existencia de un Narciso responsable, autónomo, capaz de «amar y trabajar» conforme a la fórmula con la que Freud describía el buen resultado de un análisis.

[129](#) G. Le Bon, *Psicología de las masas*, «Quadrige», París, PUF, 1981.

[130](#) S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, París, PUF, 1991.

[131](#) E. Enríquez, «El gobierno de los Estados modernos, entre la omnipotencia, la impotencia y el poder compartido», *Revue française de psychanalyse*, LXXI, núm. 4, 2007.

[132](#) Marie France Hirigoyen, *El acoso moral: el maltrato psicológico en la vida cotidiana*, La Découverte y Syros, París, 1998.

[133](#) «De la democracia en América», en Tocqueville, *Oeuvres*, t. 2, París, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 1992, pág. 614.

[134](#) C. Lasch (1979), *La cultura del narcisismo*, Climats, 2000.

[135](#) Citado por C. Lasch, *La cultura del narcisismo*, ob. cit., pág. 35.

[136](#) *Ibíd.*, pág. 50.

[137](#) Las «stars»..., *ibíd.*, pág. 51.

[138](#) M. Schneider, *Big mother: psicopatología de la vida política*, París, O. Jacob, 2002.

BIBLIOGRAFÍA

- Andreas-Salomé, L., «El narcisismo como doble dirección», en *El amor del narcisismo*, París, Gallimard, 1980.
- Balint, M. (1937), «Las primeras etapas del desarrollo del Yo...», en *Amor primario y técnica psicoanalítica*, París, Payot, 1972.
- Benda, J., *Ejercicio de un enterrado vivo*, París, Gallimard, 1946.
- *La ordenación*, Cahiers de la Quinzaine, 191.
- Braunschweig, D. y Fain, M., *Eros y Anteros*, París, Payot, 1971
- Coblence, F., *El dandismo, obligación de incertidumbre*, París, PUF, 1988.
- Denis, P., *Toma de poder y satisfacción, los dos formantes de la pulsión*, París, PUF, «El hilo rojo», 1997.
- «Uno mismo para otros, identidad relativa e identidad absoluta», *Revue française de psychanalyse*, LXIII, núm. 4, 1999.
- «Paternidad inquieta», *Revue française de psychanalyse*, LXVI, 1, 2002.
- Dessuant, P., *Bela Grunberger*, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 1999.
- Diatkine, G., *Jacques Lacan*, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 1998.
- Durieux, M.-C., *Otto Kernberg*, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 2002.
- Enríquez, E., «El gobierno de los Estados modernos, entre la omnipotencia, la impotencia y el poder compartido», *Revue française de psychanalyse*, LXXI, núm. 4, 2007.
- Fontaine, J. de la, «El águila y el mochuelo», *Fábulas*, t. V, 1668.
- France Hirigoyen, M., *El acoso moral: el maltrato psicológico en la vida cotidiana*, La Découverte y Syros, París, 1998.
- Freud, S., «El hombre de los lobos», en *Obras Completas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, reedición de 2012.
- *La interpretación de los sueños*, nota añadida en 1919, en *OC*, vol. I.
- (1917), «Sobre las transposiciones de pulsiones y más especialmente en el erotismo anal», en *OC*, vol. II.
- (1918), «El tabú de la virginidad», en *OC*, vol. III2.
- «La novela familiar de los neuróticos», en *OC*, vol. II.
- (1908), «El creador literario y la fantasía», en *OC*, vol. III.
- (1917), «Para presentar el narcisismo», en *OC*, vol. II.
- (1917), «Una dificultad del psicoanálisis», en *OC*, vol. II.
- (1936), «Un desorden de memoria sobre la Acrópolis», en *OC*, vol. III.
- *Compendio de psicoanálisis*, en *OC*, vol. III.
- (1910), *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci*, en *OC*, vol. II.
- (1917), «Luto y melancolía», en *OC*, vol. II.
- (1916), *Introducción al psicoanálisis*, en *OC*, vol. II.
- (1918), *Cinco psicoanálisis*, en *OC*, vol. II.
- (1921), *Psicología de las masas y análisis del Yo*, en *OC*, vol. III.
- (1913), *Totem y tabú*, en *OC*, vol. II.
- (1925), *Algunos suplementos al conjunto de la interpretación de los sueños*, en *OC*, vol. II.
- «El principio del tratamiento», en *OC*, vol. II.
- Green, A., «El narcisismo primario: estructura o estado», 1967, en *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, París, Minuit, 1982.
- Janin, C., *La vergüenza, sus rostros, sus destinos*, París, PUF, «El hilo rojo», 2007.
- Kohut, H., *El sí mismo*, París, PUF, «Le fil rouge», 1974, 2004.
- Lacan, J. (1955), «Variantes de la cura-tipo», en *Escritos*, vol. I, París, Le Seuil, 1966.
- «El estadio del espejo...», 1949, en *Escritos*, vol. I, París, Le Seuil, 1966.
- *El seminario I*, Le Seuil, 1975.
- Lasch, C. (1979), *La cultura del narcisismo*, Climats, 2000.
- Le Bon, G., *Psicología de las masas*, «Quadrige», París, PUF, 1981.
- M'Uzan, M. de, «Un caso de masoquismo perverso, esbozo de una teoría», *Del arte a la muerte*, París, Gallimard, 1977.
- McDougall, J., *Alegato para una cierta anormalidad*, París, Gallimard, 1978.
- Näcke, Paul, «Die Sexuellen Perversitäten in der Irrenanstalt», *Wienen Klinische Rundschau*, 23, 30, 1899.
- Proust, M., «A la sombra de las jovencitas en flor», en *En busca del tiempo perdido*, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», t. I, 1987.

- «Un amor de Swann», en *En busca del tiempo perdido*, t. I, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1987.
- Puyuelo, R., «Los niños a quienes se les impide la latencia», *Revista de Neuropsiquiatría de la Infancia y la Adolescencia*, vol. 58, núm. 1-2, Elsevier Masson, 2010.
- Racamier, P. C., «La perversión narcisista», II Congreso Internacional de Terapia Familiar Psicoanalítica, Grenoble, 1985, publicado en *Gruppo*, núm. 3, 1986.
- Ricoeur, P., *Uno mismo como otro*, París, Le Seuil, 1990.
- Rosenfeld, H., *Estados psicóticos: ensayos psicoanalíticos*, París, PUF, «El hilo rojo», 1976.
- Rostand, J., *Sobre la vanidad*, Fasquelle, 1925.
- Siegel, A. M., *Heinz Kohut and the psychology of the self*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.
- Stendhal, *Filosofía nova* (póstumo), El diván, 1931.
- Stoller, R. J. (1980), «Feminity», en M. Kirkpatrick, *Women in context: Women's Sexual Development*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum publishers, París, PUF, «Psicoanalistas de hoy», 2003.
- Symington, N., *Narcissism: a new theory*, Londres, Karnac books, 1993.
- Tausk V., (1919), *La génesis de la máquina de influir en la esquizofrenia*, París, Payot, «Petite Bibliothèque Payot», 2010.
- Tocqueville, A. de, *Obras*, t. II, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1991.
- Valéry, P., *Cuadernos*, t. 2, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1973.
- Vermorel, H., Vermorel, M., *Sigmund Freud y Romain Rolland. Correspondencia 1923-1936*, París, PUF, 1993.
- Zerbe, Kathryn J., «The tragic actor: Forms and Transformations of Narcissism in the Life and Work of Edouard Manet (1832-1883)», *Psychoanalytic Review*, 1995.

Índice

INTRODUCCIÓN	8
1. El mito de Narciso	8
CAPÍTULO PRIMERO	10
LOS DESÓRDENES NARCISISTAS DE LA PERSONALIDAD. UNA ESTIMACIÓN CLÍNICA MEDIANTE EL CASO DE EDOUARD MANET	10
1. El ejemplo de Edouard Manet	11
CAPÍTULO SEGUNDO	15
EL NARCISISMO EN FREUD	15
1. La sexualidad infantil	15
2. La aparición del narcisismo	15
3. Narcisismo primario y narcisismo secundario	17
4. El narcisismo de las pequeñas diferencias	19
5. Narcisismo y amor	20
6. El ideal del Yo, heredero del narcisismo	21
7. El narcisismo moral	22
8. Herida narcisista y pérdida del objeto	22
CAPÍTULO TERCERO	25
ALGUNOS ASPECTOS CLÍNICOS DEL NARCISISMO	25
1. Los afectos narcisistas	25
1.1. La exaltación	25
1.2. La despersonalización	26
1.3. La vivencia depresiva	27
1.4. La vergüenza	28
1.5. La rabia narcisista	28
1.6. La indignación	30
2. Los puntos focales del narcisismo	30
CAPÍTULO CUARTO	34
LA SEXUALIDAD NARCISISTA, AMOR Y NARCISISMO	34
1. Sexualidad y posesión	37
2. La sexualidad narcisista y el grupo	38
3. La relación de amor y el narcisismo	41
CAPÍTULO QUINTO	43
NARCISISMO Y PERVERSIÓN, PERVERSIÓN NARCISISTA	43

1. La cuestión de la perversión	43
2. Sadismo, masoquismo y narcisismo	44
3. Homosexualidad y perversión	45
4. La perversión narcisista	46
4.1. Dominación y perversión narcisista	47
4.2. Las fuentes de la perversión narcisista. La seducción narcisista	48
4.3. Perversión sexual y perversión narcisista	49
CAPÍTULO SEXTO	51
EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE NARCISISMO EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA	51
1. La visión de Victor Tausk	51
2. Lou Andreas-Salomé: el narcisismo como doble dirección	52
3. Paul Federn y las fronteras del Yo	53
4. Michael Balint y la negación del narcisismo primario	54
5. El narcisismo en los autores kleinianos	54
5.1. Melanie Klein	54
5.2. Paula Heimann y Neville Symington	54
5.3. Herbert Rosenfeld	55
6. La teoría del narcisismo vista por Bela Grunberger	56
7. Lacan y el narcisismo	57
8. Lo negativo de André Green	58
9. El antinarcisismo de Francis Pasche	59
10. El narcisismo según Heinz Kohut	59
10.1. La noción de selfobject	61
10.2. La rabia narcisista en Kohut	62
11. La aportación de Otto Kernberg	63
CAPÍTULO SÉPTIMO	65
NARCISO SOBRE EL DIVÁN	65
1. Tratamiento psicoanalítico clásico y narcisismo	65
2. Psicoterapias psicoanalíticas y narcisismo	68
CAPÍTULO OCTAVO	70
LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD	70
CAPÍTULO NOVENO	73
NARCISISMO Y SOCIOLOGÍA	73
1. El acoso moral	73
2. Narcisismo y sociedad	74
BIBLIOGRAFÍA	77